

RELATO

DEL HONORABLE

JOHN BYRON

(Comodoro de la última expedición al rededor del mundo)

QUE CONTIENE

UNA ESPOSICION

DE LAS

GRANDES PENURIAS

Sufridas por él i sus compañeros en la

COSTA DE LA PATAGONIA

Desde el año 1740 hasta su arribo a Inglaterra en 1746

CON UNA

DESCRIPCION DE SANTIAGO DE CHILE

I de las USANZAS i COSTUMBRES de sus HABITANTES

I ADEMAS UNA

Relacion de la pérdida de la fragata WAGER

De la escuadra del ALMIRANTE ANSON

TRADUCIDO AL CASTELLANO,

DE LA PRIMERA EDICION INGLESA PUBLICADA EN 1768,

POR

JOSÉ VALENZUELA D.

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

BANDERA, 50

—
1901

RELATO DEL HONORABLE
COMODORO JOHN BYRON

22,698.—IMP. CERVANTES, Bandera 50



PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

El libro cuya traduccion presentamos hoi al lector, fué por largo tiempo uno de los favoritos del pueblo ingles que admiraba en él un cuadro viviente de las energías de su raza. A juzgar por las reseñas literarias e históricas, compartia con el *Robinson Crusoe* los favores de la popularidad, que despues han ido distrayéndosele insensiblemente hasta dejarlo relegado poco ménos que al olvido. De igual manera, la personalidad del autor, que en las biografías i enciclopedias de la época se presentaba de cuerpo entero i llena de detalles, con el tiempo ha ido reduciéndose en proporciones i relieve, hasta no figurar en la última edición de la *British Encyclopedia* mas que con unos cuantos rasgos.

El fenómeno es esplicable: el inmenso desarrollo ad-

quirido por la novela inglesa en la segunda mitad del siglo XIX, a merced del vigoroso impulso que le imprimieron Dickens i Disraeli; el florecimiento de la *colonial library* que en todas partes ha venido a realzar las expansiones territoriales del imperio británico; los relatos maravillosos de las guerras de la India i de las campañas del Sudan, han solicitado con mas insistencia la atencion de los lectores. I si con el *Robinson Crusoe* tenia de comun el interes que despierta la lucha del hombre con la naturaleza en medio de rejiones ignotas i salvajes, faltábanle al Relato del honorable John Byron las riquezas de la forma literaria que le aseguraron a aquél un sitio de primer orden entre las joyas del ingenio humano. En efecto, adolece el Relato de John Byron de cierto desaliño en el estilo, de cierta falta de orden i claridad en la esposicion de los sucesos, que solo pueden justificarse si se atiende a que no era el autor un literato i a que al dar a luz su libro aspiraba únicamente a restablecer la verdad de ciertos hechos apasionadamente discutidos por entónces.

Sin embargo, para los hombres que se preocupan de rastrear en los archivos i en las viejas bibliotecas las huellas de la sociabilidad chilena en épocas ya lejanas, tiene este libro un mérito singular. El autor ha vivido la vida de Santiago a mediados del siglo XVIII, ha conocido, por decirlo así, las primeras sensaciones de la juventud en un medio extraño i sorprendente para él i que a nosotros nos interesa sobre manera porque en ese ambiente se agitaba la sociedad de nuestros abuelos. El, con los ojos ávidos del adolescente que recién franquea

los umbrales de la virilidad, lo ha observado todo, lo ha inquirido todo, i como a los atractivos de su juventud i simpatía se agregaba el recuerdo de sus tempranas penurias para hacer de él un niño mimado, todo lo que vió, lo vió siempre bello i gracioso. El nos lleva a los interiores de las casas solariegas de la colonia, en cuyos estrados se le recibia con afectuosa hospitalidad; es indiscreto, i nos detalla las coqueterías de las alcobas, los chismecillos de los saraos, alaba el donaire de las damas, celebra sus gracias para la música i el baile, i al describirnos sus galas, les echa el ojo con malicia por el cuello i nos dice la belleza de los secretos encantos que deja insinuados el escote. Los hombres que ha tratado son francos i caballerosos, retribuyen con hidalguía la hospitalidad que de sus enemigos recibieron en la guerra, i aunque no los presenta con tanta complacencia como a sus mujeres, por las cualidades de éstas se presumen las de aquéllos. Los indíjenas i el criollo, son fuertes i agueridos, jinetes incomparables cuya destreza para manejar el caballo i disparar el lazo le dejan maravillado.

Es ahí, en esas páginas tan vívidas i sentidas, llenas de injenuidad i de frescura i por desgracia tan breves, donde el lector nos agradecerá haberle presentado un amigo cordialísimo de sus antepasados, que le habla de ellos con una espontánea i contagiosa intimidad, i que en su charla pintoresca, salpicada de un fino realismo, le hace sonreír pensando delicadamente en las cosas del tiempo viejo, tan desfiguradas por la tradicion, o mas bien dicho, por la falta de una tradicion bien conservada.

Cuando Byron comience a relatarle los cómicos inci-

dentes de su cautiverio en Castro, las pueriles fanfarronadas de los gobernadores españoles, los tristes recuerdos que conserva de Valparaiso, de cuya ciudad solo conoció la cárcel, i sobre todo cuando comience a hablarle del Santiago de mediados del siglo XVIII, tan notable i característico, el lector le hará gracia de la relativa monotonía i latitud de las páginas destinadas a relatar los incesantes padecimientos de los compañeros del capitán Cheap en su peregrinacion por las desamparadas costas patagónicas.

X El honorable John Byron, a la época de su forzada residencia en Chile, era apenas un mozo de 17 a 18 años de edad, pues habia nacido el 8 de Noviembre de 1723. A los 17 años de edad fué nombrado guardia-marina e inmediatamente destinado a la escuadra alistada a las órdenes de Lord Anson con el intento de asestar un formidable golpe a la dominacion que la España mantenía sobre las costas del Pacífico, cerradas por entónces al comercio de las demas naciones.

Componíase la escuadra de los navíos *Centurion*, de 64 cañones i 400 hombres de tripulacion, con la insignia del almirante Anson; *Gloucester* i *Savern* de 50 cañones i 300 hombres de tripulacion cada uno; de las fragatas *Pearl*, de 40 cañones i 250 hombres i *Wager*, de 28 cañones i 160 hombres, i de las naves menores *Tryal* i *Ana*. A mas iban embarcados 400 soldados de marina.

En persecucion de aquella escuadra, mal aparejada, peor abastecida, equipada con soldados inválidos sacados del hospital de Chelsea i con marineros gastados en la navegacion de los mares de la India, el gobierno español

despachó, a las órdenes del almirante Pizarro, una arrogante escuadra compuesta de cuatro navíos i una fragata de línea, con 280 cañones i cerca de 3,000 hombres de tripulacion.

Ambas escuadras llegaron casi simultáneamente i sin novedad a las alturas del Cabo de Hornos por allá a fines del mes de Febrero de 1741; pero desde que llegaron a los mares del Sur, comenzó para ellas la mas horrorosa de las odiseas de que se conserva recuerdo en los anales de la navegacion. De la escuadra del almirante Pizarro solo logró regresar a la patria el navío *Asia*; los demas quedaron sepultados en los mares del Cabo de Hornos, o varados o estrellados en las costas del Brasil i del Rio de la Plata, adonde se habian devuelto en demanda de refujio. El incesante batallar con los elementos, el escorbuto i el hambre diezmaron las tripulaciones de tal manera que hubo buque de cuya tripulacion no sobrevivieron mas de 60 hombres.

No anduvo mas afortunada la escuadra de Lord Anson. Inició la série de adversidades que la han hecho memorable el naufragio de la *Wager*, ocurrido el 14 de Mayo de 1741 en la parte norte de las islas de Guayane-cos, que estan situadas en la costa occidental de la Patagonia, al sur del Golfo de Penas i al norte del archipiélago del Duque de Wellington. Dias despues, el 23 de Mayo, el *Centurion* sufrió a inmediaciones de las costas de Chilpé un recio temporal, que le despedazó todas las velas, rompiéndole varios obenques i lo tumbó a babor por habérsele corrido la estiva a esa banda. El *Savern* i la *Pearl* no pudieron doblar el Cabo de Hornos i tuvie-

ron que devolverse a las costas del Brasil. Solo meses despues logró Lord Anson arribar con el *Centurion* a la Isla de Mas Afuera de Juan Fernández, habiendo arrojado al mar cerca de 300 hombres durante la travesia. Mas tarde llegaron a juntársele allí el *Gloucester*, que habia arrojado al mar otros tantos cadáveres, i el *Tryal* i el *Ana* cuyas tripulaciones estaban reducidas a ménos de la mitad. De los sobrevivientes, que no llegaban a 400, se sirvió Lord Anson para tripular al *Centurion*, el *Gloucester* i el *Tryal*, echando a pique el *Ana* por no haber jente para gobernarlo. Refrescada la jente en Juan Fernández i reparadas las maltrechas naves, lanzóse Lord Anson a recorrer las costas del Pacífico hasta Méjico, harpiando con toda fortuna i sin temor a persecucion de ningun jénero. Por fin, echó a pique al *Gloucester* i al *Tryal* i regresó a Inglaterra llevando a bordo del *Centurion* las cuantiosas riquezas de que se habia apoderado en sus correrías. Así, de ámbas escuadras solo regresaron el *Asia* a los puertos de España i el *Centurion* a los de Inglaterra, las dos naves capitanas, sin haberse nunca encontrado a pesar de sus aprestos.

En cuanto al guardia-marina Byron, solo pudo regresar a su patria en 1745. Durante su ausencia fué ascendido a teniente i a su regreso nombrado capitán de fragata. Firmada la paz, pidió que se le comisionase para dar la vuelta al mundo en el *Dolphin*, primer buque protegido con coraza de cobre, que zarpó el 2 de Julio de 1764 del puerto de Plymouth. Fué esta la primera expedicion que dió la vuelta al mundo con fines esclusivamente científicos, i si bien sus resultados fueron mui

discutidos, llegándose hasta negarle a Byron las cualidades del explorador i la veracidad de sus observaciones, se le reconoció al comodoro el mérito de haber sido el primero que dió a conocer de una manera exacta i precisa la navegacion del Estrecho de Magallanes, ántes poco conocida i por lo tanto mui temida de los navegantes. El viaje duró 22 meses, regresando el *Dolphin* al puerto de partida el día 9 de Mayo de 1766.

En 1768, con ocasion de los folletos publicados por Bulkeley, Cumminns i otros de los náufragos de la *Wager* que se amotinaron en la isla de Guayanecos, dejando abandonado al capitán Cheap i a sus escasos adictos, entre quienes se distinguia el guardia-marina Byron por su lealtad i consecuencia, publicó éste su relato, que alcanzó a tener numerosas ediciones. Nosotros hemos tenido a la mano para esta traduccion la «publicada e impresa ahora por primera vez en Lóndres, por S. Baker i G. Leigh, de York-Street i T. Davies, de Russel Street, Covent Garden, en MDCCLXVIII». ✕

En Enero de 1769 fué nombrado el entónces comodoro Byron gobernador de New-Foundland, cargo que desempeñó cerca de tres años. En 1775 fué ascendido a contra-almirante i en 1778 a vice-almirante, dándosele el mando de una escuadra que debia batir en las costas de la América del Norte a la escuadra francesa que comandaba el almirante d'Estaings. Parece que por un ensañamiento de la suerte, la escuadra encomendada al mando del vice-almirante habia sido tan mal alistada, con aparejos tan inservibles i pertrechos tan deteriorados por los años, como la aquella primera escuadra en

que habia servido de bisoño guardia-marina. De esta campaña, solo se menciona el encuentro que tuvo con la flota francesa en las costas de Granada, i en el cual, despues de combatir obstinadamente un dia entero, franceses e ingleses se retiraron sin que la victoria se decidiera por ninguno. A haber calculado los franceses que sus enemigos les habian presentado combate creyéndolos en inferior número, hubiesen aprovechado mejor su superioridad real en número i calidad de naves i con unas cuantas andanadas mas hubiesen dado cuenta hasta del último buque ingles. Esta accion imprudente i temeraria fué tan discutida en Inglaterra como la expedicion de la *Dolphin* al rededor del mundo, i uno de sus biógrafos mas imparciales dice de Byron, que si bien era un hombre valeroso, un marino escelente i un estimable oficial, era inhábil para gobernar escuadras, por la clase de servicios a que ántes se le habia destinado; que sus conocimientos tácticos eran puramente teóricos i que los olvidaba por completo cuando se le presentaba la oportunidad de ponerlos en práctica, como en el encuentro de Granada, donde solo se dejó llevar por sus ímpetus belicosos.

Despues de esta accion, regresó a Inglaterra, retirándose del servicio activo para consagrarse a ordenar sus apuntes para la *Relacion del viaje al rededor del Mundo*, que fué publicada despues de su muerte i traducida luego al frances por Suard.

Por fin, el 10 de Abril de 1786, a los 63 años de edad, despues de haber pasado casi su vida entera en una in-

cesante lucha por el dominio del mar, ofrecióle la muerte el supremo descanso de la tierra.

Casado con Sofía Trevamin de Carthays, tuvo de ella nueve hijos, dos varones i siete mujeres. El mayor fué el padre del poeta inmortal que dió forma en sus versos a las mas altas espresiones de la lírica inglesa del siglo XIX. Lord Byron recordaba siempre con predileccion a su abuelo. En la Epístola a Augusta, compara las tormentas morales que azotan su vida a las que afrontó aquél en el océano, i quien quiera que recuerde la descripción del naufragio de *Don Juan*, notará que no es sino la evocacion artística del naufragio de la *Wager*, cuya sencilla relacion se va a leer.





PREFACIO



Como la mayor inquietud que siento al entregar a la prensa las páginas que siguen proviene de la aprehension de que muchos de mis lectores puedan acusarme de egoismo, quiero no incurrir, en mi prefacio, en semejante reproche deteniéndolos con las razones que me han inducido a complacer, solo ahora, los deseos de mis amigos. Igualmente indiferente habia de serle al público el que se le diga cómo es que en el espacio de veinte años, nada ha podido vencer mi indolencia i desgano para satisfacer esas mismas instancias.

Emplearé estas pocas páginas preliminares en dar a conocer las pretensiones que puede tener esta obra a ser conocida del mundo, despues de las publicaciones que la han precedido.

Es bien sabido que la *Wager*, uno de los buques de la escuadra de Lord Anson, naufragó junto a una desolada isla de los Mares del Sur. El asunto de este libro, es la relacion de las estraordinarias dificultades i penurias porque tuvo que pasar una pequeña parte de su tripulacion para volver a su tierra nativa, gracias a la ayuda de la Divina Providencia; habiendo hecho unos pocos de ellos su viaje de la manera mas orijinal e inaudita a traves de una estensa i desierta porcion de territorio entre la desembocadura sur del Estrecho de Magallanes i la capital de Chile: territorio que difficilmente puede compararse con parte alguna del mundo, que no produce frutos ni granos, ni raices siquiera para el sustento del hombre; i lo que es mas raro todavía, hasta el mismo mar, que en tantas costas estériles proporciona abundantes productos, en esta tempestuosa e inhospitalaria costa es casi tan estéril como el litoral. Habremos de confesar que las siguientes pájinas procurarán mui escaso entretenimiento a las personas cuyo interes no se despierte al ver a la naturaleza humana, trabajando dia a dia por preservar su existencia a pesar de la continúa falta de elementos tan indispensables como el alimento i el abrigo en el mas riguroso de los climas.

Despues de todo, habrá que convenir en que no hai otro medio de conocer la jeografia e historia natural de un pais formado enteramente de pantanos i de cerros, incapaz de producir ni de ser cultivado, que señalar hasta las menores circuntancias que haya sido posible observar al recorrerlo. Lo mismo se puede decir de los habitantes, de sus costumbres, religion e idioma. ¿Qué

otros frutos podria cosechar un europeo de una relacion mas íntima con ellos que los que encontrará en las siguientes observaciones accidentales? Hemos conocido el punto mas ingrato de todo el globo terrestre, i como tal tratamos de describirlo i de darlo a conocer.

Es de esperar que se hagan algunas ligeras correcciones a tal cual observacion sobre la parte interior del pais, aunque sé que todo lo que he escrito ha tenido la buena suerte de agradar a mis amigos; de manera que la única falta que puede achacarse a mis pájinas, es la de ser demasiado breves en lo que a las colonias españolas se refiere. Pero, debo declarar aquí, que he desconfiado de la parcialidad de mis amigos i he pensado que debia temer justamente que si bien el mundo en jeneral acoge a veces con cierta compasion e induljencia un largo relato de infortunios, puede no prestar la misma acogida a una exhuberante imaginacion, que se ve halagada por un cambio de fortuna i que pasa repentinamente de las mas terribles a las mas alegres escenas del universo, incurriendo así en un egoismo igualmente ofensivo para los envidiosos i los críticos.

Hablo lo mas brevemente posible de los incidentes anteriores a nuestra final separacion del resto de la escuadra de Lord Anson, porque solo desde esta época comienzan propiamente nuestros infortunios. Mr. Bulkeley, uno de los oficiales subalternos de la *Wager*, ha publicado hace algun tiempo un «Diario i Relacion» del regreso de aquella parte de la dotacion del buque, que desechó la proposicion del capitan Cheap para tratar de volver a la tierra natal recorriendo el gran conti-

nente de Sud-América i prefirió regresar navegando en la lancha por el Estrecho de Magallanes; pero, ha referido las cosas que nos ocurrieron durante nuestra residencia en la isla de una manera tan concisa que deja varios pormenores sin revelar i toca otros tan a la lijera que parecen evidentemente agrupados con el propósito de justificar ciertos procedimientos que no pueden considerarse bajo otro aspecto que el de una abierta sublevacion. Por esta razon, se nota que el motivo primordial de su Diario va encaminado a fiscalizar la conducta del capitán Cheap, i a hacer públicas las conferencias celebradas entre él i los separatistas respecto al derrotero i a las medidas que habian de tomarse para el regreso al país. Por esto, he debido tomarme algun trabajo para reconstruir los primitivos pasajes de la desdichada escena que debo reproducir, i entrar en ciertos detalles sin los cuales no podria formarse ningun juicio fundado sobre algunos de los puntos discutidos, sobre todo, cuando la discusion ha sido llevada tan léjos que ha concluido en una especie de resentimiento personal. Cuando las contradicciones i diferencias han llegado hasta tan léjos, el lector comprenderá fácilmente porqué una tripulacion licenciada preferia prestar oídos a cualquier cabecilla faccioso ántes que a los sólidos consejos de su capitán, quien ponía en evidencia a todo entendimiento sin prejuicio que lo que mas convenia a su seguridad i mejor fortuna era continuar con la lancha hasta que pudieran hacer presa de algun buque enemigo, con lo que quedarian en condicion de llevar al comodoro un contingente de hom-

bres aguerridos para ausiliarlo en sus conquistas i tomar parte en los honores i recompensas.

Con todo, para hacer justicia a este puñado de jentes ingobernables, hai que declarar que, apesar de que como ántes lo he dicho, se presentaban como revoltosos, no eran tales a los ojos de la lei, porque, inmediatamente despues del naufragio, cesa la paga de la tripulacion de los buques, i de consiguiente la autoridad i mando de los oficiales.

Despues de haber esplicado los puntos que preceden, abrigo la satisfaccion de que habrá pocas cosas en las siguientes pájinas que no sean fácilmente comprendidas por la mayoría de mis lectores, i por consiguiente, no quiero detenerlos mas.





RELATO

DEL HONORABLE JOHN BYRON



Como son suficientemente conocidos el equipo i destino de la escuadra alistada el año 1740 a las órdenes del comodoro Anson, por la ámplia i bien escrita relacion redactada bajo su direccion, no insistiré en detalles que pueden encontrarse en esa obra. Pero, puede ser necesario, para la mejor esplicacion de la desastrosa suerte de la *Wager*, que es el objeto de las siguientes pájinas, el repetir la observacion de que parecia prevalecer una singular infatuacion en toda la direccion de aquella nave. Porque, aun cuando se la tuvo detenida, sin esplicacion plausible, hasta que pasó la estacion propicia para que se hiciera a la vela, no se hizo un uso provechoso de ese tiem-

po, que podía haberse empleado en procurarle una conveniente dotacion de soldados i de marinería, ni siquiera se prestó la atencion debida a otros requisitos indispensables para su largo i peculiar destino.

Esta negligencia no solo hizo abortar el principal objetivo de la expedicion, sino que afectó materialmente la condicion de cada buque i ninguna tan fatalmente como la de la *Wager*. Era este un viejo buque que hacia la carrera de las Indias, adquirido para el servicio, en esta ocasion, i armado en guerra; pero, como habia sido construido para ponton, se le cargó con toda suerte de aparejos i de pertrechos militares para el uso de los demas buques, atestándolo ademas con fardos i mercaderías de toda especie. No podia esperarse de un buque de esta calidad i condicion que navegara con la expedicion i facilidad necesarias para su seguridad i preservacion en los borrascosos mares que iba a surcar. Su tripulacion se componia de hombres cansados [ya por largos viajes, ántes de ser destinados a un servicio tan lejano i azaroso; ademas, todas sus fuerzas de tierra consistian en un escaso destacamento de enfermos i decrépitos inválidos del hospital de Chelsea, abatidos por la aprehension de un largo viaje. No es, pues, de maravillarse que el capitan Kid, bajo cuyo mando zarpó el buque del puerto, le presajara mala suerte, poco ántes de morir, aunque nada de particular hubiera ocurrido durante su comando.

A su muerte, sucedióle el capitan Cheap, quien pudo, sin ningun accidente, seguir en convoi con la escuadra

hasta cerca de la desembocadura sur del estrecho de Lemaire; pero como íbamos a la cola, estuvimos a punto de estrellarnos contra las rocas de la Isla de los Estados, a causa de la repentina variacion del viento i del cambio de la marea. A pesar de todo, habiendo ganado barlovento, contra lo que esperaba el resto de la escuadra, tratamos empeñosamente de recobrar nuestro derrotero i de volver a ocupar nuestra colocacion. Así lo hicimos i continuamos en convoi con los demas buques durante algun tiempo, hasta que una fuerte marejada nos rompió las cadenas de vigotas a barlovento. Poco despues, a causa de una fuerte ventolera que venia del oeste, comenzaron a azotar el buque grandes olas que nos destrozaron los botes i nos inundaron un largo rato.

Estos accidentes eran mas desalentadores todavía por estar nuestro carpintero a bordo del *Gloucester*, donde lo detenian el tiempo incesantemente borrascoso i la mar impracticable para los botes. Vuelto a los pocos dias, suplió la pérdida del palo de mesana con un botalon de las rastreras; pero, este espediente junto con el remiendo de las jarcias, solo nos sirvió de alivio pasajero. Luego nos vimos obligados a desprendernos de nuestra mejor ancla de proa para alijerar el palo trinquete, cuyos obenques i cadenas estaban despedazados, hallándose el buque en la mas lastimosa condicion.

Así hecho pedazos, medio desarbolado i solo el buque, porque habíamos perdido de vista el resto de la escuadra, teníamos ademas el contratiempo de hallarnos gobernando hácia tierra en una costa sotaventada: un error

de conjetura nos habia hecho proseguir hasta ese punto en el rumbo que llevábamos, por no ser el tiempo favorable para la observacion ni existir cartas de aquella parte de la costa. Cuando los oficiales que primero notaron el error trataron de persuadir al capitan de que alterara su rumbo i de que gobernara hácia el oeste, para mayor seguridad, él persistió en seguir directamente, con rumbo hácia la isla del Socorro, como creia; i a los que de tiempo en tiempo se atrevian a manifestarle sus recelos pidiéndole que hiciera toda fuerza de vela hácia el oeste, a fin de evitar los escollos de la costa, les replicaba que en ningun caso pensaba hallarse en libertad de apartarse de sus órdenes, i que la ausencia de su nave del primer punto de reunion frustraria el principal objetivo que la escuadra tenia en vista para su ataque i probablemente decidiria de la fortuna de toda la expedicion. Para comprender mejor la fuerza de este razonamiento, es necesario explicar que la isla del Socorro está situada en las vecindades de Valdivia, cuya plaza no podia ser capturada sin que se hallase allí la nave que conducia la artillería i los pertrechos de guerra.

El conocimiento de la importancia que tenia el asestar a los españoles un golpe tan repentino e inesperado, inducia al capitan a buscar el camino mas corto para llegar al punto señalado, i la ríjida adhesion a aquellas órdenes de que no se juzgaba en ningun caso en libertad de separarse, enjendró en él una obstinada despreocupacion de todas las dificultades i lo sustrajo a todas las aprehensiones que alarmaban tan justamente a los demas, que, ignorantes de las órdenes, no tenian presente

en la imaginacion mas que los peligros de una costa de sotavento. (*)

Por algun tiempo, nos habíamos dado cuenta de que nos acercábamos a tierra, sin otras señales que las de algunos pájaros i maderos, que son las indicaciones usuales de la proximidad de la costa; pero al cabo pudimos distinguir imperfectamente una eminencia que se nos ocurría que fuera uno de los cerros de la cordillera. La divisábamos tan poco distintamente, que muchos llegaron a pensar sino seria mas que un efecto de la imaginacion: pero, cuando el capitan se persuadió de la vecindad del peligro que corríamos, era ya demasiado tarde para remediarlo; porque en ese mismo momento rompiéronse los estribos que afianzaban los estays de proa i se vino abajo el palo de trinquete, i como la mayor parte de los marineros estaban inhabilitados por las fatigas i las en-

(*) Se ha atribuido al capitan Cheap el propósito de llegar a la costa española ántes que el comodoro; pero nada hai en su conducta que pueda autorizar en lo mas mínimo tal sospecha. El autor que formula un cargo tan grave, se equivoca tambien al imaginar que el capitan Cheap no tenia instrucciones para dirigirse a esa isla i que el comodoro ni fué ni mandó a nadie a informarse si habia allí algun buque de la escuadra. Esto consta de las órdenes impartidas a los capitanes de la escuadra el dia ántes de la partida de Santa Catalina (Lord Anson's Voyage, P. I. C. 6); de las órdenes del Consejo de Gnera celebrado a bordo del Centurion en la bahía de San Julian (C. 7); i de la conducta del comodoro, (C. 10) que anduvo aventurando mas de quince dias por la isla del Socorro y por las costas vecinas. Fué el segundo *rendez vous* en Valdivia, i no en Socorro, el que se vió obligado por necesidad a descuidar al comodoro.

fermedades, pasó algun tiempo ántes de que volviésemos a drizarlo. Los pocos hombres que se hallaban ocupados en esta faena pudieron entónces claramente ver tierra desde la serviola de babor, en direccion N. O., hácia donde se iba corriendo resueltamente el buque. Inmediatamente dió órdenes el capitan para guindar la verga de proa i colocar la vela del trinquete; hecho esto, pusimos proa al sur, tratando de apartarnos de tierra; pero si el tiempo que ántes habíamos tenido habia sido excesivamente tempestuoso, ahora se nos desencadenó un furioso huracan que nos empujaba hácia la costa, haciendo enteramente inútiles los esfuerzos de los doce hombres que quedábamos en estado de trabajar. Llegó la noche mas pavorosa que imaginarse puede, i en un momento en que estábamos tratando de largar las gavias para apartarnos de la costa, el viento las arrancó inmediatamente de las vergas.

Como a eso de las cuatro de la mañana, el buque encalló. Aunque el choque que recibimos fué bastante recio, nos pareció un golpe de mar, como los que muchas veces habíamos experimentado en borrascas anteriores i por tal lo tomamos; pero, luego vino a sacarnos del engaño un nuevo choque, mas violento que el anterior, que tumbó el buque de costado, comenzando las olas a barrerlo. Todos los que podian moverse acudieron al instante al alcázar, i muchos que no habian mostrado la cara en cubierta desde hacia dos meses, estuvieron alertas en esta ocasion: algunos pobres diablos que iban en el último grado del escorbuto i que no pudieron arrancar de sus hamacas, se ahogaron inmediatamente.

En esta horrible situacion quedó el buque por un poco tiempo, i toda alma a bordo miraba el presente, como su postrer momento, porque solo veíamos reventazones de olas a nuestro alrededor. Sin embargo, una monstruosa marejada vino a zafarlo de allí; pero, volvió a chocar de nuevo, rompiéndosele la caña del timon. Para observar en tal aterradora i crítica coyuntura las diversas espresiones que tomaba el horror segun los caracteres i temperamentos que habia entre nosotros, habria sido necesario que el observador mismo hubiese estado libre de toda impresion de peligro. Hubo, sin embargo, manifestaciones tan notables, que no podian escaparse a la observacion de quien quiera que no estuviese enteramente privado de sentido, ya que algunos se hallaban en esta condicion. Particularmente, habia uno que en el delirio de la desesperacion, se paseaba majestuosamente por cubierta, esgrimiendo un machete por sobre su cabeza, llamándose a sí mismo el rei del pais e hiriendo a quien se le acercara, hasta que sus compañeros lo derribaron a golpes, en vista de que no habia otra seguridad contra su tiranía. Algunos, que estaban ya aniquilados por largas enfermedades i por el escorbuto, quedáronse como petrificados i privados de sentido; parecian cuerpos inanimados que los vaivenes i cabeceos del buque hacian rodar como pelotas, sin que hicieran esfuerzo alguno para ayudarse.

Tan terrible era la escena que presentaban las olas que reventaban en espuma a nuestro alrededor, que uno de los hombres de mas valor que teníamos no podia dejar de manifestar su desaliento, diciendo que

aquello la vista no podia soportarlo, i se hubiera tirado al mar desde la baranda del alcázar a no haberlo impedido nosotros; pero, no faltaron algunos que conservaban una presencia de ánimo verdaderamente heróica. El timonel no abandonaba su puesto, no obstante haber desaparecido el timon i la caña, i habiéndole preguntado uno de los oficiales si el buque podria o no navegar, tomó primero su tiempo para hacer una prueba con la rueda i despues contestó con tanto respeto i frialdad como si el buque se hubiera hallado en la mayor seguridad, e inmediatamente volvió a aplicarse a su deber con la serenidad acostumbrada, persuadido de que no se apartaria de él miéntras el buque se mantuviese entero. El piloto Mr. Jones, que sobrevivió no solo a este naufragio sino tambien al del navío *Litchfield* en las costas de Berbería, no solo se manifestaba impertérrito en los momentos en que el buque se hallaba en mayor peligro, sino que trataba de inspirar la misma resolucion entre los marineros, diciendoles: «Amigos míos, no nos dejemos desalentar: no habeis visto nunca un buque en medio de las rompientes? Tratemos de hacerlo que las cruce. Manos a la obra! Aquí hai una escota, i aquí una braza! Aprovecharlas! Tenemos que empeñarnos en llevar el buque mas cerca de tierra para salvar nuestras vidas!» Esto produjo tan buen efecto, que muchos que poco ántes estaban medio muertos, parecieron reanimarse i se pusieron de nuevo con todo empeño a la obra. Pero, esto lo decia Mr. Jones únicamente para sostener el ánimo de la jente el mayor tiempo posible, porque segun lo ha dicho despues varias veces, no pensaba que hu-

biera la menor probabilidad de que escapara un solo hombre.

Cruzábamos en medio de una abertura que dejaban ahora las rompientes, gobernando con las escotas i las brazas, cuando encallamos providencialmente entre dos grandes rocas, protejiéndonos en cierto modo la de barlovento contra la violencia del mar. Inmediatamente quitamos el palo mayor i el trinquete; pero, el buque continuó zapateando de tal manera, que se nos ocurría que no podría conservarse entero sino por cortos instantes mas.

El dia abrió de nuevo, i el tiempo que habia estado estremadamente cerrado, clareó por unos pocos momentos, dejándonos vislumbrar tierra a poca distancia de nosotros. No pensamos en otra cosa que en salvar nuestras vidas. A causa de la pérdida de los mástiles, nos costó buen tiempo de trabajo arriar los botes; hecho esto, fueron muchos los que estuvieron listos para saltar de los primeros, por cuyo motivo apenas si escaparon de perecer ántes de que llegaran a tierra. El capitán Cheap habia tenido la desgracia de dislocarse un brazo a consecuencia de una caída que sufrió el dia ántes, mientras iba a proa a hacer que izaran la verga del trinquete: me dirijí donde él i le pregunté si no iba a tierra; pero, me replicó que, como lo habia dicho ántes, seria el último en dejar el buque, i me ordenó que ayudara a desembarcar a la jente lo mas pronto que fuera posible. Conforme a sus deseos, yo habia estado con él varias veces desde que el buque sufrió el primer choque, imponiéndolo de todas las cosas que ocurrían, i noté particularmente que

en esos momentos impartia sus órdenes con la misma serenidad que lo habia acompañado durante la primera parte del viaje.

La escena habia cambiado ahora completamente; muchos que solo minutos ántes habian dado las mas vivas señales de desesperacion, implorando misericordia de rodillas, imaginábanse ahora no hallarse en tan inmediato peligro, y se entregaban al mayor desenfreno, rompiendo cuanta caja o baul encontraban a mano, consumiendo hasta el fondo los barriles de vino i de aguardiente cuando los llevaban a las escotillas, i emborrachándose de tal manera que varios de ellos se ahogaron a bordo i sus cuerpos quedaron flotando sobre cubierta durante varios dias. Antes de dejar el buque, fuí a mi caja, que estaba junto a la mampara del cuarto de guardia, para salvar algunas pequeñas cosas, si era posible; pero, miéntras estaba en ello, el buque se golpeó con tal violencia i el agua se precipitó en él con tanta rapidez, que me vi obligado a volver otra vez al puente sin salvar ni una hilacha fuera de lo encapillado. El contramaestre i algunos marineros mas no quisieron dejar la nave miéntras quedara licor que tomar, por lo cual el capitán Cheap consintió al fin que lo sacásemos de su lecho, lo colocáramos en el bote i lo lleváramos a tierra.

Es natural suponer que para hombres que han estado a punto de perecer en un naufragio, el llegar a tierra fuera la satisfaccion de sus mas vivos anhelos: era sin duda lo mas que se podia desear; pero, bien consideradas las cosas, nuestra condicion mejoraba mui poco con el cambio. Adonde quiera que mirásemos, solo se nos presen-

taba una escena de horror: de una parte, los restos de la nave, donde habia quedado todo lo con que contábamos en el mundo para nuestro sosten i subsistencia, junto con un mar tempestuoso, nos ofrecian la mas lastimosa perspectiva; de la otra, la tierra no presentaba una apariencia mas favorable: desolada i estéril, sin señales de cultivo, no podíamos esperar de ella otros beneficios que el refugio que nos ofrecia contra el mar. Debemos confesar que era la nuestra una grande i misericordiosa escapada de una inmediata destruccion; pero, teníamos en seguida que luchar con la humedad, el frio i el hambre, sin que nuestra vista descubriera remedio alguno contra cualquiera de estos males. Ateridos, estenuados i casi imposibilitados nos pusimos a buscar un miserable abrigo que nos protejera contra la estremada inclemencia del tiempo, i descubrimos una choza de indios, a poca distancia de la playa, dentro de un bosque, donde nos metimos todos los que pudimos, apiñándonos sin distincion alguna, porque la noche iba poniéndose escesivamente tempestuosa i lluviosa. Pero, aquí nuestra situacion era tal que alejaba de varios de nosotros todo el descanso i alivio que se podia esperar del sueño, porque ademas de hallarnos sumamente apretados uno contra otro, no dejábamos de abrigar nuestras alarmas i apreensiones de ser atacados por los indios, desde que descubrimos algunas de sus lanzas i otras armas en la choza, contribuyendo nuestra inseguridad sobre sus fuerzas i disposiciones a alarmar nuestra imaginacion i a mantenernos en una continua ansiedad. En esta miserable cabaña, murió esa misma noche uno de nuestra compañía, un te-

niente de inválidos; i de aquellos que por falta de techo buscaron refugio bajo un gran árbol, que apenas los protejia, perecieron otros dos mas a causa de la severidad de aquella fria i lluviosa noche.

En la mañana, los clamores del hambre, que hasta entónces habian sido acallados por nuestra atencion a peligros i dificultades mas inmediatos, comenzaron a hacerse demasiado insistentes para poderlos resistir. El mayor número de nosotros habia ayunado cuarenta i ocho horas, i algunos mas todavia: era tiempo, pues, de averiguar qué recursos habia logrado traer del naufragio la prevision de algunos i qué podia procurarse en la isla la industria de los otros: desgraciadamente, todo el producto de aquélla no pasaba de unas dos o tres libras de galleta molida, conservadas en un saco, i el beneficio de los que se aventuraron por los alrededores con el pésimo tiempo que hacia todavia, fué matar una gaviota i cojer algunas yerbas silvestres. Todo esto lo pusimos inmediatamente en una olla, agregándole una buena porcion de agua, con lo que hicimos una especie de sopa de que participó cada cual lo que pudo. No habíamos todavia acabado de apurarla, cuando sentimos nuestros estómagos presa del mas penoso malestar: violentos dolores, desmayos i todos los síntomas de envenenamiento. A diversas causas achacábamos el accidente, atribuyéndolo principalmente a las yerbas de que habíamos hecho uso, imaginándonos que nos habíamos engañado respecto a su naturaleza i cualidades, hasta que una averiguacion mas acertada nos llevó a la verdadera causa de todo: la galleta venia de las sobras del pañol del pan, pero la habian

traído en un saco de tabaco, cuyo contenido no se habia vaciado completamente, i que al mezclarse con la galleta molida se habia convertido en un enérgico emético.

Los que habíamos llegado a tierra éramos unos ciento cuarenta hombres mas o ménos, pero, a bordo quedaban todavia algunos mas, retenidos por la embriaguez o por el propósito de saquear los restos del buque, i entre ellos figuraba el contramaestre. Un oficial fué en el serení a visitarlos, con el objeto de inducirlos a que fueran a reunirse con sus demas compañeros; pero, habiéndolos encontrado en el mayor desorden i dispuestos a amotinarse, se vió obligado a desistir de su propósito i a regresar sin ellos.

Aunque teníamos vivos deseos de hacer un reconocimiento de la tierra que ocupábamos i nuestras necesidades así lo requerian, nuestras patrullas no hicieron ese dia grandes escursiones fuera de la choza, porque suponíamos que los salvajes solo se habrian retirado a corta distancia de nosotros, esperando vernos divididos; pero, todo el terreno que pudimos recorrer era pantanoso i mui poco aparente. El lugar que ocupábamos era una bahia formada por unos promontorios montañosos, siendo el del lado norte tan escesivamente escarpado que tuvimos que ponernos a labrar peldaños para ascender a él, ya que era imposible costearlo a causa de que el mar bañaba su falda. Este cerro, que denominamos Monte Miseria, nos sirvió despues para hacer algunas observaciones cuando el tiempo lo permitia; el promontorio del sur no era tan inaccesible. A poca distancia de este, y con algunos compañeros descubrimos otra bahia adonde

el mar habia arrojado algunos restos del naufragio, pero no encontramos ninguna especie de provisiones ni hallamos siquiera un marisco que era lo que buscábamos particularmente. Volvimos pues a juntarnos con los demas, i ese dia no tuvimos otra comida que la que nos proporcionaron las plantas silvestres. La noche siguiente fué escesivamente tempestuosa, i los que estaban a bordo viéronse amenazados por una inmediata destruccion, porque habiéndose puesto el mar mui agitado estuvo a punto de despedazarse el casco. Entónces se sintieron tan deseosos de llegar a tierra cuanto ántes obstinados en rechazar los auxilios que les enviábamos; i como encontraran que el bote no iba en su ayuda con la presteza que querian, sin considerar lo impracticable que era mandarlo con aquella mar, dispararon sobre la cabaña uno de los cañones del alcázar: la bala pasó rozando el techo i fué distintamente percibida por el capitán i los que adentro nos hallábamos. Se hizo, sin embargo, otra tentativa para traer a tierra a esos desgraciados que resultó ineficaz a causa de la violencia del mar i de otros impedimentos ocasionados por un mastelero que estaba al costado. Esta inevitable demora exasperó a la jente de a bordo, que se puso a hacer pedazos cuanto hallaba a mano i se entregó a los mayores escesos de intemperancia, abriendo por la fuerza las cajas i los camarotes, para robar cosas que no habian de serles de ninguna utilidad, i con tanto ahinco se entregaron a ese licencioso pillaje, que un hombre cayó asesinado, evidentemente al dividirse los despojos o al reclamar la parte que le correspondia, porque su cuerpo presentaba todas

las señales de haber sido estrangulado. Una cosa a que se dedicaron particularmente en medio de este desorden, fué a proveerse de armas i municiones para utilizarlas al poner en ejecucion sus propósitos de revuelta i para sostener sus pretenciones a independizarse de la autoridad de sus oficiales, que ellos pretendian haber caducado con la pérdida de la fragata.

Pero, en cuanto llegaron a tierra, se les despojó de estas armas, de que nosotros teníamos gran necesidad, por orden del capitan Cheap i del teniente Hamilton. Entre los amotinados que hubo que dejar a bordo como ántes lo hice notar, figuraba el contramaestre, quién en vez de ejercer la autoridad que tenia sobre los demas, para mantenerlos a raya cuanto fuera posible, se hizo cabecilla del motin; el capitan Cheap lo derribó por tierra asestándole un soberbio golpe con su baston. Costaba contener la risa ante la estravagante figura que presentaban aquellos hombres, que habiendo robado los mejores trajes que los oficiales guardaban en sus cajas, se los habian puesto encima de sus grasientos pantalones de marinero i de sus sucias camisas listadas. Pronto fueron despojados de sus galas como lo habian sido ántes de sus armas.

Las incesantes lluvias i el tiempo excesivamente frio de este clima, nos hicieron imposible la vida por mas tiempo sin tener algun techo que nos protejera; i como la cabaña era mui chica para que cupiésemos todos, fué necesario idear, sin demora, algun expediente que pudiera servir a nuestro propósito; en consecuencia, el condestable, el carpintero i algunos mas, pusieron el cúter

con la quilla para arriba i lo colocaron sobre unos puntales, con lo cual arreglaron una habitacion nada despreciable. Despues de haber establecido esta especie de vivienda, tuvimos mas tiempo para echar una ojeada a nuestro alrededor i para hacer con mas esmero que ántes nuestras escursiones en busca de aquellos recursos que rara vez dejan de tener las costas mas desoladas. Efectivamente, luego nos proveimos de algunas aves marinas, i encontramos diferentes clases de mariscos en suficiente abundancia. Mas, este merodeo de la costa comenzó a hacérse nos mui desagradable, porque entre las rocas aparecian los cadáveres de los ahogados, algunos de los cuales ofrecian un espectáculo horroroso por lo mutilados que los habia dejado la violencia de la marea al arrojarlos a tierra. Estos horrores fueron luego dominados por las necesidades de nuestros hombres, algunos de los cuales se daban por mui contentos de matar algun gallinazo, para prepararse una comida con él miéntras aquel pájaro estaba haciendo presa de los cadáveres. Pero, como con toda nuestra mas empeñosa industri osidad no podíamos adquirir en toda la porcion de la isla que hasta entón ces habíamos recorrido una provision proporcionada al número de bocas que habia que alimentar, tuvimos que apelar a los restos del naufragio en busca de los víveres que de allí se pudiera sacar, hasta que estuviésemos en estado de hacer escursiones mas distantes. Pero, como en la presente situacion, era éste un fondo mui precario, que podia faltarnos a lo mejor, i en vista de lo incierto del tiempo que podíamos quedar detenidos en la isla, los pertrechos i provisiones que habíamos tenido la for-

tuna de recuperar hubimos de consumirlos no solo con la mas frugal economía, sino que en cuanto nos fué posible, ir apartando una cantidad suficiente que nos sirviera cuando llegásemos a acordar algun medio para trasladarnos de este triste sitio. Las dificultades que tuvimos que soportar en nuestras visitas al casco no pueden ser fácilmente descritas; porque, como no quedaban encima del agua otras partes que el alcázar i la toldilla de proa, nos veíamos con frecuencia obligados a pescar las cosas por medio de grandes garfios amarrados a unas varas, en cuya faena nos venian a incomodar los cadáveres que flotaban entre las cubiertas.

A fin de asegurar lo que habíamos así adquirido, de manera que respondiera a los fines i propósitos arriba mencionados, el capitan ordenó que se levantara una tienda-almacen cerca de su choza, algo como una despensa de la cual nada podia sacarse sino en la medida i proporcion acordadas por los oficiales; i aunque para nosotros, los oficiales subalternos, fuese mui pesado defender la tienda de las invasiones nocturnas, despues de las fatigas de nuestras diarias correrías en busca de alimentos, no podia arbitrarse otro medio mas eficaz para el objeto que confiar este cargo a nuestro cuidado, se nos ordenó, en consecuencia, que nos dividiéramos igualmente la tarea. Con todo, a pesar de nuestra constante vijilancia i cuidado, cometíanse frecuentes raterías en el depósito, por ser la tienda accesible en mas de un punto. Una noche, miéntras estaba de guardia, como oyese un ruido adentro, me dejé caer sobre el ladron i poniéndole una pistola al pecho, lo obligué a que se de-

jara amarrar a un poste hasta que tuve oportunidad de asegurarlo mas eficazmente. Las depredaciones contra nuestro depósito de reserva continuaron siempre, a pesar del gran riesgo que se corria en tales tentativas, porque nuestra comun seguridad hacia necesario castigarlos con la mayor severidad. Esto no habrá de causar asombro si se toma en consideracion cuan poco proporcionada a nuestras comunes exigencias era la tolerancia que se podia dispensar al respecto, de manera que nuestra tarea de andar correteando dia i noche en busca de provisiones no disminuyó en lo mas mínimo, i tan léjos estaba de responder a nuestras necesidades todo lo que se hacia, que muchos perecieron de hambre en ese tiempo. En una ocasion, en que no se podia hallar otros comestibles costó trabajo impedir a un muchacho que se preparara una comida con el hígado de uno de los ahogados, cuyo cadáver habia sido literalmente hecho pedazos por la fuerza con que el mar lo habia estrellado contra las rocas.

Tan asíduos eran los hombres en sus correrías en busca de las pocas cosas que venian del casco, que a fin de no tener partícipes de su buena fortuna, escudriñaban la costa tanto de dia como de noche; de manera que muchos de aquellos que fueron ménos avisados o ménos afortunados que sus vecinos perecieron de hambre o se vieron reducidos a la última estremidad. Debe observarse que nuestro naufragio ocurrió el 14 de Mayo, i que solo el 25 de dicho mes se comenzó a sacar con regularidad las provisiones del almacén. ✕

El punto donde nos hallábamós está situado a unas 90 leguas hácia el norte de la desembocadura occidental del

Estrecho de Magallanes, entre los 47° i 48° de latitud sur, desde donde distinguíamos claramente la cordillera, i suponíamos que fuese una isla, porque al norte i al sur de nosotros se extendian dos lagunas que llegaban hasta aquellos cerros. Pero, como ántes, no teníamos medios para informarnos con seguridad si era una isla o el continente mismo, porque, a mas de que los puntos del interior inmediatos a nosotros, nos parecian impracticables a causa de la excesiva espesura de los bosques, nos hallábamos en tal escasez i confusion, que no podia organizarse partida alguna para hacer descubrimientos, cuando cada cual tenia que ocupar todo su tiempo en procurarse un mísero sustento i buscar un refugio contra el viento i la lluvia. El clima i la estacion eran estremadamente desfavorables para los aventureros, i en toda la estension que abarcaba nuestra vista, presentaba la costa un espectáculo tan terrible con las rompientes, que quitaba a los mas osados el ánimo de hacer tentativa alguna en las pequeñas embarcaciones. Ni podíamos auxiliarnos en nuestras exploraciones con alguna observacion hácia el interior, desde la eminencia del Monte Miseria, porque otros cerros mas elevados i espesas montañas venian a interceptarnos la vista; no nos quedaba, pues, otro recurso para adquirir esta certidumbre, que habilitar uno de nuestros botes para hacer algun descubrimiento que viniese a precisar nuestra situacion. La lancha estaba todavía a bordo del casco, i en consecuencia se mandó cierto número de hombres a destruir la regala de la borda para echarla al mar. Mientras estábamos ocupados en esta tarea, aparecieron tres canoas de indios, remando hácia nosotros; habian llegado a

este punto desde las lagunas del sur. Pasó algun tiempo ántes de que lográsemos que desecharan sus temores i se acercaran a nosotros, a lo que al fin se resolvieron en vista de las señales de amistad que les hacíamos i del ofrecimiento de algunos objetos que aceptaron, dejándose conducir donde el capitan que les hizo tambien algunos presentes. Quedaron estrañamente sorprendidos de su novedad; pero, el asombro fué mayor cuando les presentamos un espejo: el que lo tenia, no podia concebir que fuera su propia cara la que se reproducia, sino la de otro individuo, a quien se puso a buscar dando vueltas detras del espejo.

Estos individuos eran de baja estatura, mui morenos, i llevaban largos cabellos negros mui tiesos, que les colgaban a lo largo de la cara. Por su gran sorpresa i por todas sus maneras, era evidente que no solo no tenian en su poder cosa alguna que procediese de blancos, sino que jamas habian visto tal raza. Su vestido consistia únicamente en un pedazo de piel de algun animal, que les cubria la cintura i en una especie de tejido de plumas echado sobre los hombros; i como no proferian palabra alguna de cualquier idioma que hubiésemos oido ántes, ni tenian ningun método para hacerse entender, presumimos que no podian haber tenido jamas trato con europeos. Estos salvajes, que al irse nos dejaron algunos mariscos, regresaron a los dos dias, trayendo consigo unas tres ovejas. Es difícil darse cuenta cómo se procuraron estos animales en una parte del mundo tan distante de toda colonia española, aislados de toda comunicacion con los españoles por una costa inaccesible i un te-

ritorio estéril. Lo que hai de cierto es que no volvimos a ver animales de esa especie, ni oimos hablar de ellos desde el estrecho de Magallanes hasta las inmediaciones de Chiloé: es probable que por algun extraño accidente cayeran en poder de los salvajes, cosa que nunca pudimos saber de éstos. En esta entrevista, trocamos con ellos uno o dos perros, que nos comimos asados. A los pocos dias despues, nos hicieron otra visita, trayendo a sus mujeres, i despues de compartir con nosotros la habitacion por algunos dias, volvieron a dejarnos. *h. aqui.*

h. aqui. Cuando nos lo permitia el tiempo, que iba haciéndose algo mas seco, pero excesivamente frio, nos íbamos al casco, de donde pudimos sacar en distintas ocasiones varios artículos de provisiones i licores, que depositamos en la tienda. El mal humor i el descontento, iban abriéndose camino rápidamente, a consecuencia de las dificultades con que tropezábamos para procurarnos el sustento i las pocas expectativas que habia de mejorar de condicion. En algunos, se manifestó por la separacion de alojamiento i habitacion; en otros, en la resolucion de abandonar enteramente al capitan i de hacer por su cuenta un disparatado viaje, sin determinado plan. Por mi parte, siguiendo la costumbre, i deseoso de no mezclarme con nadie, construí una chocita lo suficientemente grande para que cupiésemos yo i un pobre perro indijena que encontré en las montañas i que se buscaba su sustento en la playa recojiendo mariscos en la baja marea. Este animal me cobró tanto cariño i fidelidad que no podia tolerar que nadie se acercara a mi choza sin que lo mordiese. A mas de los disidentes que he mencionado, otros

idearon un plan para abandonarnos enteramente; eran diez, la mayor parte de ellos jente viciosa i desordenada, que para dar un notable golpe de mano ántes de irse, colocaron medio barril de pólvora con un reguero junto a la choza del capitan, i se preparaban ya para perpetrar el malvado propósito de volar a su comandante, cuando consiguió disuadirlos uno que abrigaba todavía algunos escrúpulos i remordimientos de conciencia. Estos malvados, despues de errar algun tiempo por los bosques, cuya salida hallaron impracticable, se convencieron luego de que no estaban en el continente, sino en una isla distante de él unas cuatro o cinco leguas; se devolvieron i acamparon a una legua de nosotros; sin embargo, conservaban siempre la resolucion de embarcarse para el continente en cuanto pudieran habilitar una embarcacion. Pero ántes de que pudieran realizarla, hallamos medios de decidir a que volviesen a cumplir sus deberes al armero i a uno de los carpinteros, dos hombres que nos fueron mui útiles i que se habian agregado imprudentemente a ellos. Los demas, excepto uno o dos, trasformaron el cuerpo de uno de los mástiles del buque en una canoa, se internaron en una de las lagunas i nunca mas oimos hablar de ellos.

Como eran jente incorregible i sediciosa, su partida mas que cansarnos algun perjuicio, sirviónos para nuestra futura seguridad; de uno de ellos en particular, llamado James Mitchell, teníamos todo el fundamento posible para presumir que habia cometido no ménos de dos asesinatos desde la pérdida del buque: uno en la persona que se encontró estrangulada a bordo i el otro en el cuerpo de un hombre que descubrimos entre unas ramas en

el Monte Miseria, apuñaleado en diversas partes i horriblemente mutilado.

A esta disminucion de nuestro número siguió un accidente de mucho mas sensibles consecuencias. Me refiero a la muerte del guardia-marina Mr. Cozens, que me veo obligado a relatar con mayores pormenores que los que empleo para cualquier otro asunto, a fin de tratarla con la necesaria imparcialidad i exactitud. Un dia, traia yo a la playa en el serení un barril de guisantes que habia sacado del casco, en el cual pasaba constantemente ocupado. En el momento que lo desembarcaba, llegó a la ribera el capitan que me prohibió que fuese a ninguna de las tiendas i ordenó que bajaran algunos hombres para que lo llevaran rodando para arriba; pero, como no encontré a otra persona que Mr. Cozens, le transmití las órdenes i él se dirigió inmediatamente donde el capitan, con quien le dejé mientras yo regresaba al casco. Cuando volví de nuevo a la playa, supe que Mr. Cozens estaba arrestado de orden del capitan por hallarse ebrio i emplear palabras injuriosas; poco despues, fué, sin embargo, puesto en libertad. Uno o dos dias despues, tuvo una disputa con el cirujano, llegando a darse de puñetazos. Todas estas cosas exasperaron grandemente en su contra al capitan. Se me ocurre que a este infortunado jóven lo instigaban algunas personas mal intencionadas, que lo mantenian exaltado por el licor, porque nunca he conocido un hombre de mejor natural ni mas inofensivo, cuando estaba bueno. Poco tiempo despues, hallábase Mr. Cozens junto a la tienda del rancho, a la hora de servir las provisiones, i habiéndose

suscitado un cambio de palabras con el maestro de víveres, con quien parece que habia tenido ántes una pendencia, este último le dijo que se estaba amotinando i sin mas trámites le disparó a la cabeza con una pistola, que apenas le erró. El capitan, en cuanto oyó el disparo i probablemente las palabras del maestro de víveres que decia a Mr. Cozens que era un sublevado, salió corriendo de su choza, con una pistola cargada en la mano, i sin hacer la menor averiguacion, inmediatamente le desce-rrajó un tiro en la cabeza. Yo me hallaba en ese instante en mi choza, porque el tiempo estaba excesivamente malo; pero, con la alarma de los disparos, salí corriendo al instante, i lo primero que vi fué a Mr. Cozens en el suelo revolcándose en su propia sangre: tenia conocimiento todavía, i me tomó la mano, como lo habia hecho con algunos otros, moviendo la cabeza cual si quisiera significar que se despedia de nosotros. Si la conducta de Mr. Cozens con su capitan fué indigna i provocativa, la del capitan, por su parte, fué arrebatada i temeraria; si hubo en el primero falta del respeto i obediencia que a sus superiores debe un oficial subalterno, el segundo fué todavía ménos atinado en el método que empleó para fortalecer su autoridad, de cuyo prestigio, en verdad, era excesivamente celoso i la cual veia declinar de dia en dia, a punto de ser vejada. Su errada aprehension de un intento sedicioso en Mr. Cozens, que fué el único motivo de su temeraria accion, estuvo tan léjos de responder al fin que se propuso, que los hombres que estaban desde ántes mui descontentos i mal avenidos, estuvieron a punto de entregarse a la abierta sublevacion i revuelta,

a causa de ese paso infortunado. Era evidente que los hombres que salian a carrera de sus tiendas al oír los estampidos de las armas de fuego, se hallaban hondamente impresionados por la catástrofe de Mr. Cozens, que era muy querido entre ellos, por mas que en el momento disimularan sus verdaderos sentimientos; exaltábaseles la imaginacion, i era de temer que sus resentimientos se manifestaran dentro de poco en alguna descabellada empresa, por mas sofocados que se hallasen en este trance. La desventurada víctima que yacía en el suelo, delante de ellos, revolcándose en su sangre, parecia absorverles enteramente la atencion; los ojos de todos estaban fijos en ella, i en la fisonomía de todos los espectadores aparecian visibles señales de la mas profunda congoja. La persuacion en que se hallaba el capitan cuando hizo fuego sobre Mr. Cozens de que éste abrigaba intentos sediciosos, junto con el celo de su autoridad que disminuia, le indujeron ademas a conducirse con ménos compasion i ternura para con el pobre herido que la que requeria su triste condicion; porque, cuando sus camaradas le pidieron por favor que les permitiese llevar a su tienda a Mr. Cozens, como una cosa necesaria en su peligrosa situacion, no lo consintió, i hubo que sufrir que el pobre infeliz languideciera varios dias en el suelo, sin otra cubierta que un pedazo de lona tirado sobre algunas ramas, donde murió.

Pero, volvamos a nuestra historia; el capitan dirijió la palabra a la jente reunida para esta circunstancia i les dijo que era su resolucion conservar como de costumbre el mando que tenia sobre ellos i que subsistia

con la misma fuerza que ántes, ordenándoles en seguida que se retiraran a sus tiendas respectivas, órden que fué acatada al instante. Habíamos salvado la lancha de la nave, i en cuanto la tuvimos en nuestro poder, nada nos pareció mas necesario para adelantar nuestra salida de aquel desolado sitio que modelar de nuevo la embarcacion de manera que ofreciese cabida a todos los que quisieran embarcarse i ponerla en condicion de afrontar los borrascosos mares que teníamos que surcar. La hallamos, en consecuencia, i despues de colocarla sobre calzos, la partimos en dos, a fin de alargarla unos doce pies. Para este objeto, empleamos en preparar i modelar la madera necesaria, conforme a las instrucciones del carpintero, a todos los hombres que podíamos distraer de la tarea mas apremiante de procurarnos provisiones; i digo procurarnos provisiones, porque habiéndose puesto el mar mui tempestuoso en los últimos dias, el casco trabajó muchísimo i arrojó una gran parte de su contenido, que se hallaba dispersado por todas partes en la playa. X (a la pag. 33, flecha)

X Enviábamos, ademas, frecuentes expediciones a las lagunas, que lograban a veces traernos algunas aves marinas. Como los indios apareciesen de nuevo en el mar, despachamos el serení a su encuentro, a fin de impedirles toda tentativa de remontar las lagunas hácia donde se hallaban los desertores, que les habrian arrebatado algunas de sus canoas para ganar el continente. Cuando los hubimos traído a tierra, conocimos que su intencion era establecerse con nosotros, pues traian consigo a sus mujeres e hijos, en todo unas cincuenta personas, que inme-

diatamente se pusieron a construir sus chozas i parecían mui bien avenidos con nosotros; i nos habrían prestado un gran servicio, de que necesitábamos para nuestro sustento porque éramos mas o ménos unos cien individuos, si los hubiésemos tratado como debíamos; pero, los hombres que se hallaban ahora bajo poca o ninguna vijilancia, trataron de seducirles sus mujeres, lo que ofendió de tal manera a los indios que en poco tiempo hallaron modo de marcharse llevándose todo consigo; i como sabíamos la causa, no esperamos volver a verlos otra vez. X h. ag

X El carpintero había hecho entre tanto algunos progresos en el arreglo de la falúa, al cual podia dedicarse regularmente gracias a sus herramientas i otros artículos recuperados del naufragio, por lo cual los hombres comenzaron a preocuparse del camino que habrían de seguir para regresar a sus hogares; i como me viesan un dia que me hallaba en mi choza leyendo el Viaje de Sir John Naborough, consiguieron por intermedio de Mr. Bulkeley, que el capitan Cheap les prestase el libro, i despues de haberlo hojeado, resolvieron inmediatamente hacer el viaje de regreso por el Estrecho de Magallanes. Sometido este plan al capitan, lo desechó terminantemente, porque tenía el propósito de seguir hácia el norte con la expectativa de apoderarse de algun buque enemigo, que le permitiera juntarse al comodoro; en consecuencia, todo se redujo a esto por el momento. Pero los hombres estaban entusiasmados con la esperanza que abrigaban de zarpar en la lancha, desdeñando todas las dificultades i azares de un viaje casi impracticable i halagando al car-

pintero, que era sin duda alguna un excelente obrero i merecia todo el estímulo que podian ofrecerle.

Cuando los indios nos dejaron, el tiempo continuó lluvioso i tempestuoso, de manera que las penurias de la jente por falta de alimento, llegaron a hacerse insoportables. Nuestro número que era al principio de 145, hallábase reducido ahora a unos 100, principalmente por el hambre, que sujeria a los que quedaban todas las argucias e industrias para poderse sostener. Un dia me hallaba dentro de mi choza con mi perro indíjena, cuando se me presentó un grupo a la puerta diciéndome que sus necesidades eran tales que o se comian el animal o perecian de hambre. Aunque su argumento era apremiante, no dejé de oponerles algunas razones para tratar de disuadirlos de que mataran a un animal que, por sus fieles servicios i su cariño, merecia continuar a mi lado; pero, sin pesar mis argumentos, lo tomaron por fuerza i lo mataron. En vista de esto, opiné que tenia por lo ménos tanto derecho a una parte como el que mas, me senté con ellos i participé de su comida. Tres semanas despues, tuve el gusto de hacerme un guiso con sus patas i el cuero, que encontré podridos a un lado del sitio en que lo mataron. Los apremiantes gritos del hambre, aguzaron hasta el extremo el ingenio de nuestros hombres, sujiriéndoles una variedad de argucias para satisfacerla. Entre los habilidosos de este jénero, habia cierto Phips, un guardia que se consiguió una barrica de agua, de unas veinte arrobas de capacidad, la taladró de manera de pasar unos dos leños, uno a cada lado, i en esta estraordinaria i orijinal embarcacion se lanzaba en busca de aventuras. Por este

medio podia procurarse frecuentemente algunas aves marinas miéntras los demas perecian de hambre, i tenia que estar el tiempo pésimo para que dejara de hacerse a la mar cuando sus circunstancias lo requerian. A veces se aventuraba bastante mar adentro, i pasaba ausente el dia entero; hasta que, por fin, tuvo la desgracia de que un fuerte golpe de ola lo hiciera zozobrar a gran distancia de la playa; pero, hallándose cerca de una roca, aunque no era nadador, se manejó de tal manera que logró alcanzarla, trepándola con gran dificultad. Dos dias permaneció allí con mui pocas esperanzas de auxilio por que estaba demasiado léjos para que lo divisaran desde la costa; pero, afortunadamente, un bote que habia salido por ese lado en busca de algunas aves marinas, lo descubrió haciendo las señales que podia, i lo trajo de nuevo a la isla. Pero, léjos de desalentarse por este accidente, se procuró poco despues un cuero de buei usado a bordo para cerner la pólvora i que llaman cuero de condestable; se fabricó con la ayuda de unos aros de barril una especie de canoa en la cual hizo una série de viajes afortunados. Cuando el tiempo nos lo permitia, nos hacíamos a la mar en nuestros botes i raras veces dejábamos de traer algunas aves marinas, aunque nunca en abundancia; pero, este clima tan inhospitalario no solo está privado de sol la mayor parte del tiempo, por una atmósfera densa i lluviosa, sino que se ve visitado por incesantes tempestades. Debemos confesar que sacábamos algun provecho de las ventoleras i gruesas marejadas que varaban en la playa una porcion de cosas; pero, como no podíamos atenernos a un auxilio tan acci-

dental, teníamos que estar listos para aprovechar todo intervalo de buen tiempo, por poco que de él esperásemos, porque muchas veces fuimos sorprendidos con gran riesgo por un repentino cambio de tiempo.

En una de las escursiones que hice con otros dos hombres en una miserable chalupa fabricada por nosotros mismos, apénas habíamos desembarcado al pié de una elevada roca, un chubasco de viento hizo zozobrar la chalupa, i si uno de los hombres, con riesgo de su vida, no se hubiese tirado al mar i recobrádola nadando, habríamos perecido con toda seguridad, porque nos hallábamos a tres leguas de la isla. Entre las aves que cazábamos, habia el ganso pintado, (canquen) de plumaje matizado por los mas vivos colores, i un pájaro mucho mas grande que el ganso, que llamábamos el caballo de carrera (quetru) por la velocidad con que se movia sobre la superficie del agua con una especie de movimiento, medio volado, medio corrido. No éramos tan afortunados en nuestros tanteos en tierra, porque, por mas que a veces nos internábamos bastante en los bosques, solo encontrábamos uno que otro pájaro en nuestras correrías. Chochas-perdices solo vimos unas tres, de las cuales dos mató Mr. Hamilton i la otra yó. Estas, con algunos guainambies i una numerosa especie de petirrojos eran los únicos habitantes alados de la isla, a mas de otro pajarito que en la cola tiene dos largas plumas que a menudo lo encontrábamos en las rocas, i tan mansito que siempre venia a posárseme en el hombro miéntras yo pescaba. Teníamos, por cierto, la visita de algunas aves de rapiña, algunas bastante grandes, pero éstas

eran visitas de ocasion, atraidas por alguna ballena muerta que se veia por las inmediaciones; sin embargo, cuando lográbamos tener la fortuna de matar alguna de ellas, teníamos con qué pasarlo bien. En una de mis correrías, divisé en una eminencia un pájaro de esta especie, al que traté de acercarme con mi fusil, ocultándome entre el bosque que habia a un lado de aquella altura; pero, cuando me hube internado en el bosque lo bastante para juzgar que me hallaba en línea recta con el ave, sentí un ruido junto a mí, que me hizo pensar en retirarme lo mas pronto posible. El bosque era tan sombrío, que nada pude distinguir; pero el ruido me siguió de cerca hasta que salí de allí. Algunos de los marineros me aseguraron que habian visto una fiera bastante grande en el bosque; pero, era tan imperfecta su descripción que poca fé me mereció. Los árboles son aquí en su mayor parte de las variedades aromáticas; se halla tambien el *palo-hacha* (luma) una madera de un color rojo mui oscuro, i otra de un amarillo excesivamente brillante (ciprés). Todos los sitios bajos son mui pantanosos; pero, lo que mas extraño nos pareció, fué encontrar capas de conchas, de uno i dos pies de espesor, en la cumbre de los cerros mas elevados.

En cuanto la lancha estuvo casi concluida, se escogió a unos cuantos hombres de nuestra compañía para que se embarcaran en ella a fin de ir a practicar un reconocimiento de la costa hácia el sur, que nos facilitara la navegacion que íbamos a emprender. Esta partida la formábamos Mr. Bulkely, Mr. Jones, el maestre de víveres Yo i diez hombres mas. La primera noche entramos a

una buena bahía a pocas leguas al sur de la Isla Wager, donde nos regalamos una comida con una perra parida i sus cachorros que ahí hallamos. En esta expedición, tuvimos como de costumbre un tiempo malísimo i mares ajitados que al tercer día empeoraron de tal modo, que despues de pasar por muchas penurias, nos vimos obligados a refujiarnos en la primera abra que encontramos.

Apénas nos habíamos internado, cuando se nos presentó a la vista una linda bahía, donde fuimos a desembarcar, dejando asegurado el bote; pero, como el tiempo estaba mui lluvioso i no encontrásemos nada con que pasarlo mejor, nos fuimos a un bosque que habia al lado opuesto de donde estaba el bote, i allí armamos una tienda que habíamos traído con nosotros. La tienda no tenia capacidad para contenernos a todos, por lo cual propuse a unos cuatro hombres que nos fuésemos al extremo de la bahía, distante unas dos millas de la tienda, a ocupar la armazon de una antigua choza de indios que habia visto de paso cuando recién desembarcamos. Cubrimos con algunas algas el costado que daba al viento, encendimos una fogata, i nos tendimos allí debajo, con la esperanza de encontrar en el sueño un remedio para el hambre que teníamos; pero, apénas nos habíamos entregado al descanso, cuando uno de nuestros compañeros se sintió perturbado por el aliento de un animal que le daba en la cara, i al abrir los ojos no fué poco su asombro al ver, a los reflejos de la fogata, que tenia encima de él una gran fiera. Tuvo bastante presencia de ánimo para cojer una rama de la fogata, que estaba ya medio apagada, i

metérsela por las narices al animal, que arrancó inmediatamente; en cuanto hizo esto el hombre, nos despertó para referirnos con la cara llena de espanto cómo había alcanzado a escapar de ser devorado. Pero, aunqueuviésemos no pocas aprehensiones de tener otra visita de aquel animal, la fatiga i pesadez que sentíamos eran mas fuertes que nuestros temores, así es que nos acomodamos de nuevo para reposar i dormimos todo el resto de la noche sin otra molestia.

Por la mañana, tuvimos cierta ansiedad por conocer cómo lo habian pasado los demas compañeros, ansiedad que fué creciendo al observar que las pisadas de la bestia continuaban en la direccion de la tienda. La huella era profunda, i evidente era la huella de gruesas patas redondas bien armadas de garras. Cuando impusimos a los de la tienda del suceso que nos habia ocurrido, supimos que ellos tambien habian tenido la visita de tan importuno huésped, que habian despedido con el mismo espediente.

Despues de esta correria regresamos a la isla Wager con un fuerte viento, habiéndonos parecido impracticable hacer otros descubrimientos con la lancha en una costa tan peligrosa i con mares tan agitados. Luego reconocimos aquí que los indios habian traído provisiones de refresco a nuestro campamento, a juzgar por los cuartos de perros que divisábamos colgando. De nuestras averiguaciones resultó que habian estado allí en seis canoas, i que entre los métodos que empleaban para cojer el pescado, consistia uno en hacer que los perros, convenientemente amaestrados, acorralaran los peces en el

rincon de una poza o laguna, de donde los salvajes los sacaban con toda facilidad.

Las antiguas rencillas se habian renovado a menudo durante nuestra ausencia, acabando jeneralmente las disputas en riñas i borracheras. La cábala se urdia principalmente en una gran tienda que los hombres que la fomentaban habian, con algun trabajo, hecho lo mas abrigada i cómoda posible, cubriéndola con algunas piezas de jénero grueso sacadas del buque. Diez i ocho de los mas resueltos individuos de la compañía se habian adueñado de esta tienda, de donde enviaban frecuentes comisiones donde el capitan para someterle las resoluciones que habian tomado respecto a su partida; pero con mas frecuencia iban en busca de licor. La determinacion que tenian era seguir en la lancha con rumbo al sur, por los estrechos de Magallanes, i trataban de inducir al capitan a que los acompañara.

Aun cuando el plan que él tenia resuelto era mui distinto, de seguir hácia el norte, aparentaba por política prestarles atencion, a fin de mantenerlos tranquilos; pero cuando comenzaron a estipular con él respecto a algunas restricciones en el mando i a que no podria hacer nada sin consultarse con sus oficiales, insistió en conservar el pleno uso de su autoridad, tal como ántes. Esto puso término a todo trato, i resolvieron llevárselo con ellos, quisiera o no quisiera. No podia presentárseles un pretesto mejor para poner en práctica este acuerdo, que el desgraciado accidente de Mr. Cozens, del cual se valieron para apoderarse de su persona i ponerlo preso, a fin de llevarlo a Inglaterra i someterlo a juicio. La lancha ha-

bia sido ya botada al agua, i estando lista para zarpar, embarcáronse todos los hombres, escepto el capitan Pemberton que se habia vuelto a la costa con un peloton de marineros con la intencion de conducir a bordo al capitan Cheap, de cuya resolucion consiguió disuadirlo al cabo Mr. Bulkely. Los marineros que se hallaban demasiado estrechos i que calculaban que la reserva de provisiones no daba para admitir mas jente a bordo, no se opusieron a que quedara en libertad i consintieron en que se quedara rezagado. En consecuencia, despues de distribuirles la parte que les correspondia en la reserva de provisiones, que era escasa, partimos dejando en la isla al capitan Cheap, a Mr. Hamilton i al cirujano.

Durante este tiempo, habia pasado yo a oscuras sobre el jiro que iba tomando el asunto, i en la persuacion de que el capitan Cheap seria conducido con nosotros, me embarqué sin sospechar nada de esto; pero, cuando me impuse de que abandonaban de pronto el proyecto que hasta el último instante habian madurado tan seriamente, resolví separarme de ellos en la primera oportunidad; cosa que no me era posible hacer en ese momento por hallarse la lancha anclada a alguna distancia de la costa.

Cuando dejamos la isla, éramos en todo ochenta i un hombres, distribuidos en la lancha, la falúa i el cutter; cincuenta i nueve a bordo de la primera, doce en la segunda i diez en el último. Era nuestro propósito refugiarnos todas las noches, si era posible, en cualquier caleta ya que no nos hallábamos en condicion de aventurarnos largo tiempo en aquellos terribles mares. Ademas, sin

otro ansilio, las provisiones que teníamos acumuladas apenas alcanzaban para el consumo de algunos dias; el agua la llevábamos casi toda en unos cuantos barriles polvoreros, i para que nos durara la harina, la mezclábamos con algunas algas. Los demas recursos dependian de nuestros fusiles i de la industriosidad que empleábamos en las rocas. En cuanto el capitan Pemberton volvió a bordo con sus hombres, levamos anclas; pero, de repente un récio golpe de viento nos partió el trinquete, i solo con dificultad pudimos seguir entre las rocas, ausiliándonos con los botes, hasta arribar a una playa arenosa situada al lado sur de la laguna, donde anclamos con diez brazas de profundidad.

A la mañana siguiente continuamos viaje; pero, como soplara mucho viento, con una gran marejada al NO, nos dirijimos otra vez a una pequeña bahía que estaba bien protegida por unos arrecifes. Allí se creyó necesario enviar la falúa a la bahía del capitan Cheap en busca de alguna lona de repuesto que, se pensaba, iría a necesitarse pronto. Me pareció esta una buena oportunidad para devolverme, i me agregué a los que iban en la falúa con esta comision. No tan luego estuvimos léjos de la lancha, cuando todos los que iban en el bote me declararon tener igual intencion. Cuando llegamos a la isla, recibiónos afablemente el capitan Cheap. Al dia siguiente, le pedí permiso para tratar de conseguir con los de la lancha que nos entregaran la racion que nos correspondia; consintió en ello, pero advirtiéndonos que si íbamos en la falúa, con toda seguridad nos la quitarian. Díjele que mi ánimo era llegar a pié hasta ellos i que solo de-

seaba el bote para que me dejara en el continente i me esperase hasta que yo regresara.

Hice el viaje mas tremendo que imaginarse puede, atravesando durante todo el camino espesos bosques i pantanos. Bien pude haberme ahorrado esta molestia, que no resultó de ningun provecho, porque no quisieron entregarme ni una sola onza de ninguna clase de provisiones, ni para mí ni para los demas que los habian dejado. Regresé, i despues hice todavia otra tentativa; pero todo fué en vano. I aun nos amenazaron con arrebatarnos por fuerza la falúa, si no volvíamos con ella. Es imposible concebir la desastrosa situacion en que quedamos al tiempo de partir la lancha. Cito este suceso no como causa de ella, porque si alguna alteracion significó para los que quedábamos en la isla, fué para mejor; su aplazamiento habria sido, segun todas las probabilidades, fatal para la mayor parte de nosotros. Pero, por ese tiempo el alimento que nos habia sostenido hasta entónces, el marisco, habíase puesto escaso en toda la playa, i en cuanto a las provisiones salvadas del casco podrá calcularse cuánta seria su cantidad, cuando la racion distribuida al capitan, al teniente Hamilton i al cirujano apénas llegaba a seis pedazos de carne de buei, otras tantas de puerco i unas noventa libras de harina. En cuanto a mí i a los que se separaron de la lancha, la menor venganza que tomaron sobre nosotros fué despojarnos de las provisiones que nos correspondían, por mas injusto i cruel que ello fuera. Durante uno o dos dias, a nuestro regreso, nos suministraron una escasa racion, como un favor; pero luego, nos vimos reducidos a emplear

nuestra industria habitual para procurarnos el sustento. Poco provecho sacábamos, por la razon ya espuesta; a lo que debe agregarse que el casco se hallaba ahora despedazado, que la obra muerta había desaparecido i que no habia esperanzas de sacar cosa alguna de provecho para lo futuro. Una variedad de algas, fritas con algunas yerbas silvestres en el sebo de unas bujías que habíamos salvado, era toda nuestra comida; con lo cual nuestras fuerzas iban debilitándose de tal manera que apenas si podíamos arrastrarnos. Yo tuve ademas la desgracia de trabajar aflido por una seria disentería, que me redujo a un estado de debilidad estremado; de tal modo, que en una ocasion en que andaba por las rocas cojiendo mariscos me caí de una de ellas al mar i con mucha dificultad salvé con vida, nadando.

Ahora, que con la partida de la lancha, el capitan quedaba desembarazado de las sediciosas reclamaciones, amenazas i disturbios de una tripulacion indisciplinada, hallábase en libertad de seguir el plan que tenia resuelto de ir hacia el norte, cuya ejecucion comenzó a meditar seriamente: con este objeto, se mandó un mensaje a los desertores que se habian establecido en la otra ribera de la laguna vecina, para saber si se inclinaban a acompañar al capitan en su empresa, para en tal caso traerlos donde él estaba.

Los que se embarcaron en la lancha le habian dejado a esta partida una corta racion de la reserva comun de provisiones. En cuanto se impusieron de nuestra proposicion, los hombres acordaron inmediatamente reunirse con su comandante, con lo cual se elevó nuestro número

a veinte. Los botes que teníamos para el trasporte de toda esta jente eran únicamente la falúa i el serení, dos embarcaciones bastante frágiles; la última tenia la borda enteramente averiada i la primera habia sufrido bastante en las numerosas travesias que habia hecho con mal tiempo i necesitaba urgentes reparaciones. Como el carpintero se nos habia ido, no contábamos para remediar estas desgracias mas que con la poca habilidad que de él habíamos aprendido. Hicimos sin embargo cuanto nos fué posible para remendar los botes i dejarlos en estado de servir a nuestro propósito.

En el colmo de nuestras desventuras i cuando mas se hacia sentir el hambre, que parece incluir i absorverlas a todas, vino a halagarnos de nuevo la presencia de nuestros amigos los indíjenas, de quienes pensábamos se podia esperar algun alivio; pero, poco beneficio reportamos de su estadía, que fué mui corta, porque como era la necesidad la que los llevaba, solo compartian entre ellos sus recursos. La medrada reserva de harina que habia hecho el capitan para nuestra provision durante la navegacion, comenzó a disminuir con el robo; pronto se descubrió a los ladrones, que eran tres de nuestros hombres, de los cuales dos fueron aprehendidos i el tercero escapóse hácia los bosques.

En vista del apremiante estado de nuestras necesidades, se consideró este robo como un crimen de lo mas odioso i que requeria por consiguiente un severo castigo: en esta virtud, el capitan ordenó que los delincuentes fueran severamente azotados i relegados a una isla distante de nosotros.

Antes de que se ejecutara esta última parte de la sentencia, uno se fugó; el otro fué aislado en una isla que no ofrecia el menor abrigo. Compadecidos de él, sin embargo, le arreglamos una lijera choza, le encendimos una fogata, i dejamos al pobre diablo entregado a su suerte. Dos o tres dias despues, cuando volvimos a la isla llevándole en el bote lo poco de refresco que nos permitian nuestras miserables circunstancias i con la intencion de recojerlo, lo hallamos muerto, ríjido.

Hallábame en el estado mas lastimoso, a causa de mi enfermedad, que se habia agravado con las infames cosas que comia, cuando vino a favorecernos un hermoso dia, cosa extraordinaria en aquel clima. Aprovechamos al instante la oportunidad que se nos ofrecia para visitar otra vez los restos del naufragio. Nuestras penurias fueron recompensadas por la buena suerte que tuvimos de pescar unas tres barricas de carne de buei, que llevamos con cuidado a la playa. No podia venir este auxilio providencial en tiempo mas oportuno: cuando nos aflijia el hambre mas fuerte que habíamos sentido i cuando teníamos que emplear las pocas fuerzas que nos quedaban en nuestras tentativas para salir de la isla. Así, pues, pronto hallamos el remedio de nuestros males, que no eran sino efectos del hambre, i nos sentimos vivamente restablecidos por el alimento. La provision fué distribuida por iguales partes entre todos nosotros i nos sirvió para el resto de nuestra permanencia allí.

Comenzábamos a sentirnos estremadamente impacientes por dejar la isla a medida que los dias iban haciéndose mas largos, con la aproximacion del solsticio de verano, aun cuando parece que el tiempo poco varia en esas

rejoncs con el cambio de estacion. Así, como el tiempo se presentara favorable, el 15 de Diciembre manifestamos al capitán Cheap que nos parecia buena la oportunidad para cruzar la bahía. El nos contestó que deseaba que dos o tres de nosotros lo acompañásemos primero a nuestro punto de observaciones o a la cumbre del Monte Miseria; allí, despues de mirar con el anteojo, nos observó que hacía afuera el mar estaba mui ajitado. Esto no pesó sin embargo en el ánimo de la jente, que estaba deseosa de partir a pesar de todo.

Aquí debo observar que el plan del capitán Cheap consistía en ganar, si era posible, la isla de Chiloé, i si halláramos ahí algun buque, abordarlo inmediatamente i zafar con él. Lanzamos al agua los dos botes que, con la mayor rapidez posible, habíamos cargado con cuanto teníamos. A bordo de la falúa íbamos el capitán Cheap, el cirujano, yo i nueve hombres mas, i el teniente Hamilton con Mr. Campbell i otros seis hombres íban en el serení. Yo gobernaba la falúa i Mr. Campbell el serení; pero, no hacia dos horas todavia que navegábamos cuando el viento comenzó a rondarse hacía el poniente, soplando con fuerza, i el mar a embravecerse estremadamente, de tal modo que no pudimos conservar por mas tiempo la proa en la direccion del cabo o puntilla que habíamos divisado.

Este cabo lo habíamos divisado desde el Monte Miseria en uno de los intervalos de buen tiempo que tuvimos durante nuestra permanencia en la isla, i parecia estar a unas veinte o treinta leguas distante de nosotros. Pronto nos vimos obligados a arribar viento en popa. El

serení, a pesar de que no iba mui léjos de nosotros, apenas si podíamos verlo de vez en cuando levantado en la cumbre de algunas olas que parecían montañas. En ambos botes veíanse los hombres obligados a estrecharse lo mas posible para recibir las olas en la espalda, a fin de evitar que nos llenaran las embarcaciones, que era lo que a cada instante esperábamos. Para evitar que nos hundiéramos, tuvimos que arrojar por la borda cuanto teníamos, toda la carne, hasta el anclote, a fin de alivianar los botes. La noche se acercaba i nos hallábamos surcando una costa de sotavento donde el mar rompe furiosamente. Nadie pensaba entre nosotros que los botes pudieran soportar una mar semejante.

En esta situacion, miéntras íbamos acercándonos a la playa con el temor de que la primer reventazon nos hiciera pedazos, distinguimos una pequeña abertura entre las rocas, a la cual arribamos, encontrándonos con un refugio para los botes, tan tranquilo i sosegado como un estanque. El serení habia arribado allí primero que nosotros, i tuvimos una gran alegría al encontrarnos juntos i salvos otra vez de una manera tan inesperada. Aquí aseguramos los botes i trepamos a una roca. Durante toda la primera parte de la noche llovió con excesiva fuerza e hizo un frio estremado; i aunque no teníamos ni una sola hilacha seca encima de nosotros, ~~nos~~ vimos obligados a pasar la noche en esa incómoda situacion, sin ninguna cubierta i tiritando de frio con nuestros vestidos empapados. En la mañana comenzó a helar, i nos fué imposible conciliar un momento el sueño. Como habíamos arrojado por la borda nuestras provisiones el dia

antes i no teníamos en esta costa expectativa alguna de encontrar algo que comer, salimos en la mañana de la caleta; pero, afuera nos hallamos con una mar tan gruesa que poco pudimos avanzar. Despues de trabajar todo el dia, al llegar la noche nos metimos entre unos islotes, i desembarcamos en uno que era todo un verdadero pantano. El tiempo no variaba, i pasamos esta noche lo mismo que la anterior; al principio tuvimos que contentarnos con algunos huiros por toda comida, hasta que al dia siguiente mejoró nuestra suerte: el cirujano mató un ganso silvestre i encontramos materiales para un buen fuego. Ahí pasamos tres o cuatro días, confinados por el mal tiempo que no nos permitia salir. En cuanto calmó un poco dejamos este lugar e hicimos rumbo al norte, gobernando hácia una abra mui ancha que se divisaba entre una costa mui elevada que se terminaba en una punta baja; cuando llegamos a ese sitio, nos encontramos en una gran bahía, hácia la cual bogamos con la esperanza de encontrar un buen paso; pero la noche nos sorprendió en medio de la bahía sin que descubriésemos una salida por lo cual tuvimos que volvernos por el mismo camino que habíamos venido, sin haber hallado en todo el dia con que mitigar el hambre.

A la noche siguiente, nos internamos en una pequeña caleta que denominamos caleta de Palo Colorado, por la gran cantidad de árboles de ese color que en ella habia. Dejamos este lugar por la mañana, con un fresco viento sur, que nos hizo avanzar bastante hácia el norte durante todo el dia. En la tarde, llegamos a una hermosa isla bastante grande. Desembarcamos i se nos presentó

la isla adornada con los árboles mas hermosos que hubiésemos visto jamas; sus troncos se elevaban a prodijiosa altura, sin nudos ni ramas, derechos como los de los cedros, i sus hojas se parecian a las del arrayan, un poco mas grande solamente. Solo en las costas de Guinea he visto árboles mas gruesos que estos; pero, en parte alguna los he encontrado de tronco tan largo, que puedan serles comparados. La madera, de consistencia mui dura, serviria para hacer buenos mástiles si no fuera tan pesada: hai árboles de éstos que tienen las dimensiones de un palo de mesana de navío de primera clase. La playa estaba cubierta de una porcion de grandes trozos de madera; la mayor parte eran de cedro, que da un fuego bastante vivo, pero tan sujeto a estallar i a volar, que en la mañana, cuando despertamos de un profundo sueño, hallamos nuestros vestidos chamuscados en diversas partes por las chispas i cubiertos de astillas.

Al siguiente dia amaneció el tiempo tranquilo i continuamos bogando; pero, en cuanto nos hubimos alejado de la isla nos pilló un gran viento del oeste. Bogamos hasta llegar al seno de una bahía bastante grande i mui baja que teníamos al norte, con la esperanza de encontrar una ensenada; pero no encontrando nada, seguimos costearo. En esta parte, que calculé hallarse a unas cincuenta leguas de la isla Wager, está el seno de la bahía en que ésta se encuentra. Aquí tambien estaba el único paso que a haberlo ántes encontrado nos hubiese librado de tanta labor infructuosa, a tener medios para informarnos de su situacion. Mas adelante tendré oportunidad de hablar de él.

Como por este tiempo viniese el viento de afuera, seguimos costeando hasta llegar a un cabo: era casi de noche cuando lo enfrentamos, i al doblarlo descubrimos una estensa bahía hácia el norte i otro cabo mas al oeste, a gran distancia. Para acortar nuestro camino, tratamos de cruzarla, cosa que rara vez pueden hacer los botes en mares tan borrascosos, como luego tuvimos oportunidad de experimentarlo; porque habiéndose levantado el viento, comenzó a soplar con fuerza hasta que nos obligó a volver al primer cabo, donde nos refujiamos en una pequeña ensenada en la cual apénas cabian los dos botes. Aquí ocurrió un accidente que nos alarmó mucho.

Despues de asegurar los botes, trepamos a una roca que apénas era lo bastante grande para contenernos a todos; como no teníamos nada que comer, recurrimos a nuestra receta usual contra el hambre, que era echarnos a dormir. Con este objeto, encendimos una fogata i nos arrimamos al rededor lo mejor que pudimos; pero, dos de los hombres que se hallaban incómodos por falta de espacio fuéronse a un rinconcito poco distante de nosotros, que estaba cubierto por una gran roca que le servia de techo. Como a media noche despertónos un ruido terrible que atribuimos nada ménos que al sacudimiento de algun temblor como los que ya habíamos experimentado ántes en estas rejiones; i teníamos razon para no encontrar mal fundada tal conjetura, porque oíamos hondos quejidos i gritos como de hombres medio perdidos en un abismo. Inmediatamente nos levantamos i corrimos hácia el sitio de donde venian las voces, con lo que salimos de duda respecto a la opinion que nos

habíamos formado de este accidente, porque encontramos allí a los dos hombres casi sepultados bajo un monton de piedras i de tierra suelta: nuevas averiguaciones nos desengañaron de la causa a que habíamos atribuido el estruendo, que habia sido ocasionado por haberse resbalado repentinamente la piedra colgante, que fué a caer a poca distancia de nuestros compañeros, arrastrando árboles i rocas consigo i ademas la tierra suelta que cayó en parte sobre los hombres. No sin algun trabajo los sacamos de su incómoda situacion, de la que salieron con algunas magulladuras.

A la mañana siguiente salimos temprano i aprovechamos de que el viento soplabá hácia el oeste para bogar el día entero hácia el cabo que habíamos divisado la noche ántes; pero, cuando llegamos allí no hallamos puerto alguno, i nos vimos obligados a irnos a una rada arenosa donde tuvimos que pasar toda la noche con los remos en la mano; noche tremenda durante la cual no cesó de llover i de soplar el viento con gran fuerza. Aquí nos sentimos tan acosados por el hambre, que tuvimos que comernos los zapatos que llevábamos, que eran de piel de foca. En la mañana, dejamos la bahía; pero el tiempo adverso que incesantemente nos habia perseguido, nos tenia ya rendidos i comenzaba a sernos indiferente cuanto nos ocurría; en la noche al entrar a una bahía, estuvimos a punto de perder el serení, que una ola tapó por completo, arrastrándolo contra el promontorio.

Segun nuestras cuentas, debíamos estar en el día de Pascua; pero, las contrariedades habian interrumpido

tantas veces nuestras cuentas, que poca fé podíamos prestarles.

Al ver al serení en tan inminente peligro, la falúa alejóse de allí i se dirijió hácia otra bahía mas al norte, donde habia una mar mas suave; pero donde no habia posibilidad de llegar a tierra. En la noche, el serení volvió a juntársenos. El dia siguiente fué tan malo que, desesperados de alcanzar el cabo, nos dedicamos a bogar por la bahía con la esperanza de cazar alguna foca, por haber visto el dia ántes uno de estos animales; pero la suerte no nos favoreció; tuvimos, pues, que volver a la misma bahía que habíamos visto la noche ántes, i habiendo bajado la marea, fuimos a tierra, donde recojimos algun marisco. En la mañana, nos embarcamos temprano i seguimos bogando por la costa hácia el oeste, unas tres leguas, a fin de dar vuelta al cabo, que era la costa mas occidental que podíamos ver.

Soplaba el viento con tal fuerza i estaba el mar tan agitado, que deseábamos cordialmente devolvernos, i así lo hicimos, dirijiéndonos de nuevo a la bahía que habíamos dejado en la mañana; pero ántes de lograrlo, llegó la noche, i tuvimos que pasarla con los remos en la mano. El tiempo continuaba mui malo, i nos dirijimos en la mañana a la costa, donde solo hallamos sargazos i algas marinas. Pasamos otros cuantos dias vagando en busca de provisiones, porque el mal tiempo no permitia intentar otra vez la vuelta al cabo. Hácia el extremo de la bahía, hallamos unas bonitas lagunas donde matamos algunas focas i cojimos una buena cantidad de mariscos, que nos procuraron un gran alivio. En seguida hicimos

una segunda tentativa para doblar el cabo; pero cuando llegamos a su altura i pasamos la primera eminencia de las tres de igual altura de que se compone, nos encontramos con un mar horroroso, peor que la corriente de Portland. Felizmente, pudimos regresar a nuestro antiguo sitio, con pocas esperanzas de dar jamas la vuelta al cabo.

Al siguiente dia, el tiempo continuó mui malo; se mandó a tierra, en busca de sustento, a todos los individuos, escepto dos de cada bote, a quienes se les dejó guardando las embarcaciones; esta ocupacion nos tocaba por turno, habiéndome correspondido a mí en esta ocasion desempeñarla con otro hombre. El serení estaba al ancla, inmediato a nosotros; en la noche, sopló el viento con fuerza, levantándose grandes olas que iban a estrellarse en la costa; pero, como estábamos estremadamente fatigados, nos pusimos a dormir en los botes; con todo, tuve que despertar con los estraños movimientos del bote i el ruido de las olas que nos rodeaban. En este instante, oí un grito como de una persona en peligro, miré al rededor mio, i ví que una ola volcaba el serení i luego perderse éste en el mar. Uno de los hombres, llamado William Rose, se ahogó al instante; el otro, fué arrastrado por la marejada hasta la playa, donde lo enterró de cabeza en la arena, salvándolo el inmediato auxilio de la jente que estaba en tierra. En cuanto a los que estábamos en la falúa, esperábamos igual suerte por momentos, porque el mar estaba rompiendo a corta distancia de nosotros. Sin embargo, volvimos proa al mar e izamos el anclote, despues de lo cual empleamos los mayo-

res esfuerzos para alejarlo de las rompientes i largar el anclote de nuevo. Aquí pasamos todo el dia siguiente, en plena tempestad, sin saber qué suerte iríamos a correr. Para mayor mortificacion nuestra veíamos que nuestros compañeros estaban en la playa en condiciones mui tolerables, comiendo foca, miéntras en el bote perecíamos de hambre i de frio. Durante todo el mes que habia pasado, no habíamos conocido lo que era llevar puesta una hilacha seca.

Al dia siguiente, que fué mas moderado, nos acercamos a la playa lo mas que nos fué posible, i nuestros compañeros nos trajeron unos hígados de foca. Despues de comerlos con mucho gusto, nos sobrevino una grave enfermedad que nos afectó de tal manera que toda la piel se nos desollejó desde la cabeza hasta los pies.

Miéntras la jente se hallaba en tierra, Mr. Hamilton encontróse con una enorme foca o leon marino, al que le disparó dos balazos. A esto, el animal se volvió contra él con las fauces abiertas; pero, Mr. Hamilton preparó su bayoneta i le atravesó el pecho con ella, metiéndole una buena parte del cañon, que la fiera partió en dos con la misma facilidad que si se hubiese tratado de una varilla. A pesar de las heridas recibidas, burló todos los esfuerzos que se hicieron para matarla, escapándose por fin.

He llamado a este animal una gran foca o leon marino, porque se parece a la foca en muchos detalles; pero la aventaja en tamaño, de tal modo, que por esta sola distincion puede ser clasificada como de una especie diversa. En un viaje de Lord Anson, Mr. Walter ha dado

una minuciosa descripción de las que se ven en Juan Fernández; pero, en cada clima, tienen diferentes apariencias i diferentes cualidades, como he tenido ocasion de observarlo en este i otro viaje que hice posteriormente. Sin embargo, a mas de lo que ya se ha dicho sobre el leon marino, yo solo haré mencion de dos peculiaridades: una relativa a su apariencia, la otra a sus propiedades de accion, que lo distinguen de los descritos por él. Los que yo ví no tenian esa jeta o trompa que les cuelga de la estremidad de la mandíbula superior; pero, en cambio los machos tenian una espesa crin afelpada que les daba un aspecto mas formidable. I miéntras que los que él vió eran pesados i fáciles de destruir, nosotros encontramos, al contrario, algunos que estaban a una milla de distancia i que, al ser perturbados, se nos venian encima con tal impetuosidad que teníamos que esforzarnos cuanto podíamos para alejarnos de su camino, i que cuando se les atacaba, nos agredian con gran agilidad.

Perdido el serení i no pudiendo conducirnos a todos la falúa, nos vimos obligados a dejar rezagados a cuatro de los hombres. Todos eran marineros que parecian no tener ninguna observacion que hacer contra la determinacion tomada respecto de ellos; tan escesivamente desalentados i rendidos se hallaban con los infortunios i peligros porque habian tenido que pasar. I, en verdad, creo que para la mayor parte de los restantes, habria sido cosa indiferente el embarcarse o el seguir la suerte de aquellos. El capitan les distribuyó a los pobres armas i municiones i algunas otras cosas indispensables. Cuando partimos, treparon al promontorio, nos dieron tres

vivas i cantaron: *God bless the King!* Poco despues los divisamos, desechando sus perdidas esperanzas, ayudarse unos a otros entre aquel odioso monton de rocas; pero, si se consideran las dificultades que ofrecia el único medio de viajar que se les dejaba, a causa de lo impracticable que su espesura hace a los bosques i de los profundos pantanos que se encuentran por do quiera; si se considera ademas que las grandes olas que estan reventando constantemente en la costa la hacen tan inhospitalaria i que no ofrece siquiera un poco de marisco, es probable que todos hayan tenido un fin miserable.

Seguimos bogando hácia el oeste, a lo largo de la costa, con el propósito de hacer otra tentativa para doblar el cabo: cuando enfrentamos la primera eminencia, se levantó una mar tan gruesa que esperábamos por momentos que el bote zozobrará. Pero, como ya en gran parte habia perdido para nosotros toda estima la conservacion de la vida, continuamos bogando hasta que descubrimos una bahía hácia el lado norte. Nunca, en mi vida, he visto un mar tan terrible como el que aquí se agitaba; comenzaba a romper a mas de media milla de la costa. Al darse cuenta de que era imposible para un bote dar esa vuelta, los hombres soltaron los remos hasta que el bote se halló casi cerca de las rompientes, a donde lo empujaban las enormes olas que en ese momento se levantaban como montañas. Pienso que era su intento acabar con sus vidas i miserias de una vez, porque nadie habló durante algun tiempo. Por fin, el capitán Cheap les dijo que, o bien perecian inmediatamente o hacian toda fuerza de remo para apartarse de la costa; pero, que

podian proceder como quisieran. Prefirieron, sin embargo, esforzarse otro poco, i despues de infinitas dificultades dimos vuelta de nuevo al promontorio, desechando todo pensamiento de hacer otra tentativa para doblar el cabo. La noche nos sorprendió ántes de que pudiésemos regresar a la bahía, donde nos vimos obligados a dejar a cuatro de nuestros hombres para que pudieran salvarse los demas, si era posible; porque habríamos perecido todos seguramente si se hubiesen agrupado mas de diez i seis hombres en una embarcacion tan pequeña. Esta bahía la denominamos bahía de los Marineros.

Cuando regresamos a ella, nos encontramos con una marejada tan fuerte que nos vimos obligados a mantenernos sobre los remos la noche entera; con esto, resolvimos volvernos a la isla Wager i arrastrar allí una vida miserable, porque ya no abrigábamos la menor esperanza de volver a la patria.

Pero ántes de partir, en conformidad a esta resolucion, era necesario procurarse algunas focas, si era posible, para sostenernos en un paraje donde no contábamos encontrar recurso alguno, si es que llegábamos allá. En consecuencia, se resolvió que fuésemos a la laguna en que habíamos encontrado anteriormente algunas focas, para procurarnos algunas mas; pero, no dejamos la bahia sin buscar ántes a los infelices marineros que habíamos dejado en tierra. Si los hubiésemos encontrado, no habríamos titubeado en recojerlos otra vez a bordo, aunque ello nos hubiese acarreado la segura pérdida de todos. En otro tiempo, habria sido aquello una locura; pero,

ahora, estábamos tan resignados con nuestra suerte, que nadie pensaba en los resultados; con todo, no vimos otro indicio de ellos que un mosquete abandonado en la roca.

Cuando volvimos a la laguna, tuvimos la suerte de matar algunas focas, que cocimos para llevarlas en el bote como provision de mar. Miéntas vagábamos por la costa, en grupos separados, en busca de cualquier comestible, el cirujano, que andaba por su cuenta, descubrió un gran agujero que parecia conducir a alguna caverna o escondite entre las rocas. No solo no era escabroso, o natural, sino que presentaba señales de haber sido labrado i hecho accesible por la industria del hombre. El cirujano vaciló algun tiempo si se aventuraria a entrar, en la inseguridad de la recepcion que pudiera hacerle cualquier habitante; pero, vencidos sus temores por la curiosidad, resolvió meterse, lo que hizo gateando con las manos i las rodillas porque el paso era demasiado bajo para que pudiese entrar de otra manera. Despues de atravesar así un trayecto considerable, llegó a una cámara espaciosa, pero no pudo cerciorarse si era natural o cavada a mano. La luz entraba a esta cámara por un agujero practicado en la parte de arriba; i en el medio habia una especie de anda hecha de palos entrecruzados, que descansaba en unos puntales de cerca de cinco pies de altura. Sobre el anda había cinco o seis cadáveres tendidos i que, en apariencia, debian de haber sido depositados allí desde largo tiempo; pero, que no habian sufrido descomposicion o reduccion. Estaban desnudos, i la carne de los cuerpos se habia puesto perfectamente seca i endurecida, sin que pudiésemos darnos cuenta si

esto se obtenia por algun arte o secreto que poseyeran los salvajes, o si era ocasionado por alguna virtud secante del aire de la cueva. Lo cierto es que como el cirujano no hallase allí nada que comer, que fué el principal incentivo que lo hizo introducirse a la cueva, no se distrajo en mayores disertaciones ni hizo las minuciosas observaciones que en otra ocasion habria efectuado; sino que salió arrastrándose como habia entrado i al primero que encontró a su paso, contóle lo que habia visto. A algunos los hizo entrar tambien la curiosidad. Habia olvidado decir que habia otra fila de cadáveres, depositados de la misma manera sobre otra plataforma debajo del anda. Probablemente, era éste el sitio donde sepultaban a sus grandes hombres, que llaman *caciques*; pero nos fué enteramente imposible averiguar de dónde podian haberlos traído, porque no habian señales de existir ningun asiento de indios en los alrededores. En ninguna de las bahias i caletas en que habíamos tocado desde que dejamos la isla, no divisamos ningun salvaje ni hallamos señales como restos de las fogatas o cabañas abandonadas, que siempre ellos dejan tras de su paso; i es mui probable que esta costa sea mui poco frecuentada a causa de los violentos mares que siempre la azotan, de su deforme aspecto i del suelo tan pantanoso que la cubre por doquiera.

Llenos de tristeza, íbamos cruzando ahora la primera bahia inmediata al cabo que dejamos el dia de Navidad; porque en nuestros primeros sufrimientos nos sentíamos en cierto modo sostenidos por la esperanza de que a poco que avanzáramos, nos iríamos acercando a su fin;

pero ahora, la perspectiva que se nos presentaba era aciaga i desalentadora por demas, porque teníamos que atravesar las mismas dificultades i peligros, no solo sin ninguna lisonjera esperanza de disminuirlas, sino con la circunstancia agravante de que nos conducian a una mísera e ineludible muerte, ya que no era dable concebir que en la desolada isla a donde regresábamos fuera posible evitar por ningun medio humano el que muriésemos de hambre.

El marisco, que era el único sustento que la isla nos habia proporcionado en cierta cantidad, estaba agotado; i los indios se habian manifestado tan poco afectados por ningun movimiento compasivo, que no podíamos fundar ninguna esperanza sobre esta clase de impresiones en ellos. Ya habian rehusado trocar sus perros, por falta de una mercaderia apreciable de parte nuestra; así, es milagroso cómo no nos entregamos a la desesperacion y desechamos toda otra tentativa: era que nos sostenia ese invisible Poder que pone al servicio de sus graciosos designios las mas adversas circunstancias.

Ya nos esperaba nuestro acostumbrado mal tiempo; la noche cerró mucho ántes de que lográsemos alcanzar la caleta donde ántes nos habíamos refugiado, de modo que nos vimos obligados a pasar toda la noche con la proa al mar, dejando a popa las olas que rompian furiosamente. En la mañana pensamos pasar a la isla donde habíamos observado los erguidos i altos árboles de que hemos hecho mencion i que el capitan Cheap denominó Isla de Montrose; pero, apénas habíamos avistado el cabo situado al oeste de nosotros, cuando un chubasco repen-

tino pilló al bote i casi lo hizo zozobrar. Instantáneamente quedamos llenos de agua; pero, nos pusimos a vaciarla con las manos, los sombreros i con cuanto pudiera contenerla i con gran dificultad logramos sacarla. En tan crítica circunstancia nos pareció prudente regresar a la caleta donde la noche ántes habíamos pensado refugiar-nos. Allí nos detuvo el mal tiempo dos o tres días, i si no hubiésemos dispuesto afortunadamente de algunas focas, habríamos perecido de hambre, porque en aquel sitio no se encontraba cosa alguna.

Por fin, llegamos a la Isla Montrose, que es el mejor i mas agradable sitio que hallamos visto en esta parte del mundo, aunque no ofrece otros comestibles que unas bayas parecidas en el aroma a la uva-espin; son de color negro, i se producen en los terrenos pantanosos, i el arbusto que las produce es mucho mas alto que el de nuestra uva-espin. Nos quedamos aquí algun tiempo, sosteniéndonos con estas bayas i lo que nos quedaba de foca, que estaba ya casi podrida. Las dos o tres tentativas que hicimos para salir de la isla fueron sin resultado, porque otras tantas veces el tiempo borrascoso nos hizo devolvernos. Uno de nuestros hombres estuvo mui decidido a quedarse aquí, pensando que para acabar sus días tanto daba la isla Wager como ésta; pero, los demas lo obligaron a seguir con ellos.

No hacia mucho que habíamos zarpado, cuando comenzó a levantarse una tempestad de viento i cayó una neblina tan espesa que no podíamos ver la costa; pero, sentíamos el mar que estaba escesivamente agitado, rompiendo junto a nosotros; en vista de lo cual, cazamos

inmediatamente las escotas i difícilmente conseguimos apartarnos de las rompientes. Al mismo tiempo embarcamos una marejada que casi nos tapó; nos azotó con tal violencia que a mí i a uno o dos mas nos tiró al fondo del bote, donde casi nos ahogamos ántes de que pudiésemos levantarnos. Esta fué una de las mas extraordinarias escapadas que tuvimos en el curso de la expedicion; porque tanto el capitan Cheap como los demas se dieron enteramente por perdidos. Sin embargo, quiso Dios que esa noche entrásemos a la caleta de Palo Colorado, donde el tiempo continuó tan mal durante toda la noche que no pudimos armar un fuego para secar nuestros vestidos; pero, como no habia allí otra alternativa que quedarnos i perecer de hambre, o hacernos de nuevo a la mar, preferimos lo último, i a la mañana siguiente salimos otra vez, aunque el viento no habia amainado sino mui poco.

Tres o cuatro dias despues, llegábamos a nuestra antigua estacion de la isla Wager; pero, en un estado tan miserable, que si la condicion en que nos hallábamos al abandonarla nos habia parecido que no podia admitir mayor miseria, era de envidiarla comparada con la que estábamos sufriendo, tan aniquilados i deshechos nos traian el hambre i la fatiga, porque no habíamos comido durante varios dias mas que algas i plantas marinas. En esta expedicion, segun nuestras cuentas, habíamos empleado justamente dos meses, durante los cuales habíamos recorrido, de allá para acá, la gran bahía situada al norte del elevado territorio que habíamos observado desde el Monte Miseria.

La primera cosa a que atendimos a nuestra llegada, fué a asegurar la falúa, que era lo único con que podíamos contar para conseguir los pocos recursos que nos pudiera ofrecer el mar. Despues de esto, nos pusimos a reparar las chozas que formaban una especie de aldea o calle compuesta de varias habitaciones irregulares, varias de las cuales prestaban un tolerable abrigo contra la inclemencia del tiempo, por estar cubiertas por una especie de techo de totora. Entre ellas, observamos con sorpresa una que estaba cerrada con clavos. La abrimos por la fuerza, i nos encontramos con algunas piezas de fierro arrancadas con gran trabajo de los destrozos del casco que el mar habia arrastrado hácia la costa. De esto dedujimos que los indios que habian pasado por allí durante nuestra ausencia no eran los de la tribu con que habíamos tenido comercio anteriormente, que parecian no atribuir ningun valor al fierro, sino otros de distinta comarca que debian de haber tenido trato con los españoles de quienes habian aprendido los usos i valor de aquel artículo.

El robar a los extranjeros es un talento mui recomendable entre los salvajes en jeneral, i revela una destreza que ellos admiran bastante, por mas que entre sí observen la mas estricta honradez respecto a la propiedad de cada cual. Nuestras viviendas, habian sido, pues, saqueadas, aparte de que los que se embarcaron en la lancha habian tenido buen cuidado de apropiarse del artículo de mas valor, o sea algunas piezas de jénero, que transformaron en pantalones i capas. Despues de mucho buscar, encontramos detras de una choza, algunos pe-

dazos de foca botados entre las ramas i que estaban en un estado de pudricion bastante avanzado, apesar de lo cual nuestros estómagos no les hicieron asco alguno. La otra ocupacion a que la jente se dedicó sériamente fué dirigirse al Monte Miseria para sepultar el cadáver del individuo asesinado que, como se ha dicho, fué descubierto poco despues del naufragio; porque los marineros atribuian toda la mala suerte de la última expedicion al olvido de este tributo a aquel desdichado.

Que el vulgo en jeneral es dado a los pensamientos supersticiosos, es una observacion basada en la experiencia i cuya razon es evidente; pero, no opino que los marineros lo sean mas que cualquier otro individuo de las clases bajas. Es sabido que en las épocas mas cultas de la antigüedad era creencia mui popular la de que los espíritus de los muertos no tenían reposo hasta que no quedaban sepultados sus cuerpos, i que no cesaban de perseguir i conturbar a aquellos que habian descuidado este deber.

En varios paises, el vulgo cree todavia en esto; i entre nuestros hombres adquiria mayor fuerza esta persuacion con la triste condicion a que se hallaban reducidos, i vino a confirmarlo ademas un suceso que ocurrió poco ántes de que emprendiésemos la última expedicion. Una noche nos alarmó un grito extraño, como el de un hombre que se ahoga. Varios salimos de las chozas, i corrimos hácia el punto de donde venia el ruido, que no era mui distante de la playa; a la luz de la luna pudimos distinguir, aunque no con mucha precision, algo que tenia la apariencia de un hombre nadando, con la mitad del cuerpo fuera del agua. El grito que lanzó esta criatura

no podia compararse al de ninguno de los animales que ántes hubiesen oido, lo que les hizo una gran impresion a los marineros; i despues en sus momentos de desgracia, recordaban con frecuencia esta aparicion, haciendo reflexiones sobre el olvido del oficio que ahora estaban cumpliendo.

El excesivo mal tiempo que se habia desencadenado sobre nosotros, nos hizo que de nuevo saliésemos a los estrechos, en busca de algo para nuestro sustento. Yervas silvestres era lo único que podíamos procurarnos, i esto nos estragaba el estómago mas que mitigaba el hambre. Comenzaba a susurrarse algo sobre aquel tremendo i último recurso que otros han tomado en circunstancias no mas difíciles que la nuestra, de condenar un hombre a muerte para que sirva de alimento a los demas; i en verdad, habia varios entre nosotros, que a fuerza de comer crudo cuanto encontraban, se habian convertido poco ménos que en caníbales. Pero, afortunadamente para nosotros i a tiempo para impedir un recurso tan horroroso, Mr. Hamilton hallóse algunos trozos descompuestos de carne de buei, arrastrados por el mar a algunas millas de distancia de las chozas. Venciendo una tentacion que pocos hubieran resistido en tales circunstancias, los distribuyó entre nosotros, en vez de guardárselos oculta-
tamente para sí.

Pocos dias despues tuvimos en parte la explicacion del misterio de la choza armada con clavos i de lo que los indios habian hecho durante nuestra ausencia; porque a los quince dias mas o ménos de nuestro regreso ~~Y~~ llegó a la isla una partida de indios, en dos canoas, que queda-

ron no poco sorprendidos al encontrarnos aquí de nuevo. Entre ellos venia un indio de la tribu de los Chonos, que habita en la vecindad de Chiloé (*). Hablaba el español; pero, con aquel acento salvaje que lo hace casi ininteligible a cualquiera que no lo posea a fondo. Era algo como cacique, o cabecilla de la tribu, cuya autoridad le habian confirmado los españoles, porque llevaba un baston con puño de plata, que es el distintivo con que los españoles i sus dependientes desempeñan sus empleos civiles i militares. Estos distintivos, que envanecen mucho a los indios, sirven a la vez para mantener al cacique en una estrecha adhesion con el gobierno español i para darles mayor prestijio ante sus dependientes, aunque, a pesar de todo, no pasa de ser un esclavo que no tiene nada que pueda llamar cosa suya. Supusimos que, transmitida por los indios que primero nos visitaron, la noticia de nuestro naufragio habia pasado de tribu en tribu, hasta llegar a la de los chonos, quiénes habian enviado a este cacique a inquirir la veracidad del rumor; o bien a sacar algun provecho del naufragio, apropiándose de los materiales de fierro que pudieran servirles i cuyo valor aprecian mucho desde que el trato con los españoles les ha enseñado su aplicacion a diversos destinos. Pero, como para los virreyes o gobernadores españoles es un grave delito el que los indios a ellos sometidos traten de librar de su rapacidad la mas mínima cosa, así sea un

(*) Chiloé es una isla situada en la costa occidental de América cerca de los 43° de latitud sur, i es la colonia mas austral que está sometida a la jurisdicción española en esa costa. (Nota del Autor).

clavo viejo i mohoso, el indio habia tenido cuidado de encubrir la pequeña presa que habia hecho, hasta que se le presentara la oportunidad de acarrear convenientemente con ella. Por nuestra parte, a fin de entrar en amistad con estos salvajes, les habíamos dejado su escondido tesoro sin tocar.

El cirujano Mr. Elliot, que podia hablar unas cuantas palabras en español, se hizo entender del cacique lo suficiente para comunicarle que nuestra intencion era llegar a alguna de las posesiones españolas, si era posible; que no conocíamos cuál era el camino mejor i mas seguro ni qué rastro era mas conveniente para hallar algun sustento durante el viaje, i le prometió que si se comprometía a conducirnos en la falúa, se la regalaríamos con todo lo que contenía, en premio de su trabajo, así que la dejásemos de usar en este trance. Despues de mucha insistencia, el cacique aceptó por fin estas condiciones.

Así pues, despues de hacer los mejores preparativos que nos fué posible, nos embarcamos en la falúa, en número de quince, incluso el cacique, cuyo nombre era Martin, i su sirviente Manuel. (En verdad, cuando regresamos de nuestra última e infructuosa tentativa para abandonar la isla, éramos diez i seis; pero, desde entonces, habíamos sepultado a dos marineros que murieron de hambre, i otro que habia cometido un robo se fugó para evitar el castigo que su crimen merecia, i se ocultó entre los bosques, sin que jamas volviésemos a saber de él.) Zarpamos, pues, acompañados de las dos canoas indias: en una de ellas iba, con sus dos mujeres, un salvaje que tenia un aire de dignidad superior a los demas,

i una hermosa figura. Durante su permanencia con nosotros, habia vivido en una choza aparte de los demas indios, que parecian rendirle estraordinario respeto; pero al cabo de dos o tres noches, estos indios que eran independientes i vivian algo mas al sur que nuestro guia chono, se separaron de nosotros dejándonos seguir el viaje por nuestra cuenta. X

La primera noche nos detuvimos en una isla desprovista de todo recurso, donde encontramos proteccion para el bote: en seguida encendimos una fogata i nos tendimos a dormir. A la noche siguiente, anduvimos ménos afortunados, aunque nuestras necesidades iban en aumento; porque, habiéndonos hecho hácia el oeste de la Isla de Montrose, no encontramos refugio para la falúa i nos vimos en la necesidad de pasar sobre los remos la noche entera, sufriendo los mas extremos tormentos del hambre. Al dia siguiente, llegamos al seno de una gran bahía donde el guia indio habia dejado en una choza a su familia, una mujer i dos niños. Aquí pasamos dos o tres dias, durante los cuales nos ocupamos en vagar por la playa en busca de algun marisco.

Otra vez seguimos viaje, llevando a bordo a la familia del guia, quien nos condujo hasta un rio de una pendiente tan rápida que, despues de hacer los mayores esfuerzos, desde la mañana hasta la tarde, apenas avanzamos un poco aguas arriba, viéndonos obligados por último a desistir de nuestra tentativa i regresar. Hasta aquí, habia gobernado yo el bote; pero, uno de los marineros cayó estenuado por la fatiga i murió poco despues, lo que me obligó a tomar el remo en su lugar i a bogar

contra esta corriente desalentadora. Miéntas estaba yo en esta faena, rodó debajo de los travesaños desde su asiento, uno de los hombres mas robustos que habíamos tenido hasta entónces, llamado Juan Bosman, lamentándose de que sus fuerzas estaban casi exhaustas por falta de alimento i que mui luego moriría. Miéntas se hallaba en este estado, prorrumpía a cada instante en las mas patéticas súplicas por un poco de alimento: dos o tres bocados salvarian su vida. Entre tanto, el capitan tenia consigo un gran pedazo de foca cocida i era el único que contaba con algo parecido a alimento; pero, nos habíamos puesto tan endurecidos contra los sufrimientos de los demas comparados con los propios, tan familiarizados con estas escenas i toda clase de miseria, que fueron inútiles las instancias del pobre moribundo. Yo me senté junto a él cuando calló, i como llevaba en mis bolsillos unos cinco o seis mariscos secos, de tiempo en tiempo le echaba uno a la boca, lo que solo sirvió para prolongarle la agonía; porque habiéndose agotado mi escasa provision, la muerte vino a hacerlo descansar. Para éste i el otro hombre que espiró en parecidas circunstancias cuando volvíamos de esta desgraciada empresa, cabamos una tumba en la arena.

Habria sido mui laudable para la ternura i humanidad del capitan Cheap el que en estas circunstancias hubiese moderado un poco la atencion que prestaba a su propia conservacion. Ciertamente, hai casos en que las consecuencias de socorrer a otros son inmediata i manifestamente fatales para nosotros mismos; pero, yo me atreveria a afirmar que tanto en las afflictivas circunstan-

cias últimas, como en varias otras no habria sido difícil proceder con cierta largueza, sin desatender a la prevision de sus propias necesidades. El capitan tenia mejores oportunidades para abastecerse que nosotros, porque su rango era considerado por el indio como una razon para proveerlo cuando no habia ni un mordisco para nosotros. En la tarde del mismo dia en que ocurrieron estos desastres, el capitan sacó un gran trozo de foca cocida, i no permitió que nadie participara de él, fuera del cirujano que era el único hombre que gozaba de su favor por entónces. En verdad, no esperábamos de él ningun alivio en las circunstancias que atravesábamos, porque teníamos unos pocos mariscos i yerbas para comer; pero, los marineros no podian dejar de manifestar la gran indignacion que les habia causado su indiferencia con el pobre estinto, diciendo que por su salvaje conducta merecia que se le desertaran los demas.

El esfuerzo para remontar el rio fué para nosotros, que tanto habíamos luchado con el hambre, una infructuosa tentativa mas, que nos estenuó en un grado tal que amenazaba sernos fatal a mas de uno; pero, sin guardar miramiento alguno al estado a que las adversidades nos habian reducido, nuestro guia se mostraba cada vez mas empeñoso porque siguiéramos ese camino que probablemente él habia hecho ántes en canoas livianas, pero que era impracticable para un bote como el nuestro. En un principio, pensamos que éste seria talvez un desecho para acortar el camino; pero, despues tuvimos motivos para pensar que su afan por llevar la falúa por este camino de preferencia al que nosotros tomamos mas tarde, se es-

plicaba porque se le ofrecian mayores probabilidades de llegar por allí hasta su posesion, con el bote en salvo, que era el premio de su empresa.

En esta rejion, la tierra presenta el aspecto mas agreste, desolado e inculto que imaginarse pueda i es tan accidentada que desanima a los mas resueltos aventureros de toda tentativa de colonizarlo: entre otras razones, bastan para hacerla inhospitalaria las constantes lluvias que caen allí como a torrentes i las grandes olas i la fuerte resaca que impelen a la costa los vientos de occidente que allí reinan. La entrada a los bosques es no solo estremadamente difícil, sino que es peligrosa, no por el temor de ser asaltado por bestias feroces, que hasta éstas difícilmente hallarán aquí un refugio conveniente, sino por los profundos pantanos que forman la mayor parte del suelo en esta rejion, i en los cuales puede decirse de los árboles que flotan i no que crecen. Con un espectáculo tan poco halagador delante de nosotros, pusimosnos a camppear en busca de alimento, cosa que en verdad no habríamos hecho si no hubiesen sido tan apremiantes las exigencias del hambre. El cacique nos habia dejado al indio jóven que llevaba de sirviente, para que nos mostrara donde era mas abundante el marisco, y habia partido en la canoa con el resto de su familia con el fin de conseguir unas focas, en cuyo viaje iba a pasar unos tres o cuatro dias separado de nosotros.

Despues de catear la costa durante algun tiempo con poquísimo provecho, comenzamos a pensar en volvernos a la falúa; pero seis de los hombres se adelantaron con el indio unos cuantos pasos distante de los oficiales para

embarcarse los primeros en el bote. No tan luego estuvieron a bordo, cuando partieron dejándonos abandonados, para nunca mas volver.

Todas las dificultades que habíamos sufrido hasta entonces, nos parecieron ligeras en comparacion con lo que nos quedaba que sufrir a causa de la traicion de los marineros, que con el bote habian acarreado con cuanta cosa podia habernos servido para la conservacion de nuestras vidas. La poca ropa que habíamos salvado del naufragio, nuestros mosquetes i municiones estaban perdidos para nosotros, i solo nos quedaba un poco de pólvora que habíamos desembarcado para prender las fogatas i un fusil que yo llevaba, i que me era ahora inútil por falta de municiones: i todas estas faltas se nos venian encima cuando no podíamos hallarnos en peor situacion para suplirlas.

Sin embargo, bajo tan tristes i desconsoladoras apariencias, comenzaba a prepararse nuestra salvacion: de tan desesperadas circunstancias iba a sacarnos un ejemplo incomparable de lo que son los inescrutables desig-nios de la Providencia. No podíamos sospechar por entonces que la falúa, en la cual cifrábamos todas nuestras esperanzas de escapar de aquella costa salvaje, fuera la causa de que nos viésemos detenidos allí, hasta quedar consumidos por la labor i las fatigas que demandaba el hacerla doblar a fuerza de remos los cabos i los grandes promontorios, porque era imposible conducirla por tierra como lo hacíamos con los botes de los indios. Al presente, pensábamos que no podia haber una condicion peor que la nuestra: habíase levantado una mar mui gruesa, cuyas

olas al romper con furia contra la costa, hacian que fuese imposible encontrar cualquier sustento para satisfacer nuestras necesidades: sin embargo, por poco que prometiese aquella vista, por poco que fuese el socorro que podíamos esperar de aquellas vecindades, no podía yo dejar de dirigir mis miradas hácia el mar, miéntras vagaba por la costa alejado de los demas.

Miéntras miraba así hácia afuera, parecióme que una cosa negra aparecia de vez en cuando en la cumbre de las olas, la cual se me ocurrió por fin que fuese una canoa, despues de observarla mas atentamente; pero reflexionando despues que poco acostumbrarian los indios aventurarse en un mar ajitado i a tal distancia de tierra, concluí por pensar que yo mismo me engañaba.

Sin embargo, quedé luego convencido, sin lugar a dudas, de que era una canoa, a medida que mas i mas se acercaba; no pudiendo arribar por ninguno de los puntos vecinos, trataba de hacerlo en otra parte de la costa. Volví corriendo lo mas lijero que pude donde mis compañeros, para comunicarles lo que habia visto. El abatimiento en que se hallaban, no les permitió en un principio dar crédito a lo que oían; pero al convencerse poco despues de que era cierto lo que yo les avisaba, nos pusimos todos apresuradamente a desnudarnos de nuestros harapos para hacer con ellos una señal que fijamos en la punta de un palo bastante largo. La señal tuvo el efecto deseado; la jente de la canoa, al divisarla, se hizo hácia tierra a unas dos millas de distancia de nosotros, porque ningun bote hubiese podido acercarse donde nosotros nos hallábamos; internáronse en una pequeña ensenada

protejida por un gran arrecife, contra el cual se estrella-
ban con violencia las olas. El capitán Cheap i yo nos di-
rijimos por la playa hasta la ensenada, a donde llegamos
en el mismo instante en que ellos desembarcaban: allí
nos impusimos que los recién llegados en la canoa, eran
el guía indio i su mujer que pocos días ántes nos habían
dejado. Hízonos varias preguntas; pero como ni el capitán
Cheap ni yo entendíamos entónces ni una palabra en es-
pañol, lo condujimos donde el cirujano, a quien habíamos
dejado tan enfermo, que apenas podía levantarse del suelo.

Cuando el indio comenzó a hablar con el cirujano, lo
primero que preguntó, fué qué había sido de la falúa i
de su compañero, i como no pudiera dársele una respuesta
satisfactoria, dió por sentado que Manuel había sido ase-
sinado por nosotros, i que él i su familia corrian el mismo
riesgo; por lo cual trató de ponerse en salvo dejándonos
inmediatamente. Al ver esto el cirujano, hizo todo lo
que estaba en su poder para tranquilizarlo i convencerlo
de la sin razón de sus aprehensiones; lo que al fin con-
siguió asegurándole que el indio no corría ningún peli-
gro, i que muy pronto lo vería volver en salvo.

Providencialmente, i cuando ménos lo esperábamos,
así sucedió: porque pocos días despues, habiendo conse-
guido escapárseles a los marineros de la falúa, Manuel
regresaba por unos caminos impracticables para toda
criatura que no fuese un indio. Todo lo que pudimos sa-
ber de Manuel respecto a su escapada, fué que aprovechó
la primera oportunidad para dejarlos, la cual se le pre-
sentó cuando llegaron a una bahía situada un poco más
al occidente.

No teníamos otra arma de fuego que una pequeña escopeta mia para la caza, ni mas municiones que unas cuantas cargas de pólvora que habia traído yo conmigo; i como el indio manifestara muchos deseos de volver al sitio donde habia dejado a su mujer i la canoa, el capitan Cheap me encargó que lo acompañara i lo vijilara toda la noche, para impedir que se mandase mudar. Así lo hice, i cuando él y su familia se retiraron a dormir en la pequeña choza que habian levantado con ese objeto, ocupé yo mi puesto de centinela durante toda la noche, cerca de ellos.

A la mañana siguiente, se nos juntaron el capitan Cheap, Mr. Hamilton i el cirujano: como a este último la enfermedad lo tenia reducido a una suma debilidad, sosteníanlo Mr. Hamilton i Mr. Campbell. Despues de deliberar un rato entre nosotros sobre la mejor manera de continuar viaje, convinimos en que el indio, ayudado por nosotros, condujese la canoa a traves de la isla para botarla en una bahia que había al otro lado, i desde donde debia dirijirse en busca de otros indios que esperaba se le juntaran; pero como la canoa era demasiado pequeña para contener mas de tres o cuatro personas, parecióle mas prudente llevarnos solamente al capitan i a mí, dejando a su mujer e hijos, como rehenes, con nuestros compañeros hasta que regresáramos.

Como era materia de inseguridad si llegaríamos a reco-brar o nó la falúa, que por nuestra parte habíamos estipulado que pasaria a poder del cacique en cuanto cumplierse sus compromisos con nosotros, tuvimos que ofrecerle para que siguiera el viaje, que le regalaríamos mi esco-

peta, unas pocas cosas que el capitán Cheap tenía en su poder i prometerle que pondríamos todo empeño en procurarle una pequeña recompensa pecuniaria.

Nos embarcamos, pues, en la canoa, señalándoseme a mí para ayudarlo a remar. Dejamos la isla, i remamos duro todo este día i el siguiente, sin tener otra cosa que comer que un pedazo de foca, del cual me tocó a mí una pequeñísima porción. Unas dos horas despues de acabar el día, llegamos a tierra donde descubrimos unas seis o siete cabañas. Por mi parte, mis fuerzas estaban tan agotadas por el hambre i la fatiga que me habria sido imposible continuar otro día en esta afanosa tarea. En cuanto desembarcamos, el indio condujo a una cabaña al capitán Cheap, dejándome a mí que campeara por mi suerte.

Abandonado así, estuve algun tiempo sin saber qué hacer; porque sabiendo que entre las diversas disposiciones que se podían observar entre los indios prevalecían los temperamentos violentos i salvajes, tenia buenas razones para concluir que no habria de ser indiferente mi acogida si me entrometia con ellos. La necesidad me hizo sin embargo, afrontar el peligro, i en consecuencia metíme a gatas en la choza mas inmediata, porque la entrada de esta clase de habitaciones es demasiada baja para permitir el acceso a ellas de cualquiera otra manera. No parecerá impropio dar aquí una descripción de estas viviendas temporales, para satisfacer a los que nunca las han visto i en particular por ser algo distintas de las de Norte América, que las numerosas relaciones de aquel país han hecho mas jeneralmente conocidas.

X Cuando los indios de esta parte del mundo se ven obligados en sus correrías a detenerse en cualquier punto, aunque sea por una noche o dos, los hombres se encargan de ese trabajo, i miéntras las mujeres se ocupan de tareas mas laboriosas como buscar los criaderos de erizos en el mar i andar por las rocas mariscando o recojiendo rastros para el fuego, ellos se van a los bosques, donde cortan un número suficiente de ramas altas i derechas que fijan en una especie de círculo irregular; despues de hecho esto, inclinan las estremidades de las ramas hasta juntarlas en la cumbre donde las amarran con una especie de enredadera. Esta armazon o esqueleto de choza la protejen del viento con una cubierta de ramas i cortezas, pero, como estas últimas son difíciles de conseguir, siempre las llevan consigo cuando se mudan, echándolas al interior de sus canoas; lo demas de la choza lo dejan en pié. En medio de la choza arman una fogata, al rededor de la cual se agrupan sentados en unos troncos; pero, como no hai ventilacion para el humo, fuera de la entrada que es mui baja i de algunas rendijas que no han podido ser tapadas, resulta que sufren no pocas molestias por esta causa, enfermándose varios de la vista.

Pero, prosigamos: en la choza a la cual me tomé la libertad de introducirme encontré solamente a dos mujeres que quedaron sobrecojidas de asombro al ver por primera vez una cara a que no estaban acostumbradas i mas con la figura que yo entónces tenia. Estaban sentadas junto a una fogata, a la cual me acerqué sin mas explicaciones: es verdad que por mas inclinado que me

sintiera a darlas, mi ignorancia de su idioma me hacia imposible intentarlas. Una de las mujeres era jóven i de mui hermoso aspecto para ser india; la otra era vieja i tan fea que no es posible concebir algo parecido con forma humana. Despues de haberme examinado fijamente durante un instante, salieron de la choza, i yo, sin mas ceremonias, me senté junto al fuego para calentarme i secar los harapos que llevaba. Sin embargo, no podia calificar de mui agradable mi situacion, porque a cada momento me parecia ver que llegaban dos o tres hombres que me arrojaban afuera, si es que no me trataban con mas dureza.

A poco rato, volvieron las dos mujeres despues de haber conferenciado, como yo lo suponía, con nuestro conductor; parecia que venian de mui buen humor, porque comenzaron a charlar i reir inmoderadamente. Al ver lo empapado i entumido que me hallaba, parecieron compadecerse de mí i la vieja salió a buscar leña, con la cual hizo un buen fuego; pero, como el hambre que yo tenia era apremiante, no pude dejar de espresarles mi deseo de que llevasen mas allá su hospitalidad trayéndome algo que comer. Luego comprendieron mis señas, i la mas jóven se puso a registrar entre unas ramas que habia en un rincon de la choza, de donde sacó un lindo pescado; púsolo al momento a asar en el fuego, i en cuanto estuvo a punto hizome señas para que me acercara a comerlo. No tuvieron necesidad de repetir la invitacion: me precipité sobre él i lo despaché en tan corto tiempo que esperé que sin mayores muestras ellas ha-

brian de comprender que estaba listo para despacharme otro; pero, la cosa no tuvo consecuencias, porque la provision de comestibles se habia agotado enteramente.

Despues de estar en conferencia algun tiempo, sin que yo pudiera tomar parte en la conversacion, las mujeres me hicieron señas para que me acostara i me pusiese a dormir, habiendo tendido primeramente algunas ramas secas por el suelo. Me tendí, i luego quedé profundamente dormido; a las tres o cuatro horas, desperté, i me hallé cubierto con una especie de manta hecha de plumas de pájaros, que las mujeres usan jeneralmente a la cintura. La jóven, que durante el sueño me habia cubierto cuidadosamente con su propia manta, estaba tendida junto a mí; al otro costado de ella estaba la vieja. El fuego estaba mui débil, casi apagado; pero, en cuanto me vieron despierto, lo renovaron echándole mas leña. Lo que habia comido ántes habia servido solamente para avivar mi apetito, por lo cual no pude dejar de pedirles encarecidamente que me buscaran mas comida. Habiendo comprendido mis necesidades, conversaron entre ellas un corto tiempo, i levantándose, salieron ámbas llevando consigo un par de perros para que las ayudaran en la pesca. Despues de una hora de ausencia, volvieron tiritando de frio, con los cabellos empapados de agua, i trayendo dos pescados; una vez que los asaron, diéronme la mayor parte, i en seguida nos entregamos como ántes al reposo.

En la mañana, la curiosidad me llevó a visitar las chozas vecinas, en las cuales habia solamente uno o dos hombres; los demas habitantes eran todos mujeres i

niños. Púseme en seguida a buscar al capitán Cheap i a nuestro guía indio, a quienes encontré en la choza que ocuparon desde el principio; la autoridad del cacique le habia procurado al capitán un no despreciable hospedaje. No pudimos saber qué ocupacion habia llevado afuera a los hombres, haciéndolos dejar solas a sus mujeres e hijos; pero, como nunca o casi nunca dejan de ir con sus mujeres a las partidas de pesca, en las que ellas se encargan de la parte mas laboriosa, es probable que hubiesen partido a una expedicion de guerra, en la que usan el arco i la flecha algunas veces, i siempre la lanza. Esta arma la manejan con gran fuerza i destreza i nunca salen a sus correrías sin ella.

Por este tiempo, se esperaba su regreso, cosa que no era para que yo la oyera con agrado; resolví, en consecuencia, gozar lo que me fuera posible mientras estuviesen ausentes i sacar el mejor partido de la fortuna que me habia tocado. Como juzgase que un poco de aseo habria de contribuir en cierto modo a este fin, me fuí junto a un arroyo, me saqué la camisa, en la que, puede decirse, hormigueaban los piojos i me senté a lavarla lo mejor que pude; cuando estaba colgando mi ropa de un árbol para que se secara, oí cierto alboroto cerca de las cabañas: las mujeres se preparaban a partir, habiendo desnudado las cabañas de la cubierta de cortezas, que echaron a las canoas. Inmediatamente me puse la camisa como estaba, i me apresuré a juntarme, llevado por el deseo de presenciar una de sus escursiones de pesca.

Me cupo en suerte embarcarme en una canoa con mis

dos patronas i otras mas que ayudaban a remar: íbamos en cuatro canoas por todo. Despues de remar algun tiempo, arribaron a una parte en que el agua media de ocho a diez brazas de profundidad, donde soltaron los remos. Entónces, la mas jóven de las dos mujeres se puso un canasto en la boca, dió un salto del bote i sumerjiéndose en el agua continuó debajo durante un rato increíble; cuando hubo llenado la canasta de erizos volvió a subir al costado del bote; allí lo entregó a las demas mujeres que sacaron el contenido i se lo devolvieron vacío. La muchacha que hacia de buzo, despues de tomarse un corto tiempo para respirar, volvió a sumerjirse i a salir a flote con el mismo éxito, i así varias veces por espacio de media hora. No parece sino que la Providencia hubiese dotado a esta jente con una especie de naturaleza anfibia, ya que es el mar la única fuente de donde sacan su sustento. Como este elemento es aquí mui borrascoso i la resaca lo arroja furiosamente contra la árida costa, para conseguir algo que no sea una foca es necesario ir a buscarlo en la tranquila profundidad de las aguas. Lo que motiva estas reflexiones es la precoz inclinacion que pude observar frecuentemente entre los hijos de estos salvajes: ya a la edad de tres años puede vérselos gateando entre las rocas i arrecifes, desde donde se tiran al mar sin preocuparse del frio, que es intenso en esas rejiones i sin manifestar temor alguno por el estruendo i el furor de la resaca.

El erizo es un marisco con muchas púas o espinas que se proyectan en todas direcciones i que le sirven para moverse. Contiene cuatro o cinco yemas, pare-

cidas a los cascós de la naranja, que son mui nutritivas i tienen un sabor esquisito.

Por este tiempo, el agua estaba excesivamente fría; de manera que cuando las pescadoras volvian al bote llegaban yertas de frio. Es costumbre que despues de este ejercicio, si estan cerca de sus chozas, se vayan corriendo a una fogata: allí presentan un costado al fuego i se frotan i calientan un rato, i en seguida hacen lo mismo con el otro lado, hasta que se restablece la circulacion de la sangre. Esta práctica, si no tiene peores resultados, debe ponerles el cuerpo mucho mas susceptible a las impresiones del frío que si esperaran al aire libre el desarrollo progresivo del calor natural. Dejo a la decision de los doctores de la facultad el resolver si esta apresurada aproximacion al fuego no es la causa de un desórden físico que noté en ellos i que se llama elefantíasis o hinchazon de las piernas. (*) X

En cuanto las pescadoras volvieron a los botes, conti-

(*) Hai dos clases de desórdenes mui diversos en el cuerpo humano a los cuales se les da el mismo nombre, a causa de la semejanza que ofrecen con diferentes partes de este animal tan conocido en los países donde son frecuentes estos desórdenes. La que primera se denominó así fué la lepra, que produce en la piel una cusposidad mui semejante a la de la trasera del elefante. La otra afecta al paciente con una hinchazon tan enorme de las piernas i los pies, que producen el efecto de los informes pilares que le sirven de soporte a aquel animal; por lo cual esta enfermedad ha sido llamada tambien elefantíasis por los médicos árabes que, como los malabares, entre los cuales es endémica, la atribuyen al consumo de aguas de mala calidad i a las bruscas transiciones del calor al frio.

nuamos remando hasta entrada la tarde, i entónces desembarcamos en un punto mui bajo. Luego que hubieron varado las canoas, se dedicaron a levantar las chozas, en cuya operacion se espidieron con gran destreza i rapidez. Continué disfrutando de la proteccion de mis dos bondadosas indias, que me tuvieron aquí de huésped como ántes; primero me regalaron erizos i en seguida se fueron a buscar otra especie de pesca sirviéndose de sus perros i canastos. Estos perros son de una ralea de animales de mui mal aspecto, pero mui sagaces i fáciles de adiestrar para este trabajo, que en apariencia es una clase de ejercicio poco agradable. Sin embargo, se aficionan a él mui pronto; parecen divertirse mucho i espresan su contento ladrando cada vez que sacan la cabeza a flor de agua para respirar. Dos indias se meten al agua teniendo la red; entónces los perros, tomando una gran distancia, se sumerjen en busca de los peces i los corren hácia la red; pero, solo hai ciertos sitios donde se puede tomar el pescado de esta manera. Al cerrar la tarde, las mujeres volvieron con dos pescados que nos sirvieron para cenar, i en seguida nos echamos a descansar como ántes. Aquí nos quedamos todo el día siguiente i a la mañana despues volvimos a embarcarnos, remando hasta la noche; al acercarnos a tierra, distinguimos las canoas de los indios que desde hacia algun tiempo eran esperados de la expedicion en que andaban. Esto iba mui pronto a alterar gravemente la situacion de mis asuntos, segun los presajios que podia leer en el melancólico semblante de mi jóven patrona. Ella trataba de espresarse conmigo en los términos más cariñosos; pero, no habia adquirido

todavía un conocimiento suficiente del idioma indio para entenderle.

En cuanto hubieron desembarcado los hombres, ella i la india vieja se dirijieron, no sin ciertas muestras de temor, hácia un indio de avanzada edad, cuyo notable mal humor i ríjido semblante eran propios para despertar tales sensaciones de sus dependientes. Parecia ser un cacique o cabecilla por los aires de importancia que se daba i las muestras de deferencia que los demas le atestiguaban. Despues de una corta conferencia entre estos indios i el cacique nuestro conductor, cuyo principal tema lo formaban probablemente los pormenores de nuestra historia i el motivo de nuestra venida aquí, porque a cada instante fijaban los ojos en nosotros, pusieron-se a construir sus chozas.

Luego me impuse que las dos indias con quienes yo habia pasado eran mujeres de este jefe, por mas que una fuese tan jóven que podia pasar por hija suya, i por lo que pude inquirir, realmente guardaban con él las distintas relaciones de mujer e hija.

Era fácil darse cuenta que las cosas no se presentaban bien entre ellos en ese momento, sea que no le satisficiesen las respuestas que aquéllas le daban a sus preguntas, sea que sospechase cierta mala conducta de ellas; porque poco despues, estallando en un furor salvaje, cojió a la jóven en sus brazos i la estrelló con fuerza contra las rocas; pero, no se detuvo aquí su brutal resentimiento, sino que despues continuó golpeándola de una manera cruel. Yo no podia ver el tratamiento que daban a mi benefactora sin sentir la mas honda compasion por

ella i enfurecerme contra su autor, particularmente por cuanto la natural suspicacia de esta jente hacia presumir que era a causa mía por lo que ella padecía. Dificilmente pude contener las primeras emociones de mi resentimiento que me incitaban a castigar su barbárie; pero, a mas de que esto habria acarreado sobre ellas nuevas muestras de severidad, no estaba en mi poder ni habria sido atinado de mi parte el haber hecho semejante cosa entónces.

Nuestro cacique nos hizo comprender que debíamos embarcarnos en la misma canoa que nos habia traído i volver donde nuestros compañeros, i que los indios que luego íbamos a dejar, se nos juntarian dentro de pocos dias para seguir hácia el norte en cuanto nos hubiésemos reunido todos en un grupo. Nada de particular nos ocurrió durante nuestro regreso, pero, a nuestra llegada, que fué al siguiente dia, hallamos al cirujano, Mr. Elliot, en pésimo estado: su enfermedad habia ido empeorando continuamente desde que nos separamos de él. Durante el mismo tiempo, casi habian perecido de hambre Mr. Hamilton i Mr. Campbell; lo único con que se habian sostenido era con algunos erizos que les proporcionaba la mujer del cacique. Esta mujer era el reverso de mi patrona: habiendo comprendido que su marido nos era indispensable, comenzó a darse gran importancia i a tratarnos como súbditos i esclavos. El hombre no era mejor en su conducta con nosotros; solo compartía con el capitan Cheap todo lo que guardaba, prefiriéndolo interesadamente a los demas, aun quando fuesen mayores nuestras necesidades. Por su parte, el capitan contribuía

a mantenernos en esta abyecta situacion aprobando la distincion que el indio le mostraba: si no nos hubiese tratado con tanta distancia, el cacique habria tenido mas miramientos para nuestras necesidades. El poco miramiento i atencion que nuestra menesterosa condicion inspiraban al capitan Cheap, deben imputarse en cierto modo a la série de contrariedades i decepciones que habian agriado su carácter, cosa, en verdad, que habia operado en nosotros igual despreocupacion de la suerte de los demas i hasta de la nuestra propia.

No se nos permitió que quedásemos en la misma choza con el cacique i su mujer, cosa que no se nos habria rehusado si el capitan Cheap nos hubiese tratado con cierta deferencia. La que armamos para nuestro uso, estaba construida de una manera tan tosca que apenas si merecia el nombre de aquella miserable clase de viviendas. Pero, con la llegada de los indios que esperábamos, tuvimos un alivio para nuestras precarias circunstancias, porque traian consigo cierta cantidad de focas, de las cuales nos tocó una pequeña racion. Una o dos noches despues mandaron fuera a algunos de los mas jóvenes de ellos, quiénes nos proporcionaron una cantidad de pájaros de una especie mui delicada. Para arrancarlos de noche de los sitios donde anidan, entre rocas i escollos, llevan consigo unas antorchas hechas con la corteza de una especie de abedul, que es aquí mui comun i crece a grande altura, corteza que es mui untuosa i produce una luz tan clara i brillante que en muchas partes de la América del norte la usan como candil: con estas antorchas, acércanse en bote lo mas que se puede hasta las rocas donde

dormitan los pájaros en sus nidos; entónces, comienzan a mover las luces a un lado i otro hasta que, deslumbra-dos i confundidos, los hacen caer en la canoa, donde los ultiman al instante pegándoles en la cabeza con un pa-lito que los indios usan al efecto.

La foca la pescan con gran facilidad en algunos pun-tos ménos frecuentados de estas costas; pero, cuando han sido perturbadas sus guaridas dos o tres veces, luego pro-curan ponerse en salvo escondiéndose en el agua a la pri-mera alarma. Esto era lo que pasaba ahora con ellas; pero, como frecuentemente sacan la cabeza sobre el agua, sea para respirar, sea para mirar a su alrededor, he visto indios que en ese mismo instante les han disparado su lanza con tal destreza que iba a herir al animal en los mismos ojos, a una gran distancia; rara vez yerran el blanco.

Como estos métodos para procurarse el sustento nos eran enteramente desconocidos i carecíamos de armas i municiones, nos vimos reducidos a los últimos extremos, i nuestra condicion se presentaba peor que nunca. Nada podíamos esperar de los indios, que no tenían ahora na-da que temer de nosotros. Así es que si a veces nos auxi-liaban en algo, era por capricho, porque con frecuencia se manifestaban enteramente indiferentes a nuestras ma-yores miserias. Pero, las bondadosas indias cuya amistad habia probado yo ántes, continuaban de tiempo en tiem-po favoreciéndome con sus buenos servicios. Como no se me permitía que entrara a sus chozas, ellas hallaban me-dios para dejar en mi camino las sobras que podian sus-traer a sus maridos. El reconocimiento que por este mo-

tivo les guardaba, era bastante grande, porque el riesgo que corrian por hacerme tales favores era nada ménos que la muerte. Sin el freno de ninguna lei ni de ningun vínculo de conciencia, los hombres en el gobierno de la familia ejercen la autoridad mas despótica sobre sus mujeres, a quienes contemplan como una cosa de su propiedad, disponiendo de ellas consiguientemente: aun en el trato comun son crueles con ellas, porque, por mas que el trabajo i las penurias de buscar los alimentos pesan enteramente sobre la mujer, no se la permite ni que toque un pedazo de ellos hasta que el marido no se haya satisfecho, i aun entónces, él le asigna su racion, que es mui escasa, i de aquello que el estómago no le ha aguantado. Esta arbitraria conducta con la propia familia no es solo peculiar de esta raza. He tenido ocasion de observarla muchas veces mas entre los diversos pueblos salvajes que he visto desde entónces.

Estos indios son de mediana estatura, bien plantados i mui activos, i caminan entre las rocas con una ajilidad pasmosa. El pié, en este ejercicio, contrae una callosidad que les hace enteramente innecesario el uso del calzado.

Quizas se presuma que ántes de concluir las escasas observaciones que he reunido sobre este pueblo tan atrasado en sus ideas i costumbres, agregue algo sobre su relijion; pero, como su gran ignorancia supera en esto a todo i como siempre me pareció prudente separarme de ellos cuando les venian los arrebatos de devoción, que eran mas frenéticos que relijiosos, el lector no podrá esperar mucha satisfaccion sobre este punto. La casualidad me hizo a veces ser testigo de escenas de las cuales ha-

bria preferido arrancar, i a eso se limitan mis conocimientos. X Como no tienen épocas determinadas para sus ejercicios religiosos, los jóvenes esperan hasta que sus mayores se hallen devotamente dispuestos; éstos comienzan la ceremonia profiriendo hondos i desgarradores jermidos, que gradualmente van creciendo hasta convertirse en una horrorosa especie de canto, que los entusiasma i los ajita de una manera rayana a la locura; de repente, saltan sobre el fuego, cojen tizones encendidos, se los ponen en la boca i comienzan a correr por los alrededores quemando a quien encuentran en el camino. Otras veces, la costumbre es herir a uno de ellos con filudas conchas de marisco hasta que le brota la sangre. La orjía continúa hasta que el que la preside echa espuma por la boca, se desmaya, queda exhausto por la fatiga i se empapa en sudor. Cuando los hombres han cumplido la parte que les toca en ese frenesí, lo continúan las mujeres, que vuelven a repetir las mismas escenas salvajes, sin otra diferencia que la de sobrepasar a los hombres con sus gritos i chillidos. Nuestro cacique, a quien los españoles habian apartado de estas abominaciones i que apenas sabia persignarse, pretendia sentirse mui ofendido con estas ceremonias profanas i que preferia morir ántes que tomar parte en ellas. Entre otras espresiones de su desaprobacion nos declaraba que, miéntras los salvajes solemnizaban esos ritos horrorosos, nunca dejaba él de oír estraños i descomunales ruidos en los bosques i de ver pavorosas visiones, i nos aseguraba que era el diablo que hacia entre ellos de principal actor en semejantes ocasiones.

X

Seria como a mediados de Marzo cuando nos embarcamos con estos indios. Dispersaron nuestra pequeña compañía enteramente, no dejando que fuésemos de a dos juntos en la misma canoa. Como de costumbre, me tocaba manejar el remo, i lo mismo pasaba con Mr. Campbell; Mr. Hamilton no podia remar i el capitan Cheap estaba fuera de cuestion; miéntras tanto, nuestro cirujano yacia mas muerto que vivo en el fondo de la canoa. Como el mal tiempo no permitiera a las Canoas seguir por mar, tuvimos que desembarcar otra vez, sin haber avanzado gran cosa ese dia. Aquí dejó de existir el cirujano Mr. Elliot. Cuando recién nos embarcamos, prometia mucho para despues, porque era un hombre jóven fuerte i activo: i ahora se lo llevaba una série infinita de fatigas. Mr. Hamilton i él eran los mejores tiradores que habia entre nosotros, i miéntras duraron las municiones, nunca les hizo falta el sustento, del que participaban en gran parte a los demas; pero al fin, murió con la misma muerte que tantos otros tuvieron ántes que él, murió de hambre. Cavamos para él un hoyo en la arena i lo sepultamos de la mejor manera que se pudo.

Aquí debo relatar una pequeña anécdota de nuestro cacique cristiano. Habia ido con su mujer en la canoa a corta distancia de la costa, donde ella buscaba los erizos; pero no habiéndoles ido con provecho, regresaban de bastante mal humor. Esperábalos un hijito de ellos, de unos tres años de edad, a quien parecian querer mucho i que al verlos, echóse al agua para ir a encontrarlos: el padre puso una canasta de mariscos en manos del chico: pero hallándolo éste mui pesado, la dejó caer; a esto, el padre

saltó de la canoa i cojiendo al niño por los brazos, lo estre-
lló con la mayor violencia contra las rocas. La pobre cria-
turita quedó sin movimiento i desangrando, hasta que su
madre fué a recojerlo; pero luego murió. Por algun tiem-
po la mujer parecia inconsolable; pero el bruto del padre
no manifestó el menor pesar. Uno o dos dias despues,
nos hicimos de nuevo a la mar, cruzando la gran bahia
en cuyo seno estuvimos, como ántes lo he dicho, cuando
por primera vez hicimos rumbo al oeste. La costa era
aquí baja i arenosa i se veia algo como la boca de un rio
que vaciaba sus aguas en el mar, en lo cual no habíamos
reparado anteriormente, porque era tan bajo que los in-
dios se veian obligados a sacar todas sus cosas de las ca-
noas, i recorrer una lonja de tierra conduciéndolas; en-
tónces arrastraban los botes hasta el rio, que en esta
parte es mui ancho i tiene mas las apariencias de un
lago que de un rio. Remamos en él aguas arriba unas
cuatro o cinco leguas, i tomamos en seguida un bra-
zo que corre primero al este i despues al norte, donde
angosta mucho i la corriente se hace escesivamente
rápida, de manera que aunque trabajamos rudamente
avanzamos mui poco camino. En la noche desembarca-
mos, encontrando en la orilla un puro pantano para des-
cansar i en medio de la lluvia que caia a torrentes, no
teníamos nada con que cubrirnos. No estaban los indios
en mejor situacion que nosotros, porque no habia madera
para que armaran sus chozas; de manera que todo lo que
pudieron hacer fué parar en alto con los remos las corte-
zas que traian en el fondo de sus canoas, i defenderse así
lo mejor que se podia. Ellos, conocedores de las dificul-

tades que habrian de presentarse aquí, habíanse procurado alguna carne de foca; pero nosotros, despues de las fatigas del dia, no tuvimos otra cosa que comer que una raiz de un gusto mui desagradable de que habíamos visto hacer uso a algunos indios. Todo el dia siguiente lo pasamos luchando con la corriente, con la misma suerte del dia anterior. Al dia subsiguiente, llegamos por fin al punto de desembarco. Habia allí gran abundancia de madera; pero nada que pudiera servir para nuestro sustento. Lo primero que los indios hicieron fué sacar de las canoas cuanto tenian, i despues de arrastrarlas a tierra, levantaron sus chozas. Como de ordinario, pasamos esta noche debajo de un árbol; pero no es cosa fácil decir cuánto padecemos. Durante tres dias habia pasado yo con el remo en las manos, sin ningun otro alimento que las miserables raices de que he hablado ántes. No tenía camisa, porque la mia habíaseme caído a pedazos; i los piojos nos devoraban. Todo mi vestido consistia en un viejo *grieko* corto, que es una especie de piel de oso, i un pedazo de chaleco que en un tiempo fué de paño colorado, cuyas dos prendas llevaba puestas cuando naufragamos; tenia tambien un par de pantalones hechos pedazos i carecia absolutamente de zapatos i medias.

A lo que primero atendieron los indios en la mañana, fué a deshacer sus canoas; i aquí, para conocimiento del lector, se hace necesario describir la estructura de estas embarcaciones, admirablemente calculadas para el uso de estos indios que, para evitar el tener que doblar cabos i alturas en mares donde no puede navegar un bote abierto, se ven obligados a conducir las por tierra, en-

tre espesas montañas, durante largas distancias. Consisten jeneralmente de cinco pies o tablones; una para el fondo i dos para cada costado, i como estas jentes no conocen las herramientas de fierro, para sacar de un tronco un solo tablon, necesitan hacer una labor enorme con pedernales i guijarros, aparte del fuego. A lo largo de los bordes de los tablones, practican unos agujeros pequeños, a una pulgada de distancia uno de otro, i los cosen con un mimbre flexible, (boqui); pero como el mimbre no tapa bien los hoyos, los botes se llenarian inmediatamente de agua, a no tener los indios un método para evitarlo. Lo consiguen eficazmente con la corteza de un árbol (estopa del alerce), que dejan algun tiempo remojándose en el agua, i que despues muelen entre dos piedras hasta darle la consistencia de la estopa de calafatear, con lo cual calafatean tan bien los agujeros que no dejan pasar la menor cantidad de agua, permitiendo ademas juntarlos i separarlos fácilmente, i cuando tienen ocasion de ir a tierra, como ahora, hombres i mujeres llevan cada cual su tablon. De otra manera, les seria imposible trasportar un bote entero.

Todos tenian que acarrear algo, escepto el capitán Cheap, a quien habia que ir sosteniendo, porque si nó, no habria llegado al final de la jornada; creo que jamas se habrá hecho un viaje mas penoso. El emprendió viaje con los demas algun tiempo ántes que yo, que me quedé esperando a dos indios a quienes pertenecia la canoa en que habia venido i que se quedaron para acarrear desde la otra orilla las últimas cosas que allí se dejaron. Tenia yo, para llevarlo sobre la cabeza, un pedazo de

lona húmedo i pesado que pertenecía al capitán Cheap i que contenía un trozo descompuesto de carne de foca, que le había sido dado en la mañana por alguno de los indios; éste, que habría sido un peso suficiente para un hombre fuerte i sano, era una carga enorme para cualquiera que se hallase en las condiciones mías. Teníamos que caminar por entre un bosque espeso, donde el suelo era un verdadero pantano, avanzando de rodillas unos trechos i aquí i allá salvando los gruesos troncos que se nos interponían caídos en el suelo. Además teníamos continuamente que ir pisando troncos de árboles que el agua tapaba, i como no tenía ni medias ni zapatos desgarrábanme los pies i las piernas a cada instante las espinas. Antes de que hubiésemos caminado media milla, los dos indios me dejaron atrás; i mientras ponía todo mi empeño en avanzar, a fin de llegar al otro lado antes de que todos se hubiesen alejado, me caí de un árbol que cruzaba el camino a una charca profunda, donde estuve a punto de hundirme a causa del peso que llevaba en la cabeza.

Necesité bastante tiempo para poder salir de semejante dificultad, i cuando lo conseguí las fuerzas se me habían agotado. Me senté al pie de un árbol i dí curso a las mas melancólicas reflexiones. Sin embargo, convencido de que tales reflexiones a nada conducían, no me entretuve mucho con ellas. Me puse de pie, señalé un árbol corpulento i dejando junto a él mi carga, porque no me era posible llevarla mas allá, me eché en siga de mis compañeros. Después de unas cuantas horas los alcancé. Los encontré sentados junto a un árbol i fui a

sentarme yo tambien junto a ellos sin pronunciar una palabra; recuerdo que ellos tampoco me hablaron durante un largo rato, hasta que el capitan Cheap rompió el silencio para preguntarme por la foca i el pedazo de lona. Le conté el desastre que me habia ocurrido, del que habria podido darse cuenta fácilmente por el estado en que se hallaban los harapos que llevaba puestos i por lo hecho pedazos que tenia los pies; pero, en vez de oír frases de compasion para mis sufrimientos, solo oí las quejas i murmuraciones de todos por la irreparable pérdida sufrida a causa mía. No repliqué una palabra, sino que, despues de haber tomado un corto reposo, me levanté i fuí al bosque, donde recorrí por lo ménos unas cinco millas para llegar al árbol que habia señalado, regresando precisamente en el momento en que mis compañeros se embarcaban con los indios para cruzar un gran lago cuya ribera opuesta parecia bañar el pié de la cordillera.

Quise embarcarme con ellos, pero me dieron a entender que tenia que esperar a otros indios que habian de seguirlos. Dejéronme, pues, completamente solo en tierra, sin saber de donde podian venir tales indios: mientras tanto, la noche se venia encima. No me dejaron siquiera un bocado de la fétida carne de foca por la cual tanto habia sufrido.

Seguí con la vista los botes mientras pude divisarlos; despues, me volví al bosque i me senté en la raiz de un árbol, sin haber comido durante todo el dia otra cosa que el tallo de una planta parecida a la alcachofa, mui jugosa i de un gusto ácido. Completamente rendido por

la fatiga, me quedé luego dormido; cuando desperté, poco ántes de amanecer, me pareció oír voces a no mucha distancia de mí.

En cuanto aclaró el día, me puse a mirar hácia el interior del bosque i divisé una choza, hácia la cual me puse inmediatamente en marcha; pero, la acogida que allí tuve no fué mui agradable, porque, cuando me agachaba para introducirme a la choza, recibí dos o tres puntapiés en la cara, al propio tiempo que oía voces que parecían de cólera. Esto me hizo retirarme i esperar al pié de un árbol, donde permanecí hasta que se asomó una mujer i me hizo señas que me acercara. Obedecí sin dilacion i entré a la choza; en ella estaban tres hombres i dos mujeres, i parecía que al mas jóven le manifestaban gran respeto los demas, aunque era el ser mas miserable que se haya visto jamas. Era un verdadero esqueleto i estaba cubierto de llagas desde la cabeza hasta los piés. Yerto de frio como estaba, fué para mí una dicha sentarme un momento junto al fuego que tenían. La vieja tomó un pedazo de foca, i sujetando una parte con los piés i la otra con los dientes, cortó con una concha afilada unas cuantas rebanadas que distribuyó entre los demas indios. Despues puso un trozo al fuego, echóse a la boca un pedazo de grasa, que comenzó a mascar, escupiéndolo poco a poco sobre el pedazo que estaba asándose al fuego, para comerlo cuando estuviera bien asado. Cuando estuvo listo el asado, me dió un pequeño pedazo, que tragué entero porque casi me moria de hambre.

Como estos indios me eran desconocidos, no sabia qué camino irían a seguir; i, en verdad, habia llegado a serme

enteramente indiferente el camino que siguieran, fuese al norte o fuese al sur, con tal que me llevaran con ellos i me dieran algo que comer. Sin embargo, para hacerme comprender de ellos, señalé primero hácia el sur, i después hácia el lago, i luego comprendí que iban a seguir para el norte. Salieron todos juntos, escepto el indio enfermo, i tomando los tablones de la canoa que estaban junto a la choza los llevaron a la orilla; allí armaron la embarcacion i echando adentro todo, me hicieron tomar el remo.

Bogamos por el lago hasta la boca de un rio mui correntoso, donde desembarcamos para pasar la noche, sin atrevernos a avanzar mas a oscuras, porque, aun de dia, era necesario maniobrar con todo cuidado para evitar de quedar enredados entre los troncos i raices de árboles de que el rio estaba lleno.

Pasé allí una triste noche, porque no me permitieron acercarme a la choza que habian levantado, ni me dieron el menor bocado desde que nos embarcamos.

En la mañana, seguimos viaje de nuevo, i durante todo el dia tuvimos un tiempo estremadamente malo. Navegamos rio abajo con una rapidez asombrosa, hasta que, poco ántes de la noche, desembarcamos en una orilla pedregosa. Vararon los indios la canoa i desaparecieron en un momento, dejándome completamente solo; entre tanto, llovía violentamente i estaba sumamente oscuro. Pensé que tanto daba quedarme junto a la ribera como irme a meter en un pantano, debajo de los árboles que goteaban. En tan triste situacion, me quedé dormido, i desperté tres o cuatro horas mas tarde presa de calam-

bres tan vivos que me pareció que iba a quedar muerto allí mismo. Varias veces traté de enderezarme sin poderlo conseguir. Por último hice un esfuerzo para ponerme de rodillas, i mirando en direccion al bosque divisé una gran fogata a alguna distancia de mí. Durante largo rato anduve gateando para acercarme a ella, i cuando llegue allá, casi me metí en el medio del fuego, con la esperanza de encontrar algun alivio a las penalidades que sufría. Esta intromision disgustó grandemente a los indios que inmediatamente se levantaron dándome de puntapiés i golpeándome hasta que me arrojaron a cierta distancia de allí; a pesar de todo, poco despues conseguí colocarme de manera que me alcanzara el calor de la fogata, con lo cual se me quitaron los calambres.

En la mañana dejamos este lugar i luego nos hallamos fuera del rio. Una vez en el mar, los indios intentaron desembarcar en un punto conveniente, en busca de marisco, porque sus provisiones se les habian agotado hacia tiempo. Con la baja marea, desembarcamos en un punto que parecia prometer bastante i donde encontramos gran abundancia de marisco. Aunque estaba entonces que me moria de hambre, no intenté comer ninguno, para no perder un momento en recojerlos, porque no sabia si los indios iban a estar luego de vuelta. Habia casi llenado mi sombrero, cuando ví que los indios se dirijian a la canoa. Me apuré cuanto pude para alcanzarlos, porque creo que no se les habria dado nada abandonarme. Me senté otra vez, remo en mano, i coloqué el sombrero a mi lado, comiendo, de vez en cuando,

un marisco. Los indios se dedicaban a lo mismo; pero, de pronto, uno de ellos me vió que iba tirando las conchas al mar, dirigió la palabra a los demas con gran violencia, en seguida se levantó i se fué sobre mí aferrándome de un viejo pañuelo andrajoso que llevaba al cuello i con el cual casi me ahorcó; entre tanto, otro me habia tomado de las piernas, i me habrian echado al agua a no habérselos impedido la india vieja. Durante todo este tiempo yo me hallaba enteramente ignorante del motivo que los habia ofendido, hasta que observé que los indios, despues de comerse el marisco, colocaban cuidadosamente las conchas en un monton en el fondo de la canoa. De esto deduje que debia de existir cierta supersticion sobre las conchas que se tiraba al mar, cuya ignorancia casi me costaba la vida. Resolví, en consecuencia, no comer mas marisco hasta que bajáramos a tierra, lo que hicimos poco despues, en una isla. Entónces pude imponerme de que los indios traian las conchas a la playa i las colocaban sobre la línea de la alta marea. Me preparaba para comerme un gran racimo de bayas que habia cojido de un árbol por el tentador aspecto que tenian, cuando uno de los indios me las arrebató de las manos i las tiró léjos de mí, haciéndome entender que eran venenosas. Así salvaba mi vida esta jente, que pocas horas ántes habia querido quitármela por haber arrojado al mar una concha.

Dos dias despues volví a juntarme con mis compañeros; pero no recuerdo que el encuentro produjese la menor muestra de alegría de ninguna de las partes. En este lugar habia una canoa mui grande que pertenecia a

nuestro guía i que habria exigido por lo ménos unos seis remeros para hacer cualquiera expedicion: con todo, tuvimos que ponernos a remar Mr. Campbell y yo, porque fuera del indio, su compañero o sirviente, el cacique nunca tocaba un remo, sino que se sentaba cómodamente con su mujer. Mr. Hamilton seguia en la misma canoa en que habia hecho todo el viaje, e iba a acompañarnos todavía un buen trecho. Pasar esclavizados con el remo durante todo el día, en un bote tan pesado, era una labor tremendamente fatigosa; i aquel indio inhumano no nos dió nunca ni una sobra que comer, salvo cuando la cantidad de foca que encontraba era tanta que no podia acarrear con ella, lo que raras veces sucedia.

Cuando desembarcamos en la noche, despues de trabajar como galeotes todo el día, en vez de tomar algun descanso, Mr. Campbell i yo nos veíamos obligados a veces a recorrer millas enteras por la playa en busca de marisco; i apenas habíamos encendido una lijera fogata para prepararlos, cuando nos mandaban de nuevo al bote i nos hacian remar durante toda la noche, sin buscar desembarcadero.

Me es imposible describir el miserable estado a que nos hallábamos reducidos; nuestros cuerpos estaban tan flacos, que apenas si teníamos figura de hombres. Muchas veces me sucedió en noches rigurosas, miéntras la nieve i el granizo azotaban la desierta ribera donde nos recostábamos para procurarnos un corto reposo, que me veia obligado a sacarme los pocos harapos que llevaba puestos, porque era imposible conciliar un momento el sueño a causa de los piojos que en ellos hormigueaban:

por mas que, siempre que podia, acostumbrase sacarme los vestidos i colocándolos sobre una piedra golpearlos con otra, con la esperanza de matar de una vez a centenares esos insectos, porque habria sido cosa de nunca acabar el sacarlos de otro modo. Lo que a causa de esto padecíamos era diez veces peor que el hambre. Pero nosotros estábamos limpios en comparacion del capitan Cheap, porque su cuerpo solo podria compararlo a un hormiguero, donde hervian a millares los piojos; ya no se cuidaba de librarse de aquel tormento, porque habia perdido toda conciencia, no recordando ni los nombres de los que le rodeábamos, ni el suyo propio siquiera. Tenia la barba larga como la de un ermitaño, i la cara la llevaba cubierta de mugre i de aceite de foca, a causa de que para dormir acostumbraba usar a modo de almohada un saco donde guardaba los pedazos descompuestos de carne de foca. Habia adoptado este prudente método para evitar que se la robáramos miéntras dormia. Las piernas las tenia tan gruesas como un poste, por mas que su cuerpo no fuese otra cosa que huesos i pellejo.

Cierto dia nos encontramos con unos cuarenta indios curiosamente pintarrajeados que venian a la misma ribera donde habíamos desembarcado. Nuestro cacique parecia entender bien poca cosa de su idioma, que para nosotros tenia sonidos mui distintos de los que hasta entónces habíamos oido. Sin embargo, nos dieron a entender que habia pasado un buque no léjos de la misma costa donde nos hallábamos i que llevaba una bandera colorada; algun tiempo despues supimos que habia sido la *Ana*, cuyas aventuras se relatan detalladamente en el

«Viaje de Lord Anson». Nosotros pasamos por la misma bahía en que aquella nave habia estado.

De las canoas que nos acompañaban solo quedaba una que tenia que seguir mas adelante con nosotros; aquella en que Mr. Hamilton habia estado hasta entónces no iba a continuar mas al norte. Nuestro cacique le propuso entónces a Mr. Hamilton que pasara a su canoa, cosa que aquél rechazó porque le era insoportable la insolencia del indio; prefirió mejor quedarse donde estaba, hasta que la suerte pusiese en su camino otros medios para seguir adelante: quedóse, pues, allí i solo algunos meses mas tarde volvimos a verlo.

En seguida continuamos hácia el norte, avanzando lentamente; i como las peripecias i dificultades que diariamente teníamos que pasar eran solo una repetición de las que ya he mencionado, solo diré que por fin arribamos a una isla situada a unas treinta leguas al sur de Chiloé. Aquí pasamos dos dias en espera de una oportunidad favorable para cruzar la bahía, cuyo solo pensamiento atemorizaba a nuestro cacique hasta hacerle perder los sentidos. I, en verdad, habia sobrado motivo para sus aprehensiones: para cualquier bote abierto habria sido una temeridad cruzar la mar tan embravecida que se habia levantado, i mucho mas para una embarcación tan frágil como la nuestra. Al cabo, despues de persig-narse una hora entera, se resolvió a hacer la tentativa, preparando una especie de vela al tercio con los pedazos de lona que llevábamos. Entónces, nos hicimos a la mar, i nos ocurrió un accidente terrible. El tablon del fondo de la canoa estaba partido i se abria a cada golpe de

ola; ademas, el agua se nos entraba continuamente por la borda, de manera que puede decirse que nos tapó durante todo el viaje, a pesar de que todas las manos se ocupaban en vaciarla sin descansar un momento. Cuando íbamos acercándonos a tierra, el cacique, aterrorizado con el viaje, quiso desembarcar cuanto ántes, i a no haber sido por nosotros no habria quedado alma con vida; porque nos habia metido mui cerca de unas rompientes, donde el mar iba a estrellarse con tal violencia contra las rocas que ni un solo indio hubiese escapado, tanto mas cuanto que ya era de noche. Nos mantuvimos mar afuera hasta que ganamos aguas mas tranquilas i desembarcamos en la isla de Chiloé, en una rejion que no estaba deshabitada. Allí pasamos todo el dia siguiente, con una gran nevazon, para tratar de reponernos un poco de las fatigas del viaje; pero, el frio era tan excesivo que, como no teníamos medias ni zapatos, nos parecia que íbamos a perder los piés. El capitán Cheap estaba tan mal que no habria podido resistir si hubiese tenido que ir unas pocas leguas mas allá sin haber tomado algun descanso. Pero, a Dios gracias, nuestras desgracias iban ya en gran parte a tocar a su fin.

Nuestro cacique enterró en el suelo cuanto traia de los restos del naufragio, a fin de ocultarlos a los españoles, que no le hubieran dejado ni un clavo mohoso si lo llegasen a sospechar. Al caer la tarde, zarpamos otra vez, i como a eso de las nueve de la noche, divisamos, con gran contento nuestro, algo que tenia la apariencia de una casa. Pertenecia a unos amigos de nuestro cacique, i como éste tenia en su poder mi escopeta i habíamos

conservado como una carga de pólvora, nos pidió que se la cargásemos i le enseñáramos a disparar: entónces, poniéndose de pié, i echando la cabeza hácia atras lo mas que pudo, disparó, yendo a caer de espaldas al fondo de la canoa. Los indios de la casa que no estaban absolutamente acostumbrados a las armas de fuego, salieron escapados a ocultarse en los bosques. Solo un rato mas tarde, se asomó a una colina uno de ellos, mas valiente que los demas, i comenzó a gritarnos preguntando quiénes i qué éramos. Nuestro cacique se dió entónces a conocer, i al instante vinieron al bote trayéndonos pescado i una gran cantidad de patatas. Esta era la comida mas confortable que hubiésemos hecho durante tan largos meses; en cuanto la hubimos despachado, seguimos bogando unas dos millas mas allá, en direccion a un pequeño caserío donde desembarcamos.

En cuanto llegó, nuestro cacique comenzó a despertar con gran ruido a todos los habitantes, i obligó a uno de ellos a abrírnos su puerta i a encender inmediatamente una gran fogata, porque, como estábamos en Junio, en todo el rigor del invierno de esta rejion, el tiempo era terrible. Los indios vinieron a agruparse en gran número a nuestro alrededor, i parecían compadecernos profundamente a medida que nuestro cacique les referia la parte de nuestra historia que él conocia. No supieron de qué nacionalidad éramos, ni pudo informarlos nuestro guía sobre el particular, aun cuando frecuentemente nos habia preguntado si éramos franceses, holandeses o ingleses, únicas naciones de que habia oido hablar ántes a los españoles. Siempre le habíamos contestado que éra-

mos de la Gran Bretaña, con lo que poco adelantaba, pues temíamos que si llegaba a saber que éramos ingleses, no nos habria conducido jamas a Chiloé, porque habia oido que esta nacion estaba en guerra con los españoles.

Estos bondadosos i compasivos indios parecian disputarse entre ellos a quién nos prodigaba mas cuidados. Tendieron junto al fuego una cama de cueros de carnero, en la cual recostaron al capitan Cheap, que no hubiese sobrevivido mas de tres dias a no haber tenido los solícitos cuidados que le prodigaron. Aunque ya era cerca de media noche, salieron a matar una oveja, con la cual hicieron un caldo, i cocieron una gran tortilla de cebada. Nadie podrá imaginarse qué les pareceria este tratamiento a unos desdichados que durante tan largo tiempo no habian probado ni un bocado de pan ni ninguna clase de comida. Cuando ya no pudimos comer mas, nos fuimos a dormir junto al fuego, que los indios se cuidaron de mantener encendido. En la mañana vinieron las mujeres de aquí i de allá trayendo cada cual alguna cosa. Casi todas traian en la mano un pucherito que contenia un caldo de ave o de cordero, patatas, huevos i otros comestibles. Nos pusimos a devorar, como si no hubiésemos comido nada la noche anterior, i en eso lo pasamos la mayor parte del dia. En la noche, comenzaron a llenar la casa los hombres, que nos traian algunos jarros de un licor que llaman chicha, hecho de granos de cebada, algo parecido a nuestra cerveza de avena en el gusto, que intoxica a los que lo beben en abundancia pero que no produce efecto bebida en corta cantidad. En cuan-

to despachamos la bebida, nos trajeron una nueva provision de víveres frescos; i de esta manera pasamos todo el tiempo que permanecemos entre estos hospitalarios indios.

Estos indios son fuertes i bien formados estremadamente hermosos de facciones, tanto hombres como mujeres, i mui cuidadosos del aseo de sus personas. El traje de los hombres lo forma un pedazo cuadrado de paño, que llaman poncho, hecho jeneralmente de tiras de diferentes colores, que tiene en el medio una abertura suficiente para que pase la cabeza, de manera que se sujete en los hombros, cubriéndoles la mitad el pecho i la otra mitad la espalda; debajo del poncho llevan una especie de camisa corta, de franela, sin mangas ni cuello. Usan unos calzones anchos, hasta la rodilla, parecidos a los de los marineros holandeses, i en las piernas se ponen una especie de polainas tejidas, sin planta; nunca se ponen zapatos. El pelo se lo peinan siempre mui liso, i se lo amarran junto al cuello, formando un moño bien apretado: algunos usan un sombrero mui limpio, hecho por ellos mismos, i los demas van a cabeza desnuda. Las mujeres usan unas camisas sin mangas parecidas a las de los hombres; i encima, un pedazo cuadrado de paño que se prenden delante con un gran alfiler de plata, i ademas un zagalejo a listas de diferentes colores: como los hombres, cuidan mucho de su cabellera, i tanto las unas como los otros llevan un cintillo mui apretado a la frente i anudado por detras; en una palabra, estos indios eran tan aseados cuanto eran de bestiales las demas tribus salvajes que ántes habíamos encontrado. En cuanto lle-

gamos, despacharon un mensajero para el correjidor español de Castro, ciudad situada a considerable distancia de allí, para informarle de nuestro arribo. A la vuelta de tres días, regresó el hombre con una orden para que los principales caciques de los indios, entre quienes nos hallábamos, nos condujesen directamente a cierto lugar donde se encontraría una patrulla de soldados para recibirnos.

Al imponerse por el mensajero de los preparativos que se hacían para recibirnos, la pobre jente pareció sufrir una viva congoja por nuestra suerte, porque la soldadesca española les inspira un gran terror. Manifestaron muchos deseos de saber de qué nacionalidad éramos. Les dijimos que éramos ingleses i que estábamos en guerra con los españoles; al oírlo, parecieron simpatizar mas con nosotros, i creo que no nos hubiera ocurrido ningun daño si se hubiesen atrevido a ocultarnos entre ellos. Distan tanto de interesarse por los españoles, que detestan hasta el nombre de éstos. I, en realidad, no hai por qué sorprenderse de ello; porque los mantienen bajo tal sujecion, en una esclavitud tan laboriosa, a fuerza de castigos i malos tratamientos, que llega a parecer la cosa mas absurda del mundo cómo pueden los españoles confiar en el concurso de esta jente para cualquier emergencia.

En la tarde nos embarcamos i se hizo de noche ántes de que llegásemos al lugar donde debíamos ser entregados a los guardias españoles. Salieron a encontrarnos tres o cuatro oficiales i un peloton de soldados, todos con las espadas desenvainadas, i nos rodearon como si tuviesen que custodiar a un enemigo formidable, en vez de

tres pobres diablos desamparados que apenas si podíamos con nuestros cuerpos, a pesar de la buena vida de que habíamos disfrutado entre los bondadosos indios. Nos condujeron hasta la cumbre de un cerro; allí nos metieron bajo un cobertizo, que consistía en un puro techo de paja sin murallas ni divisiones, i donde tuvimos que acostarnos en el helado suelo. Toda clase de jente comenzó a venir a mirarnos como cosa rara; solo las mujeres indias no venian con las manos vacias: siempre nos traian aves, cordero, o cualquiera clase de provisiones, con lo que pasábamos bastante bien. Sin embargo, notábamos una diferencia mui sensible entre el tratamiento que nos habian dado los indios, i el que ahora probábamos con los españoles: con aquéllos teníamos completa libertad para hacer lo que queríamos; mientras que aquí, si queríamos ir siquiera a unas diez yardas de distancia para ver modo de librarnos un poco de los piojos que nos devoraban, teníamos al lado a dos soldados con la espada desenvainada que nos vijilaban.

A los tres dias, vino a vernos un jesuita de Castro, movido, nó por la compasion, sino por la noticia que habia divulgado nuestro cacique de que traíamos cosas de gran valor. Habiendo visto por casualidad que el capitan Cheap sacaba un reloj de oro, de repeticion, lo primero que hizo el buen padre fué sacar de su bolsillo una botella de aguardiente i darnos a beber un trago para alentar nuestra confianza. Luego abordó francamente el punto, preguntándonos si no habíamos salvado algunos anillos o relojes. El capitan Cheap declaró que él no tenía nada, sin sospechar que el indio le hubiese visto el

reloj por mas cuidado que habia puesto para ocultarlo de su vista; pero sabiendo que Mr. Campbell tenia un reloj de plata que habia pertenecido al cirujano, le insinuó que se lo regalara al jesuita, diciéndole al mismo tiempo que, como estos padres tenian gran influencia i autoridad, el regalo podia reportarnos mas tarde algun servicio. Hízolo así Campbell mui contra su voluntad, i no mucho despues recibió del padre un irrisorio presente que no valdria ni la cuarta parte de la argolla del reloj. Despues supimos que la cosa habia llegado a oídos del gobernador, quien se habia enojado muchísimo, pensando que si alguna cosa de esa clase se podia lograr, habia de corresponderle a él de derecho, i no que fuesen los jesuitas a aprovecharse de la ocasion.

Poco despues, el oficial de guardia nos informó que habia llegado una órden para que se nos condujera a Castro. En la tarde nos llevaron a la costa, donde nos metieron en una embarcacion de varias que nos esperaban llenas de soldados i que debian escoltarnos. Cerca de las ocho de la noche estábamos frente a la ciudad. Todos los botes largaron los remos, i se pasó un gran rato en saludos i en pedir las llaves como si se tratase de una regular fortaleza. Despues de algun rato, desembarcamos; pero no pudimos ver ni puertas ni murallas, ni cosa alguna que tuviese la apariencia de una guarnicion. Comenzamos a subir una colina escarpada que lleva a la ciudad, i a todo el largo del camino habia una fila de hombres que, en vez de mosquetes, tenian al brazo unas escobas i en la mano antorchas encendidas. Cuando llegamos a la casa del correjidor, la encontramos llena de

jente. Era el correjidor un viejo mui alto, que usaba peluca trenzada sin ningun bucle, llevaba puesta una larga capa i le colgaba al cinto una espada de descomunal tamaño. Nos recibió con gran formalidad i ceremonia; pero como no teníamos intérprete, bien poco o nada pudimos entender de las preguntas que nos dirijia. Ordenó que se nos preparara una mesa con aves i jamon frio; sentámonos a ella los tres solos, i en corto tiempo nos despachamos mas que lo que habrian comido diez hombres con un apetito regular. Es sorprendente que no nos hayamos muerto de comer con tal exceso desde la primera vez que nos encontramos con aquellos indios jenerosos: nunca nos satisfacíamos, i durante largos meses, acostumbábamos aprovechar todas las oportunidades para llenarnos los bolsillos, miéntras no éramos vistos, i de noche nos despertábamos dos o tres veces para darnos sendos atracones. El capitan Cheap declaraba con frecuencia que habia perdido la vergüenza.

Acabada la cena, el correjidor nos llevó al colejio de los jesuitas, escoltándonos los soldados i toda la juntuza de la poblacion. Este iba a ser por ahora nuestra prision, miéntras se recibian órdenes del gobernador que residia en Chacao, a treinta leguas de esta plaza. En cuanto llegamos al colejio, el correjidor recomendó al jefe de los jesuitas o padre provincial, como ellos lo denominan, que viese a qué relijion pertenecíamos, o si no teníamos ninguna. Retiróse en seguida, se cerraron las puertas i se nos condujo a una celda. Adentro encontramos unas como camas tendidas en el suelo, i una camisa vieja i rota, pero limpia, para cada uno, que nos fueron

de grandísima utilidad: ni la primera comida que me dieron me produjo la mitad de la satisfaccion que este tesoro de camisa vieja. Aunque el colejio era mui estenso, solo habia cuatro jesuitas en él, i eran los únicos que residian en la isla. En la mañana, el padre provincial mandó buscar al capitan Cheap; tuvieron una conversacion en latin, que probablemente no fué de lo mejor por ámbas partes, pero que les permitió, sin embargo, darse a entender. Cuando volvió, nos dijo que los buenos padres seguian averiguando qué cosas de valor podíamos haber salvado i conservábamos ocultas, insistiendo en que si teníamos algo de esa especie, lo mejor que podíamos hacer era entregárselas a ellos. Parecia que la relijion estaba por ahora fuera de cuestion; pero uno o dos dias mas tarde, al tener noticia el correjidor de que éramos herejes, recomendóles a los jesuitas que nos convirtieran, a lo cual uno de ellos le respondió que seria una broma intentararlo, porque no tendríamos en la isla cosa alguna que nos indujese a cambiar de relijion; pero que si llegáramos a Chile, pais tan delicioso donde no hai mas que diversiones i recreos, habríamos de convertirnos mui luego. Pasábamos encerrados en la celda hasta que la campana llamaba a comer; entónces nos conducian a una sala donde habia una mesa para los padres i otra para nosotros. Despues de una larga oracion en latin, nos sentábamos a la mesa i cada cual comia lo que le servian delante, sin que de una mesa a la otra se cambiara una palabra. En cuanto acabábamos, venia otra larga oracion, que no nos parecia, sin embargo, tan fastidiosa como la primera. Así pasamos ocho dias, sin movernos para

afuera; durante todo este tiempo podia uno imaginarse que estaba fuera del mundo, porque, esceptuando la campana de la comida, reinaba en todo un silencio tan absoluto como si el lugar hubiese estado deshabitado.

Como a los ocho dias, poco ántes de que oscureciese, oimos que llamaban con violentos golpes a la puerta; apenas la abrieron, entró un oficial jóven, de botas i espuelas, que dió aviso a los padres de que venia enviado por el gobernador para que nos condujera a Chacao. Este jóven era hijo del gobernador; por cuyo motivo habia obtenido que lo mandaran en comision a la isla para estar cerca de su padre. Debian haberlo puesto mas bien a la escuela, porque era un mequetrefe vanidoso e ignorante, mal querido en toda la isla.

Despues que nos despedimos de los jesuitas, que me imagino no habian de sentir mucho verse libres de nosotros ya que habian salido fallidas sus expectativas, nos pusimos en marcha, encontrándonos afuera con unos treinta soldados de a caballo que nos esperaban. Cabalgamos esa noche cerca de ocho millas, hasta que llegamos a una estancia o casa de campo, de propiedad de una señora de edad, que tenia dos hijas mui hermosas. Pasamos allí mui bien, i nos pareció que la buena señora sentia por nosotros una viva compasion. Le preguntó al hijo del gobernador si le parecia que su padre se opondria a que yo pasara un mes en la hacienda en su compañía. Como era ella una persona de categoría en la isla, contestóle que iba a comunicarle sus deseos a su padre i que no dudaba que éste habria de complacerla.

Al entrar los soldados a la casa, observé que ninguno

iba con zapatos, sino que llevaban unas polainas sin planta, como las de los indios. Todos llevaban puestas unas enormes espuelas, unas de plata, otras de cobre, que cuando andaban les sonaban lo mismo que cadenas. Todos eran hombres fornidos, de gallarda presencia, como lo son por lo jeneral los españoles nacidos en la isla.

Despues de la cena, nos tendieron unos cueros de oveja junto al fuego para que nos acostáramos a dormir. Por la mañana temprano montamos de nuevo a caballo; i despues de correr algunas millas, llegamos a la costa donde nos esperaban unas cuantas embarcaciones en que habia varios oficiales. La mayor parte de los soldados se desmontó i se embarcó con nosotros, devolviéndose solo unos pocos con los caballos.

Pusimos tres dias ántes de llegar a Chacao, porque las mareas entre la isla i el continente son tan rápidas que ningun bote puede rendirlas. Aquí se tomaron las mismas precauciones que en Castro; atravesamos una calle llena de soldados armados como los que ántes he descrito, excepto unos pocos que realmente tenian mosquetes de mecha que son las únicas armas de que disponen aquí. Durante el viaje, los soldados nos habian hecho pomposas descripciones del palacio del rei, como ellos llamaban la casa del gobernador, de modo que nosotros esperábamos ver algo magnífico; pero, resultó que aquello no era sino un granero techado i dividido en varios departamentos.

El gobernador estaba sentado junto a una gran mesa cubierta con un pedazo de sarga colorada, i le rodeaban sus principales oficiales. Al cabo de un rato, el gobernador nos hizo sentar, tratando de conversar con nosotros

por medio de su intérprete, que era un viejo estúpido que no podía espresarse en inglés ni en español, a pesar de que decía haber nacido en Inglaterra, donde había residido cerca de cuarenta años, i que siendo pirata cayó prisionero de los españoles cerca de Panamá. El gobernador nos retuvo a cenar, i despues se nos condujo a traves del patio a nuestro departamento, que era una pieza que había servido para guardar la leña destinada a la cocina del gobernador, pero que nos pareció sin embargo un escelente alojamiento. Para evitar que nos saliésemos, había un soldado apostado a la puerta, con la espada desenvainada; precaucion enteramente innecesaria porque no habríamos sabido a dónde ir si hubiésemos estado en libertad. Uno de estos soldados le cobró gran aficion a mi desastrado grieko, en cambio del cual me dió un poncho, aquella prenda de vestir que usan los indios i que tiene en el medio un agujero para pasar la cabeza, segun lo he referido anteriormente; i por el pedazo de chaleco que me quedaba me dió un par de calzones. Si hubiese tenido otra camisa, me habría hallado mejor vestido que nunca.

A la tarde del siguiente dia, el gobernador nos mandó buscar i comimos en su mesa; despues volvimos a nuestro alojamiento, donde nunca estábamos solos, porque todos tenían curiosidad de vernos. De esta manera pasamos una semana, hasta que nos quitaron el centinela i se nos permitió dar un vistazo a los alrededores, aunque sin salir del palacio, como se ufanaban en llamarlo.

Todos los dias comíamos con el gobernador; pero no

nos gustaban mucho sus dias de ayuno que se sucedian rápidamente unos a otros. Trabé amistad con su mayordomo i su cocinero, gracias a lo cual llegaba siempre con los bolsillos llenos a mi departamento, donde pasaba el tiempo mui agradablemente. Poco despues nos permitieron salir a dar un paseo por la ciudad i que fuésemos a donde nos gustara. Todas las casas se nos abrieron; i aunque apénas hiciera una hora que habíamos comido, siempre nos disponian una mesa, pensando que nunca comeríamos lo bastante despues de todo lo que habíamos sufrido; i en verdad, que nosotros éramos de la misma opinion.

X Por lo jeneral, estas jentes son mui caritativas i de buena índole, pero mui ignorantes i gobernadas por los frailes que les hacen creer lo que a ellos les conviene. Aquí se habla mucho la lengua india, aun entre los mismos españoles; dicen que la encuentran mas bonita que su propio idioma. Las mujeres tienen la tez fina i muchas de ellas son mui hermosas; tienen buenas voces i pueden puntear un poco en la guitarra: pero, tienen la fea costumbre de fumar tabaco, que es aquí un artículo mui escaso, por lo cual lo consideran como un gran obsequio cuando se visitan entre ellas. La dueño de casa entra con una gran pipa de madera cargada de tabaco; i despues de dar con fuerza dos o tres chupadas, mete la cabeza debajo de la capa, a fin de que no se escape nada de humo, i entónces lo aspira; poco rato despues, se la ve echando humo por boca i narices. Entónces le pasa la pipa a la señora que tiene al lado, que hace lo mismo, i así circula la pipa por toda la reunion.

No usan las chimeneas, sino que encienden fuego en medio de las piezas; en cada esquina del techo hai un agujerito para dar salida al humo. Solo las personas acomodadas pueden comer pan de trigo, grano que se produce mui poco por aquí i no existen molinos para molerlo; pero, en cambio, hai en gran abundancia las patatas mas hermosas del mundo; despues de asadas en un rescoldo, las pelan i las sirven en las comidas en lugar de pan.

Crian mucho el chanco, i abastecen a Chile i al Perú con sus jamones. No escasean las ovejas, pero las vacas no son mui numerosas, debido en gran parte a la indolencia de los habitantes para rozar los bosques: si se die-
ran el trabajo de hacerlo, tendrian abundantes pastoreos para el ganado. Su comercio consiste en jamones, manteca de puerco, que se usa en todo Sud América en vez de la mantequilla; madera de cedro, que los indios se ocupan en cortar al pié mismo de la cordillera; cofrecitos tallados, que las damas españolas emplean para guardar sus labores; carpetas, colchas i ponchos. Estos son mui usados en Chile i en el Perú, tanto por las personas de primera calidad como por la jente de condicion inferior, sobre todo como prenda de montar, i los jinetes los prefieren a cualquier casaca.

Cuentan con el que llaman el buque anual de Lima porque nunca esperan mas de uno al año, aunque ha habido veces que han llegado dos buques, i otras ocasiones han trascurrido dos o tres años sin que arribe ninguno.

Cuando esto sucede, sufren mucha escasez, porque el buque les trae bayetas, paños, lienzo, sombreros, cintas,

tabaco, azúcar, aguardiente i vino, aunque éste viene en su mayor parte destinado al consumo de las iglesias: tambien es un artículo mui necesario la yerba-mate, yerba del Paraguai que se usa en toda la América del sur en lugar del té. La mayor parte del cargamento del buque viene consignado a los jesuitas, que tienen mas indios empleados en su servicio que todos los demas habitantes juntos, monopolizando por consiguiente casi todo el comercio.

En la isla no hai moneda corriente. Si una persona necesita unas cuantas yardas de lienzo, un poco de azúcar, tabaco o cualquiera de las cosas que vienen del Perú, da en cambio tantas tablas de cedro, tantos jamones o tantos ponchos. Algun tiempo despues de haber llegado nosotros aquí, arribó a la bahía un paquebote procedente de Lima, lo que produjo un gran contento en la poblacion, porque el año ántes no habia venido ningun buque a causa de la alarma que produjo la presencia de Lord Anson en la costa. El paquebote no era el buque anual, sino uno de los que, como he dicho, arribaban inesperadamente. Su capitan era un viejo mui conocido en la isla, donde, treinta años atras, habia sido comerciante durante unos dos o tres años. Tenia la cabeza notablemente grande, por cuyo motivo se le conocia comunmente con el sobrenombre de Cabeza de Toro. X

No hacía todavía una semana que habia llegado, cuando un dia se dirijió donde el gobernador i le dijo con aire mui lastimero que, desde su arribo a la bahía no habia podido dormir una pestañada, a causa de que el gobernador tenia a bien permitir que prisioneros ingleses

se pasearan en completa libertad por todas partes, en vez de mantenerlos encarcelados; i que le parecia que de un momento a otro iban a abordarle su buque i zafar con él. I esto lo decia teniendo mas de treinta hombres a bordo. Aseguróle el gobernador que él se hacia responsable de nuestra conducta i que podia en consecuencia dormir tranquilo; miéntras tanto, no podia dejar de reirse de aquel hombre, como lo hizo todo el mundo en la ciudad. Estas seguridades no satisficieron al capitan: activó lo mas que pudo la entrega de su cargamento, i se hizo nuevamente a la mar, sin sentirse en salvo hasta que perdió de vista la isla. Solo tres meses despues llegó Mr. Hamilton, recojido por una patrulla que al efecto despachó para el sur el gobernador. Cuando llegó, venia en la mas miserable condicion; pero, luego se repuso con la buena vida que encontró aquí.

~~X~~ Es costumbre que el gobernador haga todos los años una jira por los diversos distritos que pertenecen a su gobierno; i en esta ocasion nos hizo que le acompañáramos. Carelmapu fué el primer lugar que visitó, i de allí se dirigió a Castro. En estos lugares tiene una especie de consejo: todos los caciques principales se reunen ante él para informarle sobre lo que ha ocurrido desde su última visita i recibir nuevas órdenes para el año que viene. En Castro tuvimos la misma libertad de que gozábamos en Chacao, i visitamos a todo el mundo. Parecia que habian olvidado todas las ceremonias que gastaron cuando desembarcamos allí por primera vez i que habian tenido por objeto hacernos creer que la plaza estaba formidablemente fortificada, porque ahora nos dejaron ver sencilla-

mente que no tenían ni un cañon. En Chacao existe una pequeña fortaleza de tierra, con una zanja i una empalizada que la rodean, i unos pocos cañones amohosados i sin cureñas, que no servirían para la mas mínima defensa de la bahía. Mientras estábamos en Castro, la vieja señora en cuya casa alojamos la primera noche que salimos del colejio de los jesuitas, mandó donde el gobernador a rogarle que me permitiese ir a pasar unas cuantas semanas en su casa: consintió en ello el gobernador i en consecuencia me fui allá i pasé mui agradablemente en su compañía cerca de tres semanas, porque parecia tenerme tanto cariño como si fuese hijo suyo. Pocos deseos tenia de dejarme partir otra vez; pero el gobernador, que tenia apuro por volver a Castro, mandó en busca mia i tuve que dejar a mi benefactora mui a mi pesar.

Entre las casas que visitábamos en Castro, habia una que pertenecia a un anciano sacerdote, considerado como una de las personas mas ricas de la isla. Tenia una sobrina, a quien queria estremadamente i que debia heredarle cuanto poseia. Habia atendido con gran cuidado a la educacion de su sobrina, que todos apreciaban como una de las señoritas mas cumplidas de Chiloé. Sin ser lo que se llama una belleza regular, tenia la niña mui buena presencia. Esta señorita me hizo el honor de interesarse por mí mas de lo que yo merecia, i le propuso a su tio que me convirtiese, pidiéndole despues su consentimiento para casarse conmigo. Como el viejo estaba chocho con ella, accedió fácilmente, i, en consecuencia, a la primera visita que le hice, dióme a conocer la propuesta de la jóven i su aprobacion, llevándome al mismo tiempo

a una pieza donde habia varios cofres i cómodas, cuyas cerraduras abrió: primero me mostró qué cantidad de lindos vestidos tenia su sobrina, i en seguida su propio guardaropa, que, a su muerte, pasaria a ser mio. Entre otras cosas, sacó una pieza de lienzo que, me dijo, mandaria inmediatamente que me la convirtiesen en camisas para mí. Confieso que este último artículo me tentó sobremanera; pero tuve la resolucion de resistir, i empleé las mejores escusas que pude para no aceptar el honor que pretendian hacerme. Ya en este tiempo, yo podia hablar el español lo bastante bien para hacerme entender. *X* *Sigue*

Entre los indios que habian venido a encontrar al gobernador, habia algunos caciques de los indios que tan bondadosamente nos recibieran cuando por primera vez desembarcamos en Chiloé. Parece que uno de los mas jóvenes de ellos habia cometido no sé qué falta, por cuyo motivo le habian remachado unos grillos i amenazado con castigarle mas severamente. No pudimos saber cuál era su falta o si el gobernador procedia así únicamente para demostrarnos su poder sobre los jefes indios; con todo, la situacion de este joven, que habia sido mui solícito con nosotros, nos conmovió grandemente, i rogamos al capitan Cheap que intercediese en su favor con el gobernador. Así lo hizo, i el cacique fué perdonado; advirtiéndole, sin embargo, el gobernador, con mucha exaltacion, que lo debia a nosotros, porque de otra manera habria dado con él un severo ejemplo. El mozo no podia temer mayor castigo, porque, como cualquier otro hombre, parece que no habia para él mayor afrenta que la de ser exhibido con grillos en la plaza pública, delante

de los demas caciques i de varios centenares de indios. No estimo este un paso mui político del gobernador, porque despues vino el cacique donde el capitan Cheap a darle las gracias por su bondad, i probablemente por muchos años seguiria recordando a los ingleses. i este recuerdo no lo habrá guardado él solo, sino que tambien los demas caciques que presenciaron la escena i que parecian mas afectados que el mismo jóven, si cabe.

Luego regresamos a Castro, donde el gobernador nos comunicó que en cuanto llegara el buque anual de Lima, que era esperado en Diciembre, nos iban a embarcar en él con destino a Chile.

Miéntas vivimos aquí, sentimos varios temblores. Un dia sucedió que miéntas estaba de visita en una casa donde me apreciaban mucho, llegó un indio que vivia a algunas leguas de distancia de la ciudad i que habia hecho tan largo viaje para comprar unas bagatelas que necesitaba; entre otras cosas, llevaba unas estampas de santos. Mui ufano con ellas, las sacó i las puso en manos de las señoras, que se santiguaron mui devotamente con ellas i en seguida las besaron; en seguida me las pasaron a mí, diciéndome que, seguramente, como yo era un he-reje no querria besarlas. No se engañaron en sus conje-turas; porque las devolví al indio sin ninguna ceremonia. En el mismo momento, sintióse el violento choque de un temblor, que atribuyeron unánimemente a la cólera de los santos, i todos abandonaron la casa con la mayor prontitud que pudieron, ántes que les aplastara la cabeza. Por mi parte, en cuanto estuve fuera de la casa, tomé el camino mas corto hácia la mia, de temor que no fuera a

romperme la crisma el populacho, que miraba en mí la causa de aquel desastre, i ya no volví mas a aquella casa hasta que todo se hubo olvidado. *X - hasta aquí*

Hai aquí una buena bahía; pero para los que no la conocen, la entrada es mui peligrosa, porque las mareas son estremadamente rápidas i por las rocas ocultas que hai en el canal intermedio. La isla tiene un contorno aproximado de setenta leguas, cuyo centro está mas o ménos a 40° 20' de latitud sur, i es la posesion mas austral que tienen los españoles en estos mares.

El verano no es de larga duracion, i la mayor parte del año reinan fuertes vientos i llueve abundantemente. Frente a la isla, en la Cordillera, existe un volcan que arde en ciertas épocas con gran furia i está sujeto a violentas erupciones. Una de éstas alarmó a la isla entera, miéntras estábamos allí: se dejó sentir de noche i parecia aquello el estampido de grandes cañonazos.

Por la mañana, el gobernador montó a caballo i se puso a correr de aquí para allá, entre su casa i el fortin de tierra, diciendo que eran los ingleses que venian; pero que él les haria una calurosa recepcion, dando a entender, me parece, que les habia dejado un buen fuego en su casa, porque estoi seguro que en cuanto hubiera visto algo parecido a un buque ingles, inmediatamente hubiese arrancado a la montaña.

X Rara vez acostumbran las damas de la primera sociedad ponerse medias i zapatos para andar por casa; de ordinario, las guardan para ponérselas en ocasiones particulares. Con frecuencia las he visto llegar a la iglesia, que está frente a la casa del gobernador, a pierna pelada,

andando por el barro i por el agua; ponerse sus medias i zapatos a la puerta de la iglesia, i quitárselos de nuevo al salir. Aunque por lo jeneral son hermosas i tienen bonito cutis, muchas se pintan de una manera tan ridícula, que es imposible dejar de reirse en su misma cara cuando uno las mira. ✕

El gobernador que encontramos aquí era natural de Chile. El gobierno, que es designado por aquella presidencia, dura tres años, lo cual parece un largo destierro a los gobernadores, que ganan poco sueldo, si bien sacan del puesto todo el partido que pueden. Las ciudades de Castro i de Chacao consisten únicamente en unas cuantas casas aisladas, sin ninguna calle regular, si bien ambas tienen su plaza, como la tienen todas las ciudades españolas. La poblacion de Chacao es mui escasa, excepto en la época en que llega el buque de Lima; entónces la jente acude en tropel de todos los puntos de la isla para comprar los pocos artículos que necesitan, i en cuanto se han despachado regresan a sus estancias o haciendas.

El buque solo llegó a mediados de Diciembre, i el 2 de Enero de 1742-3 nos embarcamos a bordo de él. Iba con destino a Valparaiso. Nos hicimos a la mar con alguna dificultad, porque la fuerza de la marea casi nos lleva sobre las rocas submarinas de que ántes he hablado. Afuera nos encontramos con el mar mui embravecido, i como el buque estaba mas cargado que un barco carbonero, el agua barria continuamente la cubierta. Era una bonita embarcacion, de unas doscientas cincuenta toneladas mas o ménos. La enmaderacion que se emplea

en la construccion de los buques en este pais, es excelente, porque dura un tiempo prodijioso; segun me aseguraron, el buque en que íbamos navegando habia sido construido hacia mas de cuarenta años. El capitan era un español que no sabia la menor cosa de asuntos de mar; el segundo capitan, o piloto, el contra-maestre i su guardian, eran los tres franceses i mui buenos marinos; el práctico era un mulato, i el resto de la tripulacion se componia de indios i de negros. Estos últimos, eran esclavos, todos hombres fornidos; pero no se les permitia nunca subir a los palos, para que no fuesen a caerse al mar i ocasionar así a sus propietarios fuertes pérdidas de dinero.

Los indios eran hombres activos, ájiles, i mui buenos marineros para ese clima. Iba con nosotros de pasajero el jefe de los jesuitas. A él i al capitan Cheap se les admitia en la cámara principal i comian en la misma mesa con el capitan i su capellan. En cuanto a nosotros, nos vimos obligados a acomodarnos en la bodega como pudimos durante todo el viaje; de manera que cuando nos cansábamos, nos íbamos al alcázar i allí nos tendíamos a dormir al aire libre, cosa que no se nos daba mucho, despues de haber pasado por situaciones peores. Vivíamos bien, comiendo con el piloto i el contra-maestre, que tenían siempre sus comidas en el alcázar, bebiendo en ellas aguardiente lo mismo que bebemos nosotros la cerveza delgada; el resto del dia lo pasábamos fumando cigarros.

El quinto dia avistamos tierra a cuatro o cinco leguas de Valparaíso; pero, despues de una calma, un fuerte mar de leva que venia del oeste comenzó a arrastrarnos rápi-

damente hacía la playa. Varias veces echamos la sonda, pero habia tanto fondo que no podíamos anclar. Cuando mas alarimados estábamos todos, el jesuita, que durante todo el viaje habia venido mareado, salió por primera vez del camarote. En cuanto se informó del peligro, fué a su camarote a sacar la imájen de no sé qué santo, i pidió que la colgaran de las jarcias de mesana; una vez hecho esto, púsose a amenazarla con que iba a tirarla al agua si luego no teníamos buen viento. Poco despues, comenzó a soplar de tierra una lijera brisa; entónces, el jesuita se llevó la imájen con aire de triunfo, diciendo que estaba seguro de que no pasaríamos mucho rato sin que tuviésemos viento, por mas que, poco ántes de que éste soplara, estabase ya dando por completamente perdido. A la mañana siguiente, anclamos en el puerto de Valparaiso. En la parte opuesta al fuerte, los buques se atracan tanto a tierra que jeneralmente tienen tres anclas en la playa, junto a la cual hai ocho o diez brazas de profundidad; pero, vienen de los cerros tales ventoleras, que si las naves no empleasen este método para asegurarse, el viento las arrastraria mar afuera. Por lo demas, esto solo dura el verano, porque en los meses de invierno ningun buque intenta llegar aquí; entónces prevalecen los vientos del norte i se forman tales olas que en pocos momentos los vararian en la playa.

El capitan español fué a visitar al gobernador del fuerte i le informó que traia a bordo cuatro prisioneros ingleses. Se ordenó que desembarcáramos en la noche, i en cuanto pusimos pié en tierra nos rodeó una fila de soldados que nos esperaban con bayoneta calada, encaminán-

donos en seguida hácia el fuerte seguidos de una numerosa muchedumbre. Fuimos conducidos ante el gobernador, cuya casa estaba llena de oficiales. Era un ciego, que nos hizo unas cuantas preguntas i en seguida no habló de otra cosa sino de la fuerza de la guarnicion que él mandaba i de que deseaba saber si habíamos notado que todos los cañones de las baterías eran de bronce. Inmediatamente despues, por órden suya, se nos metió en el calabozo de los condenados. Componíase de cuatro paredes desnudas, escepto un monton de cal que lo ocupaba en una tercera parte, i habia tal hervidero de pulgas que en un momento nos vimos cubiertos de ellas.

Cubrian la guarnicion unos cuantos soldados del almirante Pizarro, que habian desembarcado en Buenos Aires, por no haber podido éste dar la vuelta al cabo de Hornos. Se nos colocó junto a la puerta una garita de centinela, i siempre habia un soldado con bayoneta calada para impedir que nos escapáramos. La curiosidad de la jente fué tal que nuestra prision estaba llena desde la mañana hasta la noche, lo que les dejaba buenos cuartos a los soldados, a quienes cada persona les daban algun dinero por la visita. A los pocos dias se dió órden a Mr. Cheap i a Mr. Hamilton de seguir a Santiago, habiéndoseles reconocido como oficiales, gracias a que ámbos habian salvado sus despachos; Mr. Campbell i yo debíamos continuar en la prision. El capitan Cheap manifestó un gran pesar al dejarnos: díjome que era algo que habia temido siempre, que fueran a separarnos cuando llegásemos a este pais; pero, me aseguró que si se le permitia hablar con el presidente, no dejaria de rogarle hasta que consi-

guiése que me llevaran junto a él. No tan luego se hubieron ido, cuando nuestra suerte comenzó a empeorar. Un soldado que el gobernador habia encargado de nuestro cuidado, nos traia todos los dias unas pocas patatas mezcladas con agua caliente. Los demas soldados de la guarnicion i la jente que acudia a vernos se impusieron de la cosa i reprocharon al soldado que fuese tan cruel que así nos trataba. Su respuesta fué: «El gobernador solo me da medio real al dia por cada uno de estos hombres; qué puedo hacer yo? Es a él a quien se debe criticar; a mí mismo me duele, cada vez que les traigo este escaso alimento, ver que no se puede hacer algo mas con el poco dinero que él les concede.»

Desde ese momento comenzamos a vivir mucho mejor, i el soldado nos traia hasta frutas i vino. Dimos por sentado que nuestro caso habia sido representado al gobernador i que éste habia aumentado nuestra paga. No nos engañaban nuestras conjeturas respecto a lo primero: habíasele hecho notar que era imposible que pudiésemos subsistir con lo que él daba; a lo cual respondió que bien podíamos perecer de hambre, que él no nos daría un medio mas, porque creia que nunca llegaria a reembolsarse de lo gastado. Este caritativo razonamiento del gobernador llegó luego a oidos de todos, i entónces cada uno que iba a vernos nos llevaba alguna cosa: hasta unos arrieros sacaron sus bolsas tabaqueras, en las cuales guardan la plata, i nos dieron medio real. Todo esto quisimos dárselo a nuestro soldado, pero él nunca quiso admitirnos ni un cuartillo, diciéndonos que nosotros podíamos necesitarlo mas que él; i durante todo el tiempo que

estuvimos ahí, que fué de algunas semanas, él separaba la mitad de su paga diaria para socorrernos, por mas que tenia mujer i seis hijos i que no podia tener la menor esperanza o expectativa de recompensa. Sin embargo, dos años despues, cuando mis circunstancias mejoraron, tuve el singular placer de hacerle algun retorno.

Una noche, cuando ya estábamos encerrados, se sintió el violento remezon de un temblor. Por momentos esperábamos que el techo i las murallas de nuestra prision se nos cayeran encima i nos hicieran pedazos; i a este horror se agregaba el ruido de cadenas i las imprecaciones de la prision vecina, donde habia cerca de setenta bribones pesadamente cargados de grillos, a los cuales se les obliga aquí a trabajar en las fortificaciones, así como en otros paises se les condena a galeras. Pocos dias despues se nos dijo que el gobernador habia recibido una órden del presidente para que nos remitiese a Santiago, que está a noventa millas de Valparaiso i es la capital de Chile.

Habia por entónces en el puerto varios buques de Lima que estaban desembarcando sus cargamentos, de manera que todos los dias salian para Santiago numerosas récuas de mulas con mercaderías. El gobernador mandó buscar a uno de los arrieros i le ordenó que nos llevase con él. El hombre le preguntó que cuánto se le iba a pagar por nuestros gastos, porque el viaje iba a durar cinco dias. El gobernador le contestó que se arreglase como pudiera, que él no le adelantaria ni un cuartillo.

Despues de despedirnos de nuestro amigo el soldado,

que nos trajo todavía algunas cosas para que tuviésemos para el viaje, salimos del pueblo i caminamos cerca de quince millas el primer dia, i en la noche dormimos a campo raso, conforme a la costumbre de esta jente, que acampa donde hai abundante pasto i buena agua para las mulas. A la mañana siguiente, atravesamos un alto cerro, llamado de Zapata; i despues de atravesar una estensa llanura, pasamos otro monte mui dificil para las mulas, que llevaban de a dos fardos cada una: iban mas de cien mulas en esta récua.

Las mulas de Chile son las mejores del mundo; i aunque siempre estan viajando i no se alimentan mas que con lo que pillan en la noche, estan gordas i lustrosas como los caballos mejor alimentados de Inglaterra.

X La cuarta noche acampamos en un llano a la vista de Santiago i distante unas cinco leguas de la ciudad. A la mañana siguiente nos pusimos en marcha hácia la ciudad, i miéntras caminábamos, el arriero, que era de mui buen natural i se habia manifestado mui atento con nosotros durante todo el viaje, me aconsejó con toda seriedad que no me quedara en Santiago, donde, segun él decia, no habia mas que estravagancia, locura i vicio, sino que continuara trabajando con él como muletero, en lo cual, me decia, luego me pondria mui vaqueano; que así se llevaba una vida inocente i feliz, preferible con mucho a todos los goces que podia ofrecernos una gran ciudad como la que teníamos delante. Le dí las gracias i le dije que le quedaba mui reconocido; pero que primero probaria suerte en la ciudad, i que si no me gustaba aceptaria la oferta que tenia la bondad de hacerme. La razon que le

habia hecho formarse tan alta idea de mí, era que, como él se conducia tan atento con nosotros, yo siempre me ofrecia gustoso para ayudarlo a arriar las mulas que se le quedaban rezagadas en los estensos llanos que teníamos que atravesar; i esto es lo ménos que yo creo que se podia hacer para retornarle de alguna manera las atenciones que le debíamos.

En cuanto llegamos a Santiago, el arriero nos entregó en la puerta de palacio al capitan de la guardia, quien nos presentó despues al presidente, don José Manso. Éste nos recibió mui cortesmente i en seguida nos mandó a la casa donde estaban el capitan Cheap i Mr. Hamilton. Los encontramos sumamente bien alojados en casa de un médico escoces, cuyo nombre era don Patricio Gedd. Este caballero residia desde hacia tiempo en la ciudad i era grandemente estimado por los españoles, tanto por su pericia profesional como por sus disposiciones humanitarias. No tan luego supo que habian llegado al pais cuatro prisioneros ingleses, cuando se fué a ver al presidente i le rogó que le permitiera alojarlos en su casa. Concediósele lo que pedia, i si hubiéramos sido sus hermanos, no hubiésemos encontrado una acogida mas amistosa; durante los dos años que vivimos con él, su constante preocupacion era hacer que todo nos fuera lo mas agradable que se podia. Nos sentimos mui confundidos al pensar en el gasto que le íbamos a orijinar; pero fué en vano todo lo que le argumentamos en este sentido. En fin, para resumir su carácter en pocas palabras, puede decirse que nunca he conocido un hombre de sentimientos mas humanitarios. Dos o tres dias despues

de nuestra llegada, el presidente nos mandó a Mr. Campbell i a mí una invitacion a comer con él en palacio, donde encontraríamos al almirante Pizarro i a todos sus oficiales. Fué este un sério conflicto para nosotros, que no teníamos ropa aparente para presentarnos ni nos atrevíamos a rehusar la invitacion.

Al dia siguiente vino a vernos un oficial de la escuadra del almirante Pizarro, cuyo nombre era don Manuel de Guiror, i nos hizo oferta de unos dos mil pesos. Este jeneroso español, nos hizo su oferta sin tener mira alguna de que pudiera serle reembolsada, sino movido únicamente por el compasivo deseo de aliviarnos de nuestro actual desvalimiento. Le correspondimos con todos los agradecimientos que merecia su conducta, tan jenerosa i poco comun, i le aceptamos solamente seiscientos pesos en cambio de una libranza que le dimos por esa suma a cargo del cónsul ingles en Lisboa. Así pudimos vestirnos decentemente a la usanza española; i como estábamos en libertad bajo nuestra palabra, íbamos a divertirnos donde queríamos.

Esta ciudad está situada cerca de los 33 grados 30 minutos de latitud sur, al pié occidental de la inmensa cadena de montañas llamada las Cordilleras. Está asentada en una hermosísima llanura de mas de treinta leguas de estension. Fundóla el conquistador de Chile don Pedro de Valdivia, que trazó su plano lo mismo que el de Lima, por cuadrados o manzanas. Casi todas las casas de propiedad de jente de cierta posicion tienen un gran patio delante, con grandes puertas, i atras un jardin. Por el medio de las calles corre una acequia, con-

venientemente empedrada, que permite a los habitantes refrescar las calles o regar sus jardines cuando quieren. Toda la ciudad está estremadamente bien pavimentada. En los jardines abundan los hermosos naranjos i los floripondios i toda suerte de flores, que perfuman las casas i a veces la ciudad entera. En el medio de la ciudad se halla la plaza mayor, llamada Plaza Real, en la cual desembocan ocho avenidas. El costado poniente lo ocupan la catedral i el palacio episcopal; en el costado norte se encuentran el palacio del presidente, la real audiencia, el cabildo i la cárcel; al costado sur hai una hilera de portales a todo el largo de la cual estan las tiendas i encima una galería para ver las corridas de toros, i al costado oriente hai algunas grandes casas que pertenecen a personas de distincion; en el medio, se levanta una gran fuente de bronce.

Por lo jeneral las casas son de un solo piso, a causa de los frecuentes temblores, pero ofrecen un hermoso aspecto. Las iglesias tienen dorados i platerías mui ricas; la de los jesuitas es considerada como una obra arquitectónica sobresaliente, pero el edificio es una construccion de mucha altura para un pais tan espuesto a los temblores i donde ya ha sucedido que mas de una vez han perecido aplastados millares de personas. Al extremo oriente de la ciudad se levanta un cerro o mas bien una gran roca, que llaman el Santa Lucia, desde cuya cumbre se divisa toda la ciudad i los campos vecinos en una estension de muchas leguas, que ofrecen un delicioso panorama.

Las estancias o casas de campo son mui pintorescas i

tienen por lo jeneral una linda plantacion de olivos i grandes viñas. En mi opinion, el vino de Chile es tan bueno como el Madera, i se produce en tanta cantidad que se vende a precios sumamente baratos. El suelo de este pais es tan fértil, que los labradores no tienen que hacer gran cosa; porque con que escarben un poco la tierra, i sin emplear ningun abono, les rinde el céntuplo. Sin duda alguna, el trigo de Chile es el mas rico del mundo i todas las variedades de frutas son esclentes. El ganado es tan barato, que uno puede comprarse una hermosa vaca por tres pesos i una oveja gorda por dos pesetas. Los caballos son estraordinariamente buenos, i aunque algunos alcanzan grandes precios, es fácil adquirir uno bastante bueno por unos cuatro pesos, o sea diez i ocho chelines de nuestra moneda. Tiene que ser un indio mui pobre el que no posea sus cuatro o cinco caballos; i no hai en el mundo mejores jinetes que los chilenos, lo que no es de estrañar porque jamas se resuelven a andar de a pié mas de unas cien yardas. Llevan siempre el lazo amarrado a la silla: el lazo es una larga tira de cuero, que en el extremo tiene un nudo corredizo i cuyo uso es mas jeneral que el de ninguna otra arma, porque con él estan seguros de sujetar a cualquier caballo o toro bravo a toda carrera, i de la pata que quieran. Todos sus caballos los tienen amaestrados al lazo, de manera que en cuanto siente el caballo que está tirante el lazo, da una revuelta, i como el otro extremo va bien amarrado a la silla, la bestia así laceada cae por el suelo; entónces el cazador la hiere o la asegura de la manera que le parece mas conveniente. Estos hombres

son tan diestros que recojen del suelo un guante o un pañuelo, yendo a todo el galope del caballo, i los he visto montarse a la grupa de toros salvajes sin que todos los esfuerzos de la bestia los hayan podido voltear.

Este pais produce toda clase de metales; es famoso por el oro, plata, hierro, estaño, plomo i mercurio; pero, no es conocido el beneficio de algunos de ellos, especialmente el del mercurio. Surte de cobre al Perú i manda igualmente una gran cantidad a Europa.

El clima de Chile lo creo el mejor del mundo. Lo que llaman su invierno no dura mas de tres meses, i todavía es mui moderado, como puede juzgarse por la manera de edificar, ya que las casas no tienen chimeneas. Todo el resto del año es delicioso, porque si bien desde las diez u once de la mañana hasta las cinco de la tarde hace bastante calor, las noches i las mañanas son frescas i agradables. En la época mas calurosa del año, las familias acostumbran reunirse desde las seis de la tarde hasta las dos o tres de la mañana para pasar el tiempo entre la música i otras diversiones. En estas reuniones se reparten bebidas heladas, que se preparan fácilmente gracias a la abundancia de nieve que proporciona la vecindad de la cordillera. Las intrigas no escasean en estas fiestas, porque no se piensa en otra cosa durante todo el año. Los fandangos son mui agradables: las mujeres bailan inimitablemente bien i con mucha gracia. Todas nacen con un oido privilegiado para la música, i hai muchas que tienen voces deliciosas; ademas, tocan mui bien el harpa i la guitarra. El harpa, al principio, parece un instrumento horrible para la mujer; pero, luego desapa-

rece el prejuicio porque, comparadas con las mujeres de otros pueblos, sobresalen en el arte de tocarla. Las damas son estremadamente corteses i complacientes, i cuando se les pide que toquen, que canten o que bailen, lo hacen sin vacilar un momento i con muchísima gracia. Bailan varios bailes de figuras, pero el que mas les agrada es uno que se puede comparar a nuestro *hornpipe*, en el cual despliegan una asombrosa actividad.

Las mujeres son notablemente hermosas i mui extravagantes para vestirse. Llevan sumamente largo el cabello, que es de lo mas abundoso que se puede concebir, sin ponerse en la cabeza otros adornos que unas cuantas flores; se lo peinan atras en cuatro trenzas que enroscan en una horquilla, la cual luce en cada estremidad una rosa de diamantes. Sus camisas estan llenas de encajes, i sobre ellas se ponen un pequeño corpiño mui ajustado. Las basquiñas son abiertas adelante i dobladas las faldas para atras, i van adornadas comunmente con tres hileras de riquísimos galones de oro o plata. En el invierno se ponen una chaqueta de paño recamado de oro o plata, que en el verano es del lienzo mas fino, cubierto de los mas preciosos encajes de Flandes. Las mangas de estas chaquetas son inmensamente anchas. Cuando el aire está mui frio, se echan encima una capa, que es solo de bayeta de los mas liudos colores, i toda rodeada de galones. Cuando salen de casa, se ponen un velo arreglado de tal modo que solo se les ve un ojo. Tienen el pié mui chico, i se precian de esto tanto como los chinos. Se calzan zapatos calados i recortados; las medias son de seda, con adornos de oro i plata; i les gusta mucho dejar ver

colgándoles debajo de la basquiña el extremo de una liga bordada. Andan con el pecho i los hombros mui escotados, i a decir verdad no cuesta mucho adivinarles las formas por su manera de vestir. Tienen lindos ojos chispeantes, un ingenio mui listo, un gran fondo de bondad i una decidida disposicion a la galantería.

Por la descripcion de una casa se puede tener una idea de todas las demas. Se entra primero a un gran patio, a un costado del cual estan las caballerizas; en seguida, se pasa a un zaguan: a un lado hai una gran sala de unos veinte piés de ancho por cuarenta de largo: al costado de la ventana está el estrado que ocupa todo el largo de la sala. El estrado es una plataforma que se levanta a unas cinco o seis pulgadas del piso i está cubierto de tapices i cojines de terciopelo para que se sienten las señoras, que lo hacen a la usanza morisca, con las piernas cruzadas. Las sillas para los hombres estan revestidas de cuero estampado. Al fin del estrado hai una alcoba, donde está el lecho, que siempre deja asomar una gran parte de las sábanas colgando, adornadas con profusion de encajes, i lo mismo las almohadas. Una puerta falsa da a la alcoba, lo que suele ser mui conveniente. Ademas, hai ordinariamente otras dos piezas, dispuestas una dentro de otra. La cocina i demas dependencias estan separadas de la casa, sea a un costado, sea al extremo del jardin.

Las señoras gustan mucho de tener a sus esclavas mulatas tan bien vestidas como ellas mismas, bajo todos aspectos, ménos en las joyas, en lo cual se dejan llevar a las mayores estravagancias. Hai la costumbre de tomar

dos veces al día el té del Paraguai, que, como ya he dicho, llaman mate: lo traen en una gran salvilla de plata, de la cual se levantan cuatro piés destinados a recibir una tacita hecha de un calabazo guarnecido de plata. Comienzan por echar la yerba en el calabazo, le agregan la azúcar que quieren i un poco de jugo de naranja; en seguida, le echan agua caliente, i lo beben por medio de una bombilla, que consiste en un largo tubo de plata, a cuyo extremo hai un colador redondo, que impide que se pase la yerba. I se tiene por una muestra de cortesía que la señora chupe primero unas dos o tres veces la bombilla i que en seguida se la sirva sin limpiarla al convidado.

Todo lo condimentan tan fuertemente sazonado con ají, que los que no estan acostumbrados a él, sienten desde el primer bocado como un fuego que les queda abrasando el pecho mas de una hora. I hai, ademas, la costumbre de que a la hora de comer se le presenten a uno dos o tres mulatillas, trayéndole en una bandejita de plata alguno de esos guisos picantísimos, con un recado de Doña Fulana, que desea que uno coma un bocadito de lo que ella le manda; i hai que comérselo delante de la mulata, por mas que la mesa sea abundante, porque de lo contrario seria hacerle un gran desaire. Si tal hubiese sido la costumbre en Chiloé, nunca nos hubiese parecido mal; pero, aquí, muchas eran las veces en que deseábamos que se omitiera esta ceremonia. ✕

El presidente no volvió a invitarnos por segunda vez a su mesa. Cada quince días nos recibia en su corte, a la que nunca faltábamos, i siempre nos trataba con todo cumplimiento. Era un hombre de carácter mui amable,

mui respetado por todos en Chile, i poco despues que salimos de este pais fué nombrado virrei del Perú.

Cuando queríamos, teníamos permiso para hacer algunas escursiones al campo, por unos diez o doce dias, i con frecuencia nos íbamos a una finca mui agradable de propiedad de don José Dunose, caballero frances, mui atento i bien educado, que se habia casado en Santiago con una señora mui simpática i dueña de una cuantiosa fortuna. Algunas veces, los españoles nos invitaban tambien a sus casas de campo. Teníamos numerosas relaciones en la ciudad, i, en jeneral, recibimos muchas atenciones de los habitantes. Hai aquí establecidas muchas personas de calidad i mui buenas familias de España.

Puerta de por medio con nosotros vivia una señora que se llamaba doña Francisca Jiron, i como mi apellido lo pronunciaban parecido al de ella, púsosele que éramos parientes. Tenia una hija, jóven mui bonita, que tocaba i cantaba notablemente bien: considerábanla como la mejor voz de Santiago. Recibian muchas visitas i siempre que queríamos llegábamos con toda confianza a su casa. Así pasamos mui agradablemente todo el largo tiempo que vivimos en este pais.

El presidente es el único que sale en coche con caballos cuarteados; porque el carruaje mas comun aquí es la calesa, especie de vis-a-vis tirado por una sola mula. Las corridas de toros son una diversion mui frecuente y las de aquí sobrepasan mui léjos a las que he visto en Lisboa i otras partes. Realmente, sorprende ver la actividad i destreza de los que atacan a los toros, cosa que hacen aquí solo los que a ello se dedican por oficio, porque

es sumamente peligroso hacerlo por diversion; i una prueba de esto es que por mas que algunos duren mas que otros, son pocos los que mueren de muerte natural entre los que a tal ejercicio se dedican. Los toros son siempre de los mas bravíos que se pueden traer de los campos o de las montañas, i no llevan en los cuernos cosa alguna para impedir que atraviesen un hombre de la primera cornada, como tienen los de Lisboa. He visto un hombre saltar directamente por encima de la cabeza del animal cuando éste le embestia con toda furia, i despues de repetir varias veces esta suerte, montársele de un salto a la grupa, donde se sostuvo largo rato a pesar de los incesantes esfuerzos del toro para deshacerse de él. Pero si este diestro fué afortunado, me tocó, en cambio, presenciar varios accidentes miéntras residí en Santiago. Las damas van a las corridas lo mas lujosamente vestidas que pueden, i se me ocurre que van mas para que las admiren que para divertirse con un espectáculo que solo puede causarles horror.

X Otra diversion favorita de las señoras son las grandes procesiones de noche, a las que van con velo, i como con este traje no se las puede conocer, se entretienen hablando a la jente de la misma manera que se usa en nuestras mascaradas. Una noche de cuaresma, hallábame parado junto a una de las casas por donde debia de pasar la procesion, i debajo de la capa no llevaba puesto mas que un chaleco delgado, i en un momento en que saqué un brazo, pasó junto a mí una dama que me dió un pellizco con tantas ganas, que creí que me habia sacado el pedazo; i realmente, quedé marcado por un buen tiempo.

No me atreví a chistar en ese momento, porque me habrían roto la cabeza si yo hubiese formado el menor alboroto. La amable dama se confundió inmediatamente entre la multitud, i jamas logré saber quién me habia hecho tal favor.

He visto a cincuenta i sesenta penitentes seguir estas procesiones; llevan unas largas vestiduras blancas, con gran cola, i altos bonetes echados hácia adelante, que les tapan por completo la cara i que solo tienen dos agujeritos para que puedan mirar por ellos; así es que nunca se les puede reconocer. Van con las espaldas desnudas i se azotan con unas disciplinas hasta que la sangre les corre por la larga cola que llevan arrastrando. Otros los siguen llevando a cuestras grandes cruces; tanto, que mientras caminan a pié descalzo llegan a jemir bajo su peso i caen muchas veces desmayados. Las calles hormiguean de frailes de diversas órdenes. X

El presidente tiene siempre su palacio custodiado por una guardia regularmente equipada. El resto de las fuerzas lo forman las milicias, que son numerosas.

Todos los artículos europeos son mui caros. Los paños ingleses de 14 a 15 chelines la yarda, los venden aquí a 10 i 12 pesos, i en esta proporcion los demas artículos. Encontramos aquí muchos españoles que habian caído en poder de Lord Anson, quien los habia tenido prisioneros a bordo del *Centurion*. Todos hablaban en los términos mas encomiásticos del bondadoso tratamiento que habian recibido, i es natural suponer que se debiera principalmente a ese laudable ejemplo de humanidad el que se nos recibiese con tanta benevolencia. Nunca habian cono-

cido otra cosa mas que piratas i filibusteros, que tratan con tanta dureza a sus prisioneros, de manera que los españoles, tanto en Chile como en el Perú, tenían gran miedo de ser agregados los ingleses; pero algunos de ellos nos dijeron que habian pasado tan contentos a bordo del *Centurion*, que no les habria disgustado que el comodoro se los hubiera llevado a Inglaterra.

Algun tiempo despues de nuestro arribo, Mr. Campbell abjuró su relijion i se separó, por consiguiente, de nosotros.

Al cabo de dos años, el presidente nos mandó buscar i nos comunicó que habia fondeado en Valparaiso un buque frances procedente de Lima, que debia seguir con rumbo a España, i en el cual debíamos embarcarnos. Despues de despedirnos de nuestro buen amigo Mr. Gedd i de todas nuestras relaciones de Santiago, partimos para Valparaiso, habiéndosenos proporcionado mulas i un guía. He olvidado decir ántes que el presidente le habia acordado seis reales al capitan Cheap, para su sustento, i a nosotros cuatro durante toda nuestra residencia en Santiago, dinero que cobrábamos cuando nos era necesario. El viaje de regreso nos pareció mucho mas agradable que el que hicimos cuando nos trajeron por primera vez a Santiago; ahora, por lo ménos, no teníamos que andar arriando mulas.

La primera persona que encontré en Valparaiso fué el pobre soldado que tan bondadosamente se habia conducido con nosotros cuando estuvimos presos en el fuerte. Hícele al momento un pequeño obsequio, que, por lo inesperado, le produjo un vivo placer. Tuvimos que bus-

car alojamiento hasta que el buque estuvo listo para hacerse a la vela; miéntras tanto nos divertimos cuanto quisimos, i tuvimos la buena suerte de no tener nada que hacer con el gobernador ni con su fuerte. La ciudad es un lugar mui pobre; hai, sin embargo, algunos buenos almacenes contruidos a la orilla del mar, para la recepcion de las mercaderías de a bordo.

Allá por el 20 de Diciembre de 1744, nos embarcamos a bordo de la fragata *Lys*, de Saint-Malo. Era un buque de cuatrocientas veinte toneladas, diez i seis cañones i sesenta hombres. Llevaba varios pasajeros a bordo, entre ellos, don Jorje Juan, hombre de gran talento (i desde entónces mui conocido en Inglaterra), que habia pasado varios años en el Perú con don Antonio de Ulloa, ocupado en medir algunos grados del meridiano cerca del Ecuador. Teníamos que dirijirnos a Concepcion, donde debíamos juntarnos con otros tres buques franceses que iban tambien de regreso a su pais. Como estábamos en una época del año en que en esta costa prevalecen los vientos del sur, navegamos largo tiempo hácia el oeste en demanda de la isla de Juan Fernández. No vinimos a entrar a la bahía de Concepcion sino el 6 de Enero de 1745, que anclamos en Talcahuano, donde encontramos al *Louis Erasme*, el *Marquis d'Antin* i la *Delivrance*, que eran los tres buques franceses que íbamos a acompañar. No obstante el tiempo que nos demandó su travesía, la distancia de Valparaíso a Concepcion es solo de sesenta leguas; pero como no hai en la costa ninguna defensa contra el viento sur que es el que reina en esta época, se corre el peligro de asotaventarse; de ma-

nera que el medio mas fácil para hacer la carrera, es seguir a ciento veinte o ciento treinta leguas al oeste.

La bahía de Concepcion es una grande i hermosa bahía pero tiene varios bajíos i solo dos buenos fondeaderos; sin embargo, cualquier buque puede anclar a un cuarto de legua de la ciudad, pero solo en los meses de buen tiempo, porque esta posicion es mui espuesta. El mejor fondeadero es el de Talcahuano, en la estremidad sur de la bahía, con cinco a seis brazas de profundidad, buen fondo i donde uno queda protegido de los vientos del norte. La ciudad no tiene otra defensa que una pequeña batería que apénas domina el fondeadero inmediato. Los campos son sumamente pintorescos i producen en gran abundancia provisiones de todas clases. En algunas de las escursiones que hacíamos diariamente de Talcahuano, vimos grandes cantidades de culebras; pero, se nos dijo que eran enteramente inofensivas. En algunas antiguas relaciones de los jesuitas sobre Chile, he leído que no se encuentran aquí animales venenosos i que, una vez que hicieron la prueba de traer chinches, murieron-seles inmediatamente; sin embargo, no he conocido ninguna parte donde abunden mas que en Santiago. Hai tambien allí una araña grande, cuyas picadas son tan venenosas que he visto a algunas personas quedar marcadas con las mas horribles cicatrices a causa de ellas; i serian mortales seguramente si no se aplicaran a tiempo remedios adecuados. Una vez me picó una en la mejilla miéntras dormia, i al momento se me puso negro como tinta todo ese lado de la cara. Me curaron entónces aplicándome una especie de piedra azulada, la misma pro-

bablemente que en las Indias Orientales llaman piedra de la serpiente i que es una composicion. La piedra quedó adherida por sí sola a la mejilla durante un rato, i cuando se desprendió, la pusieron en leche hasta que hubo eliminado todo el veneno que habia estraído, i volvieron a ponérmela en la cara, hasta que disminuyó el dolor i luego quedé sano.

Miéntas permanecian los buques en Concepcion, se ocupó a la marineria en matar ganado i salarlo para el viaje, i cada buque tomó a bordo cuantos novillos i ovejas le permitieron sus cubiertas. Una vez despachados sus asuntos, zarparon el dia 27 de Enero, pero, como a los ocho dias se abrió a proa de la *Lys* una peligrosa vía de agua, tan abajo que no habia posibilidad de taparla sin volver a puerto, a fin de alijerarla hasta dejar la vía en descubierto. Por este motivo, nos separamos de los demas buques, i con gran trabajo hicimos de nuevo viaje a Valparaiso, ocupando dia i noche en la bomba a cuantos iban a bordo, pasajeros i todo. Si embargo, este percance fué una fortuna para la *Lys*, porque los demas buques fueron apresados por unos corsarios, lo que le hubiera ocurrido tambien a seguir en convoi con los demas.

En cuanto llegamos al puerto, se alijeró el buque de proa, sumerjiéndolo de popa hasta dejar en descubierto la vía de agua, que fué pronto tapada. En seguida, con toda la actividad posible, se completó de nuevo la provision de agua. Miéntas estuvimos en Valparaiso sentimos el mas violento de los temblores que hasta entónces habíamos experimentado.

El cinco de Marzo nos hicimos de nuevo a la mar, por

que ya la estacion estaba mui avanzada para pasar el cabo de Hornos. Desde el dia siguiente nos fijaron media azumbre de agua al dia por cabeza, racion que continuó durante todo el viaje. Nos vimos obligados a corrernos al oeste una larga distancia i pasamos cerca de un grado mas al norte de Juan Fernández ántes de que tuviésemos buen viento para hacer rumbo al sur. El dia 25, hallándonos a los 46° de latitud afrontamos un furioso temporal con viento oeste, que nos obligó a mantenernos varios dias con la mayor rizada. Antes de doblar el cabo tuvimos muchos temporales con grandes marejadas i constantes nevazones; despues de pasar tanto tiempo en un clima delicioso como es el de Chile, el frio nos era casi insoportable. Despues de doblar el cabo, proseguimos con rumbo al norte con la mayor lentitud, si bien es cierto que el buque nunca daba mas de seis nudos de andar, con el mejor tiempo, tan pesado era. El 27 de Mayo atravesamos la línea, i habiendo notado que el agua se nos iba haciendo mui escasa i que nos seria casi imposible alcanzar hasta Europa sin renovarla, se resolvió hacer rumbo a Martinica. El 29 de Junio por la mañana avistamos la isla de Tobago i en seguida nos pusimos en demanda de la Martinica; pero, cuando el 1.º de Julio esperábamos tenerla a la vista segun nuestros cálculos de estima, sufrimos una decepcion. Se achacó el error a las corrientes, sin que nadie pudiera decir si ellas habian desviado el buque al este o al oeste; pero, examinando las cartas, pensábamos que si la corriente lo hubiese arrastrado hácia el oeste lo habria metido entre las Granadillas, cosa que parecia imposible por no haber-

las visto a pesar de hallarse tan agrupadas i de ser un paso tan peligroso por las rocas.

Se dedujo, pues, que nos habíamos corrido al este i en consecuencia nos pusimos a gobernar al S. cuarta al O. Pero, despues de seguir esta direccion unas treinta leguas próximamente, sin avistar tierra, se resolvió que nos hiciéramos al norte hasta que ganáramos la latitud de Puerto Rico, i en la tarde del 4 avistamos la isla, de manera que ya no nos quedó duda de que durante la noche el buque habia átravesado las Granadillas, lo que sin duda era el paso mas extraordinario que buque alguno hubiese hecho jamas. Se resolvió entónces dirigirse al Cabo Frances, pasando entre las islas de Puerto Rico i Santo Domingo, lo que hicimos esa misma noche. En la mañana navegamos a la vela a lo largo de la costa, i como a eso de las diez, miéntras me paseaba por el alcázar, el capitan Cheap salió de su camarote i me dijo que acababa de ver un barril de los de carne al costado del buque; que estaba seguro de que no hacia mucho que lo habian botado al mar, i que se atrevia a apostar que ántes de mucho tiempo divisaríamos algun corsario ingles. Poco mas de media hora mas tarde, divisábamos dos velas a sotavento, desde el alcázar, porque no llevábamos serviola, i luego pudimos darnos cuenta que iban a la caza nuestra. Los franceses i españoles que iban a bordo comenzaron a sentirse mui alarmados; i sobre todo, cuando sobrevino una gran calma. Pero, nosotros ya ántes de que se acercaran mucho habíamos reconocido claramente que eran dos navíos ingleses, el uno de dos puentes i el otro de veinte cañones.

Los franceses pensaron entónces aprovechar la primera brisa que soplara, para varar el buque en la costa de Puerto Rico; pero, al considerar que la isla la poblaba una horda de bandidos, que habian seguramente de pasarlos a cuchillo con el fin de saquear el naufragio, se resolvieron a correr el albur i se hicieron hácia el norte, en medio de ámbas islas. Al caer la tarde, sopló una regular brisa, i en consecuencia nos pusimos en rumbo. Los dos navíos lo siguieron al momento i comenzaron a darnos caza con pasmosa rapidez. Todo el mundo se dió entónces a bordo por perdido: metidos en sus camarotes, los oficiales se apuraban en llenarse los bolsillos con las cosas de mas valor que tenian; los marineros se ponian los mejores trajes, i varios de ellos se dirijieron donde yo estaba llevándome pequeñas barras de oro, pidiéndome que yo las tomara, porque decian que preferian que las aprovechara yo, que era amigo de ellos, que no los que iban a darles caza. Contestéles que teníamos todavía mucho tiempo para escapar, si bien pensaba yo que íbamos luego a ser apresados, con tanta seguridad como si los ingleses se hallasen ya a bordo.

A esto, entró la noche, una lindísima noche de luna, i a cada momento esperábamos ver los buques a nuestro costado; pero, no los volvimos a divisar en la noche, i con gran sorpresa nuestra, a la mañana siguiente no se podía divisar ningun buque ni desde el tope de la arboladura. Así perdieron esos dos corsarios una de las mas ricas presas, por no darle caza una o dos horas mas. Llevábamos a bordo como dos millones de pesos, fuera de un cargamento valiosísimo. El día ocho, a las seis de la

mañana, pasábamos frente al cabo Lagrange; i, cosa notable, despues nos dijeron los franceses del Cabo Frances que era ese el único dia que recordaban desde que se declaró la guerra que no se habia visto el Cabo sin uno o dos corsarios ingleses que anduviesen pirateando por los alrededores, i que tan solo en la tarde anterior dos de ellos habian apresado dos buques destinados a Santo Domingo i se los habian llevado a Jamaica; de manera que el nuestro debia estimarse como uno de los buques mas afortunados. En la noche, anclamos en la bahía del Cabo Frances.

Durante esta larga carrera, no habiamos perdido un solo hombre, ni recuerdo que hubiese habido un solo enfermo entre los pasajeros; pero en este punto cayeron enfermos unos cuantos, i tres o cuatro murieron, porque a pesar de que el suelo es hermoso i estremadamente bien cultivado, no hai en las Indias Occidentales un lugar mas malsano que éste. Despues de algun tiempo de haber llegado, el gobernador nos ordenó que fuésemos a verlo, lo que hicimos; pero no nos prestó mas atencion que si hubiésemos sido esclavos suyos, porque ni siquiera nos invitó a sentarnos.

A fines de Agosto arribó una escuadra francesa compuesta de cinco navíos, al mando de Monsieur L'Etanducere, que debia convoyar a los buques mercantes que se dirijian a Francia. Ni él ni sus oficiales prestaron atencion alguna al capitan Cheap, a pesar de que todos los dias nos encontrábamos en la playa. Una tarde, en el momento en que nos íbamos a embarcar junto con el capitan de nuestro buque, saltó al bote un guardia-ma-

rina de M. de L'Etanducere, i dió orden a la jente de que lo condujeran al buque a que pertenecia, dejándonos plantados en la playa durante dos horas en espera del bote.

El 5 de Setiembre nos hicimos a la mar en compañía de los cinco navíos i cerca de cincuenta embarcaciones mercantes. El 8 avistamos a Cayco Grande; al siguiente dia apareció a la vista una gallarda corbeta de un pirata de Jamaica, manteniéndose un poco a barlovento del convoi con el propósito de apresar en la noche a una o dos de las embarcaciones si era posible. Esto obligó a M. de L'Etanducere a mandar a una fragata a ponerse al habla con todo el convoi para ordenarles que todos se mantuviesen de noche junto a él. Así lo hicieron, i de tal manera, que muchas veces siete u ocho de ellos se apretaban unos contra otros, causándose sérias averías, cuyas reparaciones obligaban a la escuadra a detenerse a veces dias enteros. El pirata conservaba su posicion, maniebrando a la par con la flota. Por último, el comodoro ordenó que dos de sus buques de mejor andar fuesen a darle caza. La corbeta pareció no reparar en ellos hasta que estuvieron bien cerca de ella, i entónces se largó a toda vela hasta perderse de vista. No tan pronto se hubieron devuelto los dos buques, cuando el pirata volvió a ocupar su antigua posicion. Como esa misma noche le ocurriera un accidente a una de las naves del convoi por marchar tan atracadas, un hermoso buque de treinta cañones que pertenecia a unos armadores de Marsella se apartó un poco a barlovento del resto de la flota. Apenas lo notó Mr. de L'Etanducere por la mañana, or-

denó que la fragata fuera a traerle a bordo a su capitan; entónces, habiendo hecho una señal a todo el convoi para que se le juntara, disparó un cañonazo e izó bandera colorada en el asta de bandera de popa; inmediatamente despues se amarró al capitan de la nave mercante al brazo de la verga mayor, i se le dió tres zabullidas. En seguida se le devolvió a su buque, con órden de mantener enarbolada su bandera durante todo el dia a fin de distinguirlo de los demas.

Segun nos dijeron despues, la persona que tan cruelmente habia sido tratada, era un jóven de mui buena familia del sur de Francia, i al propio tiempo hombre de gran carácter, de modo que no dejaria de llamar a cuentas a M. de L'Etanducere en cuanto se presentara la oportunidad. El asunto provocó mucho ruido despues en Francia.

Un dia sucedió que el buque en que íbamos se apartó de su estacion, debido a su pesado andar; entónces el comodoro hizo señales de ponerse al habla a nuestro capitan, que casi perdió los sentidos de miedo. En cuanto llegamos donde él, comenzó con la mayor grosería a amenazar al capitan, que si volvia a separarse de su colocacion, lo trataria de la misma manera que al otro. Sin embargo, esta ríjida disciplina era la seguridad del convoi; porque por mas que el pirata marchó durante largo tiempo en nuestra compañía, nunca fué bastante afortunado para lograr el premio de su perseverancia.

El 27 de Octubre por la tarde, avistamos el cabo Ortegá, i el 31 largamos ancla en la rada de Brest. Como la *Lys* tenia a bordo un cargamento mui valioso, fué re-

molcada a la bahía al día siguiente por la mañana, i amarrada al costado de una de las naves de guerra.

El dinero fué desembarcado en seguida, i pronto tuvieron la dicha de poner pié en tierra los oficiales i marineros, que por tantos años andaban ausentes de la tierra natal. No quedaron a bordo mas que uno o dos hombres para custodiar el buque i nosotros, los tres prisioneros ingleses, que no teníamos permiso para bajar a tierra.

El tiempo era escesivamente frio, i mas sensible nos parecia despues de habernos acostumbrado tanto tiempo a los climas cálidos, i, para colmo, estábamos mui lijaramente vestidos. No teníamos luz ni lumbré, que no se permitia a bordo por temor a un accidente, a causa de la proximidad de los almacenes del arsenal. Algunos de los oficiales de la dotacion del buque tuvieron la bondad de mandarnos provisiones todos los días, i a no ser por ellos, habríamos perecido de hambre, porque el señor intendente no nos mandó nunca ni siquiera un recado. Aunque por entónces estaba fondeada allí una numerosa escuadra de guerra, ni uno solo de sus oficiales vino una vez siquiera a visitar al capitan Cheap.

Desde las cinco de la tarde nos veíamos obligados a pasar a oscuras, i si se nos ocurría cenar algo, era necesario que lo pusiéramos bien cerca de nosotros ántes de esa hora, porque de lo contrario no íbamos a poder encontrarlo mas tarde. Así pasamos siete u ocho días en tan triste condicion, hasta que una mañana atracó una especie de galera cargada de prisioneros ingleses pertenecientes a dos corsarios que los franceses habian cap-

turado. Nos dieron orden de embarcarnos con ellos i remontamos cuatro leguas por el rio hasta Landernau.

En esta ciudad nos pusieron en libertad bajo palabra; así es que nos alojamos lo mejor que se pudo i vivimos mui bien durante tres meses, hasta que llegó una orden de la Corte de España, para que se nos permitiera regresar a nuestro pais por el primer buque que zarpara. Poco despues oimos que habia en Morlaix un buque holandés listo para hacerse a la mar, por lo cual alquilamos caballos i nos pusimos en viaje a esa ciudad, donde nos vimos obligados a quedarnos seis semanas ántes que se presentara una oportunidad para zarpar. Por último, tratamos con el patron de un dogger holandés para que nos desembarcara en Dover, pagándole anticipado.

Cuando despues de bajar al rio, nos encontramos en la bahía un corsario francés que estaba casi listo para salir en corso, abordó al holandés i le ordenó que se pusiera al ancla, porque si pretendia ganarle la delantera lo echaba a pique. El holandés se vió obligado a acatar la orden, permaneciendo tres dias en la rada, durante los cuales no dejó de maldecir al francés, que por fin se hizo a la mar i nos dejó en libertad de hacer lo mismo. Como a los nueve dias, a la hora de ponerse el sol, divisamos a Dover i recordamos al holandés su compromiso de desembarcarnos allí. Contestó que así lo haria; pero en lugar de esto, al amanecer nos encontrábamos léjos de la costa de Francia. Protestamos enérgicamente de semejante villanía e insistíamos en que debia volverse a desembarcarnos, cuando se presentó por barlovento un navío inglés,

que se acercó inmediatamente a nosotros. Mandó su bote con un oficial a bordo, quien nos informó que el buque de donde venia era el *Squirrel*, comandado por el capitán Masterson. Nos dirijimos a bordo del *Squirrel*, i el capitán Masterson despachó inmediatamente uno de los botes que llevaba consigo para que nos desembarcara en Dover, a donde llegamos esa misma noche. Inmediatamente nos dirijimos a Canterbury en busca de caballos de posta; pero el capitán Cheap estaba tan cansado que no pudo avanzar mas esa noche.

A la mañana siguiente continuaba todavía tan fatigado que no podia andar a caballo; en consecuencia, se convino en que él i Mr. Hamilton tomarian una silla de posta i que yo continuaria a caballo; pero aquí se suscitó una desgraciada dificultad: al repartirnos el poco dinero que teníamos, se notó que no alcanzaba para cubrir los gastos de viaje hasta Lóndres, i era tan reducida mi cuota que apénas si alcanzaba, segun nuestros cálculos, para el pago de los caballos, sin que me quedara ni un maravedí para comer un bocado en el camino ni para gratificar a los cambiadores. A éstos los defraudé pasando a todo galope en medio de ellos, sin prestar la menor atencion a los hombres que me gritaban para que me detuviera. Como pude, soporté la falta de refresco. Cuando llegué al condado, tomé un coche i me hice conducir a Marlborong Street, donde vivian mis parientes ántes que yo saliese de Inglaterra; pero cuando llegué allí, me encontré con la casa cerrada. Ausente tantos años i sin oir palabra de mi casa durante todo ese tiempo, no sabia quiénes vivian ni quiénes habian muerto, ni a dónde di-

rijirme en seguida; ni siquiera cómo iba a pagar al cochero. Me acordé que no lejos de allí se hallaba la tienda de un trapero, que mi familia frecuentaba. Me hice, pues, conducir allá i en cuanto me dí a reconocer, le pagaron al cochero. En seguida pregunté por mi familia i me dijeron que mi hermana se habia casado con Lord Carlisle, i que por ese entónces estaba en Soho Square. Inmediatamente me encaminé a la casa, i llamé a la puerta; pero el portero que no conocia mi figura, medio francesa, medio española, con el aditamento de un par de grandes botas cubiertas de polvo, casi me da con la puerta en las narices; pero por fin conseguí que me dejara entrar.

No necesito imponer a mis lectores con qué sorpresa i alegría me recibió mi hermana. Inmediatamente me proveyó de suficiente dinero para poderme presentar como el resto de mis compatriotas. Puede decirse que hasta entónces no acabaron propiamente todos los extraordinarios sucesos en que me habia envuelto una série de infortunadas aventuras por espacio de mas de cinco años.